

TRÍO DE PAREJAS

ANTONIO LARREY LÁZARO



Capítulo 1

TRÍO DE PAREJAS

PREVIA:

Gonzalo Abadía Portillo, alias Lalo, cierra el libro con una sonrisa perfectamente reconocible en su galería gestual: socarrona, suficiente, irónica. Deja la novela *La habitación oscura* de Isaac Rosa en la mesilla. Su novia, Miriam, duerme plácidamente. El verano incipiente entra por la ventana. Lalo mira al techo. Ha tenido una idea. Lalo siempre tiene ideas...

PRÓLOGO: Parte de lesiones.

El parte médico indicaba la presencia de dos varones de mediana edad, que atienden a los nombres de Luis y Gonzalo, con lesiones varias a detallar:

Luis: laceraciones en los nudillos. Luxación de la muñeca y rotura de tres huesos de los dedos índice y corazón.

Gonzalo: Rotura del pómulo derecho y de la mandíbula, además de la pérdida de tres piezas dentales.

A la pregunta de si se conocen, ambos respondieron que no. Y de igual modo, ambos afirman que no recuerdan como llegaron hasta allí ni cuáles eran los orígenes de sus lesiones.

Sin parte policial, ni denuncia previa, no es posible iniciar diligencia alguna por lo que ambos son puestos en libertad para que puedan ser tratados de sus heridas en el hospital.

CAPÍTULO UNO: La casa de las seis habitaciones.

ELLOS:

El sol golpea con violencia unas cortinas que el paso del tiempo ha convertido en indefinido su color; tan pesadas que parecen fosilizadas, e incapaces, pese a todo, de amortiguar los rigores de una tarde de verano. Los restos del arroz, el par de docenas de cervezas y alguna que otra botella de vino, se mezclan con el sopor y el humo de un porro de marihuana que Casti acaba de liarse con una profesionalidad que no pasa inadvertida a sus dos amigos. Están los tres sentados en el sofá, frente a un televisor viejo y apagado. Es como si esperaran que de un momento a otro comenzara alguno de esos partidos que vieron en casa de Luis, cuando sus padres todavía iban al pueblo y aquellos 60 metros en

Alcorcón eran el centro neurálgico del mundo lúdico, único universo relevante cuando la barba era tan sólo una molestia semanal. Son tres amigos de toda la vida. Necesitarían de una profunda hipnosis para recuperar el primer momento que pasaron juntos. Los tres veraneaban en el mismo y pequeño pueblo toledano donde el sol arreciaba con tanta fuerza que aun duelen los hombros alguna vez quemados. Un lugar donde la libertad adquiría tintes antológicos y los límites de la ordenada vida urbana se diluían en cuanto el coche doblaba la primera callejuela. Las granjas del sur, junto a la vía de tren que soñó Primo de Rivera y que nadie fue capaz jamás de poner en marcha, su apeadero inútil, esqueleto blanquecino de la megalomanía infructuosa como escondrijo en las tormentas, las cuestas de la plaza, el bar de lo alto donde te daban una cocaola por cinco duros desde la ventana. Una eterna jornada sin la sombra de una madre auditando tus andanzas era un lujo que solo ellos, los que tenían pueblo, podían gozar cada verano, y presumir en el patio de colegio cada septiembre, como si hubieran vuelto de una batalla de ocio interminable. Los que se quedaban en la ciudad, que no eran tantos, escuchaban con recelo las historias que siempre iban un paso más allá. En Aldeanueva de Barbarroja, que así se llama el pueblo, vivieron sus primeras borracheras cuando en Alcorcón todavía jugaban a las chapas. En el pueblo llegaron los primeros besos, los primeros roces furtivos, los primeros pechos acariciados casi como quien descubre un tesoro, cuando todavía no habían terminado la EGB y a la vuelta del verano cambiaban sexo incipiente por *rescate* en el patio del colegio. Vivían no demasiado lejos. Como muchos toledanos y cacereños en los años sesenta, sus padres emigraron del pueblo buscando una vida mejor en las ciudades satélites del sur madrileño. Esos diez o doce kilómetros que quedaban para llegar al centro eran como un homenaje a sus orígenes, esos que se difuminaban a cada kilómetro de la Nacional V. Vivimos en la ciudad, pero no tanto, pensaban mientras la silueta de hormigón se difuminaba entre la polución a una decena de kilómetros. Eran barrios clónicos, que crecían a brochazos, con cierta anarquía llena de vida, rodeados de un campo que sin actividad agrícola parecía un trozo de tierra ilegítimo, un reo esperando su condena de ladrillo. Sus casas distaban apenas un kilómetro la una de la otra, pero yendo a tres colegios distintos, apenas si se veían fuera de las calles del pueblo. Era una amistad a intervalos, que se retomaba con una naturalidad impensable hoy en día donde sin la grasa del Facebook o el whatsapp parece que el engranaje de una amistad lejana está condenado al colapso y al olvido. Después, un soplo de la fortuna hizo que a los catorce años compartieran instituto e incluso clase por primera vez. Que tres adolescentes del mismo pueblo hubieran caído en la misma aula en primero de BUP era un guiño del destino que decidieron aprovechar. Desde entonces son amigos inseparables. Han pasado más de veinte años de los tiempos en los que se les enrojecieran las orejas viendo como los tejanos se ajustaban como una segunda piel al culo de la profesora de lengua, el mejor del instituto, y un icono sexual que aun hoy logra perturbarlos. Veinte años donde la vida les ha cambiado, y mucho. Los tres están emparejados, que no casados, porque

Lalo dice que todavía no ha nacido mujer con las pelotas necesarias para hacerlo pasar por un juzgado, ni suegro con la escopeta lo suficientemente cargada como para hacerlo pasar por una vicaría. Y tanto Casti como Luis no han perdido la esperanza, no sólo por Miriam, su pareja desde hace más de catorce años, una mujer de armas tomar, además de unos pechos de escándalo modelados por el mejor bisturí del país, sino, sobre todo, porque es hija de un militar retirado, de enorme bigote, incalculable mala leche y una no menos considerable colección de armas de fuego. Pese a todo, Lalo, que ha tenido una suerte especial en la vida, la famosa flor del culo de Lalo, dotado de unos ojos de un azul deslumbrante, casi transparentes, y un cuerpo generoso en musculatura, pareciera que guardara un as escondido siempre en la manga del destino. No tiene un trabajo oficial, ni lo necesita. Aun así, su imagen es casi idolatrada en la vieja casa donde viven sus suegros y donde no pocas veces hizo el amor con su novia adolescente, mientras ellos fingían ver la televisión. Informático, payaso, mago y monologista, además de novio de su hija, parecía un cargamento intolerable para el viejo general. Pero ahí estaba el destino, el as y la flor en el culo. Una vez más.

La idea de venir a la casa rural a pasar el fin de semana, curiosamente, ha sido de Lalo y Miriam. Una pareja de vividores que en los últimos años se han distanciado un poco de Casti y Elena, y sobre todo de Luis y Alicia. Son los únicos que todavía no han sido padres, y a juzgar como están exprimiendo la vida, todos dudan que alguna vez la genética se les cruce en el camino, no al menos de forma voluntaria. Luis y Ali tienen un hijo de 7 años. Fueron los primeros en querer y poder. En cuanto Luis aprobó las oposiciones y logró la plaza en el instituto de Móstoles, se fueron a una pequeña casa de alquiler en Aluche y al tiempo que Alicia logró su primer ascenso en la farmacéutica, dejaron de utilizar método anticonceptivo alguno y llegó la primera ecografía del grupo. Elena y Casti esperaron bastante más. Casti tardó años en aprobar las oposiciones al cuerpo de bomberos, rondaba la treintena cuando pasó su primera noche de guardia en el parque. Y aunque Elena tenía un buen contrato en la gestoría en la que lleva trabajando desde que acabara la carrera de derecho, hasta que asentaron su vida de forma definitiva no se lanzaron a la paternidad. Y luego los espermatozoides de Casti parecían demasiado cansados con tanta abdominal y tanta carrera y se dieron unos cuantos meses antes de lanzarse a la diana. Esos pequeños destalles de siete y dos años han aumentado las distancias con Lalo y Miriam. Y no son solo las ojeras, o las noches de juerga que han de ser planificadas con meses de antelación, sino las prioridades, la forma de afrontar la vida, el valor ridículo que se le da a ciertas preocupaciones que cuando tu corazón vive fuera del cuerpo resulta incomprensible, las nimiedades magnificadas son energías vacías para quienes han perdido el aprecio a lo propio por un hijo. Que el coche tenga que estar tres semanas en el taller en lugar de dos es un contratiempo no cuantificable cuando tu hijo tiene fiebre y no sabes que le pasa. Y después están los estragos de la vida, que pasan factura física, dejando huellas que son muy difíciles de borrar. Pero eso es más al otro

lado de los cristales, donde están Ali, Elena y Mirian, echándole un duelo al sol en las tumbonas, con la sola ayuda de la crema protectora y tres gintonics con pepino. Aquí, dentro, la vida ha tratado a los tres con cierto respeto. Luis, al inclinarse para recibir el porro, ha sentido la opresión de un michelín incipiente, es cierto, pero por lo menos no está calvo, ninguno de los tres lo está, y si las matemáticas fueran exactas, al menos uno de ellos debería sentirse intimidado por las primeras entradas. Es cierto que solo Casti, el bombero, mantiene cierto aire juvenil en su aspecto, haber estado durante casi una década preparándose y tener tanto tiempo para seguir ejercitándose, ha hecho que siga luciendo como un muchacho musculado y atractivo. Lo de Lalo es otra cuestión, es, otra vez, la flor en el culo de Lalo. Hace unos años se hizo una revisión, cuando todavía era informático en la multinacional, unos meses antes del pelotazo con Google, y la doctora, que no paraba de mirarlo a los ojos como si dudara de su naturalidad, le dijo que tenía las mismas pulsaciones que Induráin. Y la verdad es que el deporte no le cuesta el más mínimo esfuerzo. Apenas si se cuida, acompaña al gimnasio de vez en cuando a Miriam, pero más por dejarse ver y por seguir las evoluciones de las mallas ajustadas a las piernas, porque algunos culos rondan tal perfección que justifican la cuota anual. Pero su cuerpo se mantiene como si hubiera hecho un pacto con el diablo. Coqueto, como fue siempre, sabe estar a la moda, siempre va a la última, esa es la frase que cualquiera de sus dos amigos usaría con él. Casti deja ese asunto en manos de Elena, mientras que Alicia ya ha perdido las excusas para seguir pidiéndole a Luis cierto aire juvenil en su vestimenta. Porque pasó de ser el licoreta de marca, es decir, camiseta *DYC*, gorra *Ballantines* y sudadera *Mahou*, a vestirse con una monotonía atemporal que desquicia sobre manera a su mujer. Pero el verano tiene cierto aire igualatorio, y sólo quien fuera aficionado a las revistas especializadas en moda caería en la cuenta de que Lalo lleva unas chanclas *Chipkos* pintadas a mano que cuestan más que todo lo que trajo en su maleta su amigo Luis. Los tres llevan bañadores bermudas y camisetas sin mangas.

Nadie lo ha comentado, pero que Lalo y Miriam sean los anfitriones del evento ha dejado a más de uno descolocado. Son una pareja aventurera pero que en la relación social que forma este grupo de tres parejas siempre han sido de las de confirmar a última hora y preguntar cuanto hay que poner cuando se aparcan los coches. Cuando les llegó el mensaje de invitación para que buscaran cobertura con los pequeños, tanto Ali y Luis como Casti y Elena bromearon con cierta ironía no exenta de rencor por tantos fines de semana de gorriones operativos de la pareja. Seguro que se van a casar, pensó Luis. O Casti, que se inclinó más por pensar que a Miriam iba a corroborar su teoría de que a toda mujer le llega su San Martín biológico y una mañana, sin venir a cuento, dice que quiere ser madre y entonces todo son polvos productivos, carros y revistas de bebés. Elena y Ali se guasapearon durante un buen rato, barajando todo tipo de hipótesis. Pero una vez que llegaron a la enorme casa, de seis habitaciones nada menos, se olvidaron de ese detalle. Luis saborea el

porro, una tercera calada que despierta el recelo de sus amigos.

- Eh, tronco, que eso ya huele a uña- le inquiera Lalo estirando el brazo como haría el mismísimo Inspector Gadget.

- Pero bueno- Luis vuelve a aspirar con fuera y un rescoldo rojizo y vivo precede a una bocanada de humo- ¿tú no eras deportista y esas cosas? Como se entere Elena no follas en un mes.

- Joder- Casti por fin ha robado el porro a Luis- no me habléis de follar, que eso que dicen de que follas...- aspira el humo y en su cabeza se produce un estallido brutal que deja la frase yerma de un final de altura.

- Coño, Casti, acaba las frases- Lalo espera su turno con cierta paciencia, sabedor de lo que un buen porro es capaz de hacer en la coordinación y entereza de sus amigos, a ciertas caladas ya no se puede ser muy exigente.

-Que digo- otra calada, otro segundo de silencio, y el humo abriendo el final de la frase- que follo menos que un casado.

- ¿Con Elena?- pregunta con ingenua sinceridad Luis.

- No, con tu mujer, capullo, cada vez follo menos con tu mujer- la frase, muy ágil, acertada y a tiempo para la altura sicotrópica de la tarde, genera unas carcajadas tremendas, vozarrones de hombre que rompen por un instante la paz íntima de las mujeres. Las tres miran divertidas a la ventana y se dejan llevar de nuevo por la conversación. Por suerte las risas instantáneas han roto el profundo vacío que ha generado en Casti la inoportuna frase. Un tropezón inesperado.

- Joder, que idiotas sois. Toma, Lalo, dale tú...- extiende la mano y entrega el porro. Lalo lo toma y se deja caer, es su turno.

- Pues yo- aspira el humo. Es como una rutina conversadora, entretener las frases entre largas caladas- follo más que nunca, y antes de que me toquéis las pelotas, con Miriam.

- Pues que suerte, tío- interviene Luis, dejándose caer también en el sofá- yo estoy más como Casti, que para que haya semanas de dos cartuchos tiene que haber otras de no catarlo...

- Yo creo- ahora no es el porro el que detiene a Casti, o no al menos una calada, parece dubitativo antes de seguir explicándose- que desde que nació Pablo Elena está distinta.

- No te jode, el capullo- Lalo termina una tercera calada, que ya casi le ha llegado el calor a la punta de los dedos, y se lo pasa a Luis, para que lo

apure- ni que hubiera sacado por el chichi un bicharraco de tres kilos. Y las tetas, que seguro que las tiene caídas.

- ¿Las tiene caídas?- pregunta Luis.

- ¿Y tu madre como las tiene, capullo?

- Pues no lo sé, porque no está aquí, pero ellas sí que están...- se pone en pie con cierta dificultad. Intuye que con el calor que hace y la intimidad de la que gozan las chicas, al menos su pareja estará disfrutando del sol en los pechos sin ataduras de ropa. Es el momento de lucir la inversión. Se asoman a la ventana. Solo Miriam hace topless, pero las tres están en bikini y se aprecian las curvas con bastante certeza. Ahora mismo están los tres divertidos y drogados, mirándoles las tetas a sus mujeres. Sin demasiado rigor, rompiendo con la mirada el encorsetamiento de las parejas.

- Desde luego que con Miriam han hecho un trabajo cojonudo, tío, son preciosas- la mirada de los tres hombres ha ido directa a las tetas operadas, como si tuvieran un radar especializado en ello. Lalo sonrío. La idea de que miren el cuerpo semidesnudo de su pareja no le resulta invasiva, ni genera en él más sentimiento que el de orgullo, y cierto placer que se oculta entre la bruma de la marihuana. Además, no es la primera vez.

- Tenemos tres bombones, coño- Luis trata de robarle protagonismo a las tetas operadas, no se siente cómodo y retira la mirada, no sin antes deslizarse por el cuerpo también tendido de Elena, la mujer de su amigo Casti. Es una mujer de curvas generosas, que ni los casi cuarenta años ni una maternidad han castigado en exceso. Se fija en ella, en su pelo rubio y liso, en esa sonrisa tan al estilo Meg Ryan, en el rostro alargado. Es cierto que los pechos, aun siendo generosos y altivos, no pueden competir con los de Miriam, pero, e inclina el rostro sin ser consciente para terminar su monólogo interior, son de lo más apetecible. Las tres se han incorporado en las tumbonas y miran divertidas algo que Miriam enseña en el móvil. Después se fijan en ellos, al otro lado de la ventana, y saludan, entre risas, para dejarse caer de nuevo. Ellos vuelven al sofá, y es Lalo quien lanza el reto.

- ¿Quién ganaría en un concurso de camisetas mojadas? Y no vale, capullos, decir Miriam, que mi chica se ha operado y eso sería como dopping ¿no?

- Pues yo lo tengo claro, ganaría Elena- Luis se queda sorprendido de su propia franqueza, es la marihuana la que ha hecho que bajara sus defensas y no dijera, como era de esperar, que ganaría Ali, su mujer. Lalo y Casti lo miran divertido. Se ha enrojecido y las carcajadas se disparan. Los tres vuelven al sofá. Pero esta vez Lalo se ha quedado en uno de color

rojo, viejo y desgastado, justo frente a ellos, como si fuera a examinarlos.

- ¿Tú también piensas lo mismo?- pregunta a Casti.

- Bueno, la verdad es que siempre me han encantado las tetas de mi mujer, y con la maternidad es que se le pusieron duras como a una actriz porno...claro, que eran territorio comanche, allí no había manos que pudieran acercarse porque me calzaba un hostia que me ponía fino, pero...- aspira el humo y sin poder evitarlo se ha desatado en su interior, otra vez, como con la inoportuna frase anterior, una tormenta de recuerdos, ropa, un probador, sexo apresurado, música de ambiente...- si te digo la verdad, Ali también tiene unas buenas domingas ¿no, Luis?

- ¿Eh?- Luis está despistado, no logra sacar de su memoria la imagen de las tres mujeres en las tumbonas, generosas al sol, y sobre todo el cuerpo maduro y sereno de Elena.

- Que tu mujer- intercede Lalo- tiene unas buenas tetas.

- Si, no, claro, no me quejo.

- Y si tienes quejas- sonrío Lalo- ahorra y te doy el teléfono del artista que puso a cien a mi mujer.- Los tres ríen divertidos. Casti y Luis se acomodan, intuyen, después de tantos años juntos no es difícil hacerlo, que es el momento del monólogo de Lalo. Siempre lo hay, desde que hiciera aquel curso en la escuela de monólogos, rara es la reunión que no surja un momento para poner en práctica lo aprendido. Y no es algo premeditado, sino que surge entre los tres de una forma de lo más natural.

- Porque esto de la cirugía, chicos, está de moda y no ha hecho más que empezar. Que las domingas de Miriam son cosa del pasado, que ahora se operan de todo. La verdad es que estaba acojonado cuando entró en el quirófano, y no porque pensara que podía palmar o porque fuera su propio jefe el que iba a estar tocándole las tetas mientras estaba dormida, que a saber si era capaz de separar placer y trabajo ese capullo- aspira de un porro que ya está dando sus últimas humaradas- sino porque como Miriam le pillara el gusto se zampa en una semana lo que me dio Google e iba a terminar siendo una de esas tías de morros reventones, rubia teñida y que para no pillarte con la edad tienes que decir que anda entre los veinte y los sesenta, setenta si me apuras. Así que la hice jurar sobre la polla de Rocco, y no va de coña, que tenemos en casa un vibrador hecho de su molde que es como nuestro Excalibur particular, que te lo diga Casti, que jamás se teñiría de rubia, se pusiera silicona, botox o lo que le saliera del chichi. Que esa es otra, cuando hablamos con su jefe, el muy hijo de puta me dice que si quiere que le hagamos una vaginoplastia a Miriam, que la incluía en el precio. A mí aquello me sonó a se la meto

hasta el fondo y no te enteras, cornudo, así que le dije que no, que ya me encargaba yo de mantener en forma el coño de mi mujer. Y podía haber sido peor, troncos, que me he enterado que lo que de verdad está de moda es blanquearse el ano...pero- y hace un silencio estratégico- no las nalgas, no, el cero pelotero, vamos, la puerta de Mordor, el porta caca, el hoyo negro, el asterisco...que lo que me pregunto yo ¿cómo cojones te das cuenta de que te toca barnizarte aquello? Porque claro, el coche es que lo ves, que dices, no si ya le hace falta una manilla de pintura, o las paredes de casa, cuando ya no sabes si es que pintaste de blanco sucio y no te acuerdas o es que ya le toca una mano de brocha...pero ¿el puto ojete?¿qué vas, con el espejo al baño y te miras y llamas a tu chico y le dices, oye, crees que me tengo que teñir el ojo del culo?- Las risas ahora se tornan estruendosas hasta la lágrima. Es cierto que el público de hoy es, marihuana mediante, el más entregado que uno pudiera imaginar, pero Lalo siempre goza del privilegio de la risa.- que vamos, el más recatado le saca la mandanga y dice, tu a cuatro patas, que ya pongo yo la brocha y te lo tiño de blanco las veces que haga falta...- otra vez un silencio estratégico. La conversación está justo en el lugar que él quería- porque lo habéis probado...¿verdad?- Luis y Casti se miran descolocados, de la risa al desconcierto ha mediado una frase poco inocente de Lalo- sí, borrarle el cero a vuestra chica...o a otra, vamos, eso es lo de menos.

- ¿Sexo anal?- pregunta Luis, temeroso de la respuesta, con la misma cara que pondría un niño al descubrir a su padre disfrazado de Papá Noel. A él en la vida se le ocurriría proponérselo a Alicia.

- Si, claro, sexo anal- confirma Lalo- ¿lo habéis probado o no?- Casti niega con en silencio- joder- sonrío socarrón Lalo.

- Lo hemos intentado- mientras confiesa el fracaso baja la mirada y juguetea con los restos de hielo que todavía tintinean en uno de los vasos- pero le duele mucho.- A Luis también le gustaría decir que, por lo menos, lo han intentado, por eso se queda en silencio.

- Ya, eso es porque no era el momento apropiado- le ha quedado tan serio a Lalo que se descolocan un poco, generando un nuevo silencio que magnifica el golpeo de los hielos en manos de Casti- quiero decir, que no vamos a negar lo evidente, que ese túnel es habitualmente de salida, así que suele haber problemas de tráfico cuando hay entrada y tenemos que ser muy cuidadosos. Pero os aseguro- y ahora se incorpora ligeramente, apoyando los codos en las rodillas, para crear el certero ambiente de complicidad, ellos imitan el gesto sin ser conscientes- que una vez que estéis dentro, ese calor, esa presión...es bestial, hará que merezca la pena.

- ¿Y ellas?- pregunta Luis, sin poder evitar meter en su ecuación mental a Elena, otra vez, en lugar de Alicia. Curiosamente se ha imaginado, mientras formulada la pregunta, a su amigo Casti tratando de

sodomizarla. Y le ha resultado de lo más recurrente.

- Pues ellas...con la lubricación, la excitación adecuada, no hay que precipitarse, y las caricias que imagino ya conocéis en cierto botoncito, pues que de la puerta de atrás llegan a la del cielo en una docena de intensos empujoncitos- se recuesta de nuevo, con aire satisfecho. Aunque la conversación parece haber surgido del lógico y anárquico devenir, había una premeditación que tanto Casti como Luis desconocen al completo.

- Es que...-Luis parece avergonzarse mientras ejecutaba la pregunta, carraspea y se decide- ¿lo hacéis mucho?

-¿Dar por culo?¿Miriam? A todas horas...ah- sonrío socarrón- ¿el sexo anal? Pues bueno, de vez en cuando. No vale para un te pilló aquí te mato...bueno, alguna vez, cuando logro que ella se corra antes, pues tengo mi premio, unas veces en sus tetas, que no veas como mola saber que te estás corriendo sobre doce mil euros, otras veces en la cara, o en la boca y alguna pues que me deja esa puertecita, que os digo, troncos, para mí es lo más flipante, que entiendo que los homosexuales se den esos festines, aunque ya sabéis que dicen eso de la Ley de Mahoma, que tan maricón es el que da como el que toma, yo soy más de la ley de Cristo, que el que dio fue más listo- aunque conocían el chascarrillo, la marihuana ha hecho su tarea desmemoriadora y ríen como si fuera la primera vez. Mientras Lalo enumeraba sus juegos sexuales, esas partes sobre las que suele esparcir su semen, Luis recuerda sus últimos encuentros. De hecho trata de recordar el último, quizá en la fiesta de cumpleaños del peque, cuando todos se fueron...pero no está seguro.

- Pues yo- carraspea una vez más Luis, que busca algo líquido para ayudar a superar la vergüenza que le espera en la confesión- cada vez follo menos y ya de juegos eróticos, ni me acuerdo. Con lo ateo que soy tiene cojones que seamos tan aficionados al misionero.

- Hombre, tampoco es para tanto- trata de mediar Lalo. Pero el gesto serio de Luis hace que recule en su ejercicio empático.

- Nada, que follo menos que casado, como dice Casti...cuanta verdad hay en esa frase. Alicia viene de la empresa muy tarde casi siempre, algunas veces hasta tiene que trabajar en casa, está todo el puto día al teléfono. Yo le doy la cena a Carlos, le ayudo si tiene deberes, leemos un poco y a la cama. Y ella ahí sigue, muchas veces todavía vestida de calle, que la puta empresa nos va a costar un divorcio. Luego me pongo en el sofá a leer o a corregir y me quedo sobado. Me voy a la cama y ahí sigue ¿cómo cojones vamos a follar así?- el relato ha sido tan sincero, tan áspero, que ni Lalo ni Casti saben como romper el hielo, como cambiar el rumbo tétrico de la conversación. Lalo no contaba con esta vertiente terapéutica,

así que trata de reconducir el asunto a caminos más rentables.

- Bueno, pues todo es ponerse, cambiar un poco los ritmos. Mira, yo el otro día le preparé una sorpresa. Estaba en casa, hasta los cojones de teclear, con pocas ganas de currar. Además, la puta aplicación no me terminaba de salir, así que miré la cuenta del banco, vi que todavía teníamos pasta de sobra y me puse a mirar porno. Me encantan las páginas amateur, las de intercambio de parejas sobre todo...- el nuevo silencio estratégico es aprovechado por cada uno para dejar a la mente vagar a su albedrío. Luis, aunque lo intenta, no es capaz de unir sexo y Alicia. Así que la elimina a ella de la ecuación y el resultado es mucho más acertado si es Miriam o sobre todo Elena, quien entra como variable. Y Casti trata de alejar viejos recuerdos, casi a manotazos. Hacía años que no le asaltaban con tanta violencia. Es la conversación y la marihuana, sentencia.- Pues eso- continúa Lalo- que mientras veía a tías normales comerse las pollas normales de sus normales parejas, pues que me estaba poniendo cachondo, para qué negarlo. Y me daba pena acabar como un quinceañero, limpiándome con un clínex, que uno ya tiene una edad. Así que se me ocurrió esperar a Miriam. Pero no esperarla sin más, había un plan. Primero mandé un whatsapp diciendo que la esperaba en casa desnudo...esas cosas se que la ponen a mil. Y después estuve la hora entera viendo porno, con la minga como el cuello de un cantaor. Pero sin terminar, llenando los huevos de amor, venga amor. Antes de entrar me contestó diciendo que ella también venía desnuda...la muy hija de puta se quedó en pelotas en el rellano...- el gesto de Luis y de Casti no puede ser más evidente, la boca abierta como peces fuera del agua- Yo había puesto una silla en medio del salón. La senté. No hablamos. Le tapé los ojos con un pañuelo, la senté y comencé a pasarsela por la cara. Se que a ella...que coño, a todas, les encanta el olor, que somos animales en esto del sexo, y que se iba a poner a mil. Los pezones como espadas, tío, que me hacían daño en el muslo- la erección de los tres amigos es, a estas alturas, más que evidente bajo los bañadores.- Y lo mejor de todo es que yo estaba grabando con la cámara. Ella no sabía nada. Haceros a la idea, haciéndome una mamada y yo llevaba más de una hora tocándome...el orgasmo iba a ser brutal, lo tenía que grabar. No se lo digáis a ella, si se entera de que cuento esto- miente, y lo hace muy bien, sus dos amigos se miran el uno al otro y sonríen como certificando que el falso secreto está a salvo- me la chupa como nadie lo ha hecho. Es impresionante, sabe lo que hace. Bueno, pues que al final pasó lo que tenía que pasar, pues que me corro y ella gimieando casi más que yo mientras la llenaba la cara de semen. El pañuelo, las mejillas, la lengua. Y con dos cojones seguí grabando, que no sé cómo salió una toma tan buena, que soy el puto Tarantino. La cabrona seguía chupándomela y jugando con el semen...yo estaba flipando. Cuando le quito la venda se quedó a cuadros, a lo mejor iba hasta enfadarse por lo de la cámara, pero no la di ni tiempo, la tumbé en el sofá. No dejé ni que se limpiara la cara, puse la cámara en la televisión y me bajé al pozo. Estaba abierto como una flor, troncos, se me metía la lengua para adentro, movía el culo, estaba viéndose a sí misma

mientras yo le hacía sexo oral y os juro que chorreaba, nunca la había visto así, era una excitación especial, animal. Gritaba como una loca. Me agarraba la nuca, que me daba miedo hacerle daño con los dientes, porque me aplastaba contra ella con todas sus fuerzas. Y se corrió justo en el momento en el que yo me corría sobre ella en la pantalla...¿no os parece flipante?- En este instante ni Casti ni Luis son capaces de articular palabra. Y no solo porque la sangre esté justo en la cabeza con menor responsabilidad en el lenguaje hablado. ¿Qué se puede decir? Piensa Luis, que recuerda que una vez tuvo un orgasmo en la boca de Alicia, fingiendo no haberse dado cuenta, y ella salió corriendo al baño entre arcadas. Poco glamour comparado con la historia que acaba de contarles Lalo.

- Joder- se decide por fin a romper el silencio Casti- para mí que eso lo has sacado de una de las páginas guarras esas que ves.

- Eso te gustaría a tí...os he pedido que no lo contéis, eh, pero tengo la grabación- a los dos amigos se les ilumina la cara imaginando que puedan ver un solo segundo. Se acerca a ellos con el móvil- la tengo en el iphone, por si acaso tengo un apretón un día..Pero no os la puedo enseñar entera, eh, que me corta las pelotas.- Los tres arremolinan sus cabezas sobre el móvil. En la pantalla se ve perfectamente a Miriam mientras espera divertida y excitada, con la venda en los ojos.- Y hasta aquí puedo leer, capullos- se guarda el móvil, cortando la erección- que no quiero que os hagáis una paja esta noche pensando en mi chica- el silencio que sucede a las palabras de Lalo grita a los cuatro vientos que eso ya va a resultar inevitable.

- Yo le propongo eso a Alicia- afirma tajante Luis- y duermo en casa de mi madre.- Lalo mira a Casti, esperando respuesta. Casti trata de difuminar su nerviosismo jugueteando con lo primero que encuentra a mano, otro vaso, con otros hielos. Entiende que ambos esperan su respuesta.

- Pues ni una cosa ni otra- busca ganar tiempo, porque vuelven una y otra vez los recuerdos de una mañana de verano en un maldito probador. Le resulta complicado centrarse en Elena y su vida sexual- también tenemos nuestros juegucitos.

- Yo he cantado, ahora os toca a vosotros- Lalo ha terminado, sin que se den cuenta, un nuevo porro que humea entre sus labios.

- Pues a Elena le encanta follar en sitios públicos. A mí me da un poco de palo, pero bueno, eso era antes de que naciera Pablo, claro- mira a Luis, sin saber muy bien por qué. Éste entiende que es su turno.

- Pues no sé qué deciros, chicos, que soy padre de un animal de siete años, como para pensar en follar en probadores.- Casti se retuerce en el sofá, descolocado. Carraspea como si quisiera iniciar un discurso, pero se queda en silencio. La palabra probador, soltada por Luis, ha sonado como

un petardazo en su cabeza.

- Es una mala racha- trata de animarlos, y solo lo consigue cuando da una larga calada y pasa el turno.- y lo bueno de no ser padre. Vosotros me tocáis los huevos con las fotitos del Carlitos y del Pablo, y yo os doy envidia con mis sesiones de sexo loco.

- Eres un capullo- Luis siente sincera envidia. A él le gustaría que en su vida existiera esa chispa sexual. Si alguna vez la hubo, ahora le suena tan lejana, que le cuesta saber si es deseo, recuerdo o pura invención. La tarde va cayendo. Fuera, Elena, Alicia y Miriam siguen en las tumbonas, luchando contra el sopor de la siesta, hablando y riendo. Lalo siempre se guarda la última palabra.

-¿Vosotros creéis que ellas se cuentan estas cosas?- los tres se miran en silencio, sin saber qué contestar.

ELLAS:

Lo primero que le sorprendió a Alicia fue la predisposición de Luis para apuntarse al fin de semana en la sierra. Cariño, si por una vez Lalo y Miriam se encargan de todo ¿cómo no aprovecharlo? Y es verdad, pensaba Alicia mientras hacía las maletas. Pero un fin de semana con Casti, Elena, Lalo y Miriam, le daba una tremenda pereza. Y eso que ella fue la primera voz femenina en el trío de barbudos, que así los llama ahora, que está tan de moda esto de la barba. Conoció a Luis en unas fiestas del Partido Comunista, cuando todavía se hacían en la Casa de Campo, un reducto rojo de nostálgicos cada vez más arrinconados ante gente con más ganas de divertirse que de mostrar su conciencia progresista. Ella había hecho un grupo de amigas bastante locas y radicales en la carrera, con el que solía acudir a este tipo de eventos. Eran una rara avis en Económicas. Por eso encajaron. Ella, la oveja negra, no podía menos que inclinarse por la minoría ruidosa. En casa, ni su afiliación política, ni la decisión nada voluntaria de enamorarse de Luis, filósofo de pelo largo, fueron bien recibidas jamás. Y las amigas de la universidad eran, en palabras de su abuela, una malísima influencia para una niña de bien. La trasnochada y falsa duquesa se empeñaba en mantener las formas de un heraldo que ya había perdido su lustre. Y Alicia estaba tan cansada del encorsetamiento, de la educación, del camino recto, que dar la nota era parte de su idiosincrasia, la única forma de sentirse viva. Alcohol, fiestas, algo de sexo sin compromiso, todo lo que pudiera sacarle los colores a su familia la estimulaban sobre manera. Ahora lo recuerda y le cuesta reconocerse, pero en aquellos años era toda una enfant terrible. Le bastaba con cubrir el expediente académico. Sabía que era su salvoconducto, así que jamás dio problemas en ese sentido. Su padre, director de una de las revistas económicas más prestigiosas del país, no veía con tan malos ojos las díscolas aventuras de su hija. Las entendía y las defendía de la mejor forma que podía. No siempre con éxito, en una casa donde las mujeres,

algunas de la más rancia vieja guardia, gobernaban a su antojo.

La noche en la que se conocieron tuvieron una pequeña discusión sobre si el capitalismo era el fin o el medio, si el problema o la solución. Bebieron algunos minis, escucharon algún concierto y terminaron en el lógico cuerpo a cuerpo junto a un árbol, en una zona más recatada del recinto. Nada del otro mundo, a decir verdad, ella no guarda un especial recuerdo de aquellos roces. Luis nunca fue un hombre muy dado a los excesos en esto de la carne. Pero se guardaron cierto cariño. Después algunos encuentros, ya con Casti y Lalo, juergas interminables que generaron entre ellos una especial complicidad. Ella bebía como cualquiera de los amigos, aguantaba hasta el amanecer y no se amilanaba, así que no tardó en ser uno de "ellos". Y a solas, pues un cine en versión original un día, una charla en la sede del sindicato otro, algún cumpleaños, y poco a poco fueron construyendo algo así como una relación. El día que hicieron el amor por primera vez, en casa de los padres de Luis, al terminar, todavía sudorosos, él sintió una punzada de amor profundo. Fue algo repentino, como una especie de subidón de autoestima, y así, sin paños calientes, dijo que la quería. Alicia encendió la luz, asustada. Estuvo a punto de preguntarle si se encontraba bien. En ese momento, además, de la forma más inoportuna, se sintió invadida por recuerdos turbadores. Pero al verlo allí, en la cama tendido, todavía desnudo, semierecto, con los restos del placer perlando su cuerpo, se contagió de esa euforia, de esa corazonada, y aunque se vio incapaz de responder al envite, apagó la luz y se abrazó a él con fuerza. Así se quedaron dormidos. Y fue como empezó todo, de un modo muy paulatino. Y hubo sus momentos malos antes de que por fin decidieran dar el paso de sentirse como una pareja. Alicia tuvo sus tentaciones, sus pequeños momentos de duda, en los que no tenía la certeza absoluta de que Luis fuera el hombre de su vida. Algunos recuerdos ha tratado de borrarlos con todas sus fuerzas, porque parecían lastres al vuelo que le pedía la vida. Así, a base de mucho sentido práctico y de un verdadero ejercicio de desmemoria, ha ido tamizándolos con la intención de romper esas aristas que hacen de un momento breve algo tan brillante y atractivo. Que el juego de los espejos que es el tiempo y la memoria jugara a su favor. Y hasta hoy lo ha conseguido, más o menos.

Así fueron quemando etapas. Sin demasiado ruido, pero más rápido que otras parejas del entorno. Ella terminó la carrera, encontró trabajo. Él también, aprobó la oposición y antes de que el boom inmobiliario convirtiera en una quimera la idea de ser propietario, cambiaban su casa alquilada de Aluche por unos ochenta metros cuadrados en el Pau de Carabanchel. Entre tanto había tenido tiempo de conocer, en mayor o menor medida, a los dos mejores amigos del que hace ya ocho años se convirtió en su marido. En una boda en la que, por primera vez, las mujeres de su casa y de su pasado aceptaron que la decisión era para siempre.

Aunque Lalo y Casti eran ya tan amigos suyos como de Luis, la idea del fin de semana le resultaba poco alentadora. Tampoco ellas son un problema, con Miriam y Elena se lleva bastante bien. Sobre todo con ésta última. Miriam es una mujer tan encadenada a su imagen, con un ego tan pronunciado, que le resulta tedioso compartir algo más que una noche de juerga, una cena o una tarde en el parque. Además, para qué negarlo, que no sea madre, a estas alturas, y no haya en su ánimo la más mínima intención de serlo, ha creado un abismo que puede más que el natural deseo de ser amigas, siendo ambas quienes son, las mujeres de dos inseparables colegas. Y como último peldaño, está que imaginar un fin de semana sin Carlos sigue siendo un problema. Y no es lo pudiera echar de menos a su hijo. Son siete años ya y el cordón umbilical anímico se ha ido diluyendo con el crecer del muchacho. Aunque es de las que piensa que una madre no deja de serlo jamás. Y como prueban están su abuela, sus tías y su madre. Es algo más, es la infraestructura necesaria, prepararlo todo y contar con la ayuda de terceros, y sus suegros ya están mayores. Y luego tener que preocuparse del aspecto, de ir bien vestida. Un fin de semana en casa, tranquila, la permite relajarse de verdad, después de una semana de trabajo en la empresa, donde su rol de directora financiera la obliga a mantener unas formas agotadoras. Y menos mal que la comida y la bebida esta vez corrían a cargo de Miriam y Lalo. Después no ha sido para tanto. Dos maletas, un par de besos, Carlos encantado jugando al ajedrez con su abuelo, sin levantar la vista más que para desearles un "buen fin de semana" auspiciado por su abuela. El viaje poco más de una hora. Ahora, justo después de comer, con la canícula más poderosa, tumbada al borde de la piscina, con media docena de cervezas, una copa de vino, un porro y camino del segundo gintonic, todo, absolutamente todo, compensa. Incluso el recochineo de las tetas de Miriam. Dos bolas de carne perfectamente contorneadas por el mejor cirujano plástico del país. Quizá hace cuatro o cinco años esa perfección hubiera podido fastidiarla más, pero ha ido recuperando poco a poco el cuerpo que le robó la maternidad. Y ha costado, no recuperarlo, que en verdad no terminó de hacerlo, sino aceptar que este nuevo cuerpo, el de una madre de treinta y seis años, ya no es el de la adolescente espigada, de mirada directa, de labios carnosos, que soñaba con una España republicana. Una vez que pagó este peaje, claudicó ante la evidencia de que la carne no entiende de nostalgias y que es mala compañera del tiempo, se aceptó a sí misma y se reencontró con su propia belleza. Pero claro, toda esta terapia puede irse al traste en un solo segundo, el que tardan los ojos de su marido en darse cuenta de que la gravedad incide mucho más en sus pechos que en los de Miriam. Así es de delgada la línea sobre la que caminan las mujeres y madres perfectas de hoy, un estrés que en algunos momentos se torna insoportable. Y no es que se sienta especialmente intimidada por ella, es algo así como una incomodidad que ya ha comentado con Elena, la tercera en discordia. Entre ellas hay un vínculo especial porque siendo ésta madre de un niño de dos años, conoce perfectamente por lo que está pasando, ese sentirse invadida por un cuerpo que no es el suyo y que no reconoce. Y esa crueldad de un espejo que se empeña en evidenciarlo. Ambas saben

que sus maridos, tanto Casti como Luis, son básicos como todo hombre que se precie. Saben disimular sus limitaciones, sí, una versión tal vez más avanzada de lo que fueron sus padres, algo así como el Macho Ibérico 2.0, pero que si se dejan llevar, si bajan la guardia, babosean como el que más y vuelven a las cavernas con una facilidad pasmosa. Por eso compartir un fin de semana de verano y piscina con una mujer que tiene un entrenador personal y que por trabajar en un hospital de renombre entre las adictas a botox, unas tetas perfectas, es un estrés necesario, pero agotador. De ahí que durante la comida haya pedido ayuda a la cerveza, después a la marihuana y ahora a la ginebra. Y el plan está funcionando, a juzgar por lo que le cuesta mantenerse despierta, atenta a la conversación o focalizada en un único pensamiento.

Están en las tumbonas de la piscina, mientras sus maridos fuman en la casa. El calor aprieta y el pudor se ha perdido por completo. Las tres están en bikini. Justo ahora Miriam decide romper el equilibrio desprendiéndose de la parte de arriba de su *Beach Bunny*. Alicia y Elena saben que no hay nada premeditado en ello, pero no puede evitar fijarse en las dos obras maestras, dos pechos turgentes, cercanos de forma dolorosa a la perfección, y que solo en movimiento, en realidad en la casi nula existencia del mismo, evidencian su artificio. Han cambiado mucho los tiempos desde las recauchutadas jovencitas de *Playboy*.

- No os importa ¿verdad?- pregunta Miriam, inútilmente, cuando ya sus pechos están bañados por el justiciero astro.

- La verdad es que es una pasada como te han quedado- sentencia Elena, con sincera admiración. Miriam se incorpora y las enseña. Se las mira, las toca y las invita a hacer lo mismo. Elena comprueba que también el tacto es engañoso y costaría descubrir la cirugía. Alicia no se siente con fuerzas de hacer test alguno y bebe de la copa, mirando de soslayo

- Lalo está encantado. Y eso que nos ha costado una pasta. Que mi jefe nos ha hecho un precio más que especial, pero siguen siendo las mejores manos del país y hay que pagarlas. A él siempre le gustaron las tías con buenas tetas.

- No sabía que hubiera tetas malas, ¿son asesinas o algo así?- la ironía le ha salido a Alicia desde la más profunda de las envidias. Una envidia incomprensible e injusta, porque ella jamás se sometería a una operación de aumento de pecho.

- Joder, me has entendido- Miriam está demasiado borracha para poder leer entre líneas.

- No, sí, si lo que me jode es que a estas alturas una tía como tú,

independiente y todo eso, se opere por su chico.

- No me las he operado por él, ni de coña, tía. Lo he hecho por mí. Esto es como teñirse el pelo, no te gusta tu color, pues te lo cambias. Y no creo que por eso una rubia natural deba sentirse ofendida, aunque su rubio fuera menos brillante ¿no? Pues eso es lo que he hecho yo, en lugar de teñirme de rubio, pues me he puesto tetas.

- Di que sí- interviene Elena- yo lo veo bien. A mí me daría mucho miedo. Además, en mi trabajo no sé si es bueno ser tan pechugona, todo el día tratando con los clientes, si me miran más las tetas que los informes vamos mal. Si no suelo ni llevar escote, y si llevo, entro en la gestoría con el pañuelo.

- Bueno, así a lo mejor te firman cualquier cosa sin mirar los precios- Alicia siente que su incomprensible rencor hacia Miriam puede llevarla a una exclusión inapropiada dado el cariz lúdico del fin de semana. Las tres ríen. Están otra vez tumbadas. Dentro de la casa Casti, Lalo y Luis se han acercado a los ventanales y las observan.

- ¿Qué tal con tu entrenador personal?- pregunta Elena. Y no lo hace por interés deportivo, sino porque en una cena de chicas hace unas semanas Miriam comentó que el mencionado personaje era un bombón, una tentación que justificaba no solo los casi 200 euros sino cualquier desliz, si lo hubiera.

- No me hables, no me hables.

- Oye, tía- interviene Alicia, que no estuvo en la cena y no está al tanto de la belleza musculosa del entrenador- no sé de qué hablas, ¿qué entrenador?

- Espera- Miriam se incorpora, busca su móvil y teclea. Entra en la página personal del entrenador.- Que me he aburrido del gimnasio y ahora entreno con él...- En poco más de media docena de fotos las dos amigas consensuan con Miriam que Aldo, que así se llama, es un auténtico bombón.- Veinticinco añitos, pura fibra, puro músculo, pura energía...- Por la forma en la que Miriam mira el móvil ellas entienden que hay un pero.

- ¿Y?- se decide por fin Alicia.

- Pues ¡que es maricón!

- ¿No jodas?- intenta Elena mantener el tipo. Al igual que Alicia, pero al final vuelven las dos a las tumbonas, divertidas. Alicia ya se siente mejor. Más relajada, pensar que Miriam tiene un objeto atractivo al alcance la mano y que no lo va a poder tocar, hace que sus defensas se relajen. Antes de tumbarse han saludado a los chicos, que seguían mirando por la

ventana. Miriam quiere hablar de sexo, pero no sabe muy bien como introducir el tema, no quiere que resulte demasiado evidente.

- ¿Te duelen?- la pregunta de Elena pone en bandeja la solución a Miriam.

- Pues un poco cuando follamos- Podría haber dicho cuando lo hacemos, utilizar amor, cama, como le hubiera salido de forma natural, pero ha querido ser directa, franca, tosca, ruda, comportarse como un hombre, porque no es de amor de lo que quiere hablar. Sino de cuerpos que se juntan para generarse placer y ganas de gritar. Sexo. Miriam siempre lo ha vivido con una libertad absoluta. Tener una hermana mayor que te va abriendo las puertas, que ejerce de poli bueno y madre versión moderna, ayuda bastante a construir una mentalidad positiva en esto del sexo. A enfrentarse a ello con la seguridad necesaria como para saber que hay dos personas con el mismo objetivo: el placer.

- Pero ¿por las cicatrices?- se interesa Elena.

- Pues supongo que sí. La verdad es que los pezones los tenía especialmente sensibles, creo que os pasa cuando estáis embarazadas- ahora mira a Alicia, no quiere que se excluya de la conversación, las necesita a ambas atentas.

- Sí- responde- a mí me pasaba, no me las podía tocar. Y bueno, para él fue un problema, para mí tanto, porque no sé a vosotras, pero a mí las caricias en el pecho no es que me estimulen demasiado.

- Ya- sonrío Miriam- sobre todo si el tipo no es muy considerado, porque los hay que solo entienden dos formas de tocar un pecho: el modo panadero, que parece que te están haciendo un pan con la teta, y la sintonización, que parece que van buscando *El Carrusel* con tu pezón- las tres ríen totalmente relajadas. Ahora sí, por fin.

- Creo que pasas demasiado tiempo con Lalo- inquiera Elena- ya haces hasta sus monólogos.

- Puede que sí. El otro día me pidió consejo, me dijo que quería preparar un monólogo sobre como las mujeres hablamos de sexo, ya sabéis- una mentira estratégica más- la lucha de género y el humor, siempre tan efectivo. Y le dije que, la verdad, nosotras no hablamos de sexo, como tal, ¿no os parece? Que hablamos un poco más de sentimientos. No es que seamos timoratas, ¿verdad, tías? Pero es que tampoco somos como ellos, que hablan de pollas y orgasmos como el que habla de zapatos. Y algunas veces me gustaría que fuéramos así, que si un tío nos ha llevado al cielo, pues podamos decir que tenía una polla que nos encantaba. Pero nunca os

he escuchado decir algo así.

- Es que hay formas mejores de decir las cosas- apostilla Alicia.- Ellos son básicos, bravucones, les va tanto el sexo oral práctico como el teórico. Son un poco fanfarrones.- las tres asienten y recuerdan conversaciones en el pasado, en la facultad, en el trabajo, donde los hombres se crecían verbalmente cuando de curvas se trataba.

- Algunas veces me dan envidia- vuelve Miriam- porque es como si no tuvieran nuestros complejos. Y ya se lo que vas a decir, Ali- el diminutivo es intencionado, para quitarle hierro al reproche- que hable de autoestima quien se ha operado el pecho no es del todo justo, pero quiero decir- no deja que Ali se defienda o argumente en contra- que ellos hablan de sus cuerpos, y del nuestro, claro, con toda naturalidad. Nosotras parece que tuviéramos que pedirnos permiso unas a otras.

- Ya, tienes razón- a Elena le interesa el tema especialmente-¿pensáis que ellos hablan de cómo lo hacemos? No como parejas unos y otros, sino nosotras, como mujeres.- Elena tiene la sensación, desde que fue madre, de que Casti ha perdido el deseo por ella, de que no disfruta tanto como antes.

- No sé, chica- Alicia se recuesta de lado para conversar con más naturalidad- ¿quieres decir si hablan de si somos buenas en la cama?

- Yo me imagino- interrumpe Miriam- que en rasgos generales si, si están contentos o no, pero poco más. Aun con sutileza, creo que nosotras somos más abiertas. Porque nos gusta dar más detalles. Imaginad una primera cita, contada por ellos o contada por nosotras. Ellos ¿qué tal? Bien, me la tiré, folla bien y me la chupó. Punto, a hablar del dichoso fútbol. Y ¿nosotras? Que quien pagó la cena, si te movió la silla para que te sientes, si fuiste en taxi, en su coche, andando, que si la casa tiene ascensor, que si está bien decorada, limpia, si fue cariñoso, apasionado, como fueron tus orgasmos, si tuviste que fingir, si se quedó dormido después, si repetiste...en fin, detalles y más detalles.

- Totalmente- asiente Alicia- al final esto de la comunicación es algo más que rutina, es una cuestión fisiológica. Es más fácil que nosotras estemos dos horas hablando que encontremos un punto concreto en un plano. Ellos, en cambio, pueden estar horas en silencio y que no haya un problema.

- Me consuela, coño- ríe Elena- que Casti se va a montar en bici con tu marido- señala con los ojos a Alicia- se tiran tres horas pedaleando y cuando llega le pregunto que tal y que bien. Y nada más. No me cuenta nada más, así que allá que voy yo en plan sacacorchos, y lo coso a preguntas, que de que han hablado y que no se acuerda...¿cuatro horas pedaleando y no te acuerdas de qué has hablado? Y claro, que si le ha

preguntado por su primo que estaba en el hospital...uy, no. Que si ha preguntado por ti, que estabas preocupada en el trabajo. Uy, tampoco. Si nos vamos nosotras a montar en bici tres horas, pedalear o llegar lejos no sé, pero que nos enteramos de todo lo que nos ha pasado, vamos, no dejamos un detalle sin poner sobre la mesa. Lo he visto por ahí, ellos tienen en la cabeza algo así como una caja donde pone "nada", y es que es verdad que no pone nada, que está vacía la puta caja.

- Son muy simplones- apostilla Miriam- les basta en la vida con balón, tetas y cerveza. Van a trabajar porque no les queda otra. Pero nos gustan ¿no?

- Si, claro, unos más que otros- y las tres, curiosamente, retornan al móvil y a Aldo, el preparador físico.

- ¿Queréis ver otra vez a Aldo o qué?- las tres ríen con sincero relax. El sol sigue apretando y la ginebra va culminando el proceso etílico- Vosotras ¿habéis fingido alguna vez un orgasmo?- la pregunta deja descolocadas unos segundos a sus amigas. Las tres se sienten con ganas de sincerarse, descargar y recargar pilas.

- Yo sí, no te lo voy a negar...- el silencio, que dura un par de segundos, obliga a Alicia a explicarse- Alguna de esas veces que estás muy cansada, que no acabas conectando, que lo has intentado, pero que sabes que si haces eso pues se acaba, y te quedas tan a gusto, pues gimes un poco cuando él ya lo ha sentido y no sé, yo no lo veo como una mentira, y si lo es, pues una mentira piadosa. Tú te conoces, sabes la hora que es y no te merece la pena ni dar demasiadas explicaciones, sobre todo porque no lo van a entender, ni forzar las cosas hasta que llegues tú también un orgasmo.- Se incorpora y las mira a los ojos. No tanto esperando su aprobación o por el contrario, la reprobación, sino inquiriendo una versión personalizada.

- Yo también- explica Miriam- pero no con Lalo. Me diréis que estoy enamorada y esas cosas, pero me hace sentir mucho, creo que es un buen amante y siempre llegamos al orgasmo. Pero eso sí, soy un poco teatrera...

- ¿Teatrera?- pregunta divertida Elena.

- Sí, tía, pues que cuando siento un orgasmo me dejo llevar, no tenemos hijos y los vecinos me la pelan, así que si tengo que gritar para subirle el ego a mi chico pues grito como una actriz porno. Pero al orgasmo, chicas, siempre llego...

- Yo también- se siente Alicia en la obligación de dar explicaciones- solo

digo que alguna vez lo he hecho, por una cuestión práctica...¿y tú, Elena?

- Pues yo también, una vez, por lo menos. No sé si os ha pasado alguna vez, que estás como a punto de sentirlo pero que no hay forma de dar el saltito. Él ponía todo el empeño, estábamos teniendo sexo oral, él ya lo había sentido, y al final me dije, se acabó, se le va a entumecer la lengua al pobre, finjo y a otra cosa, mariposa. No lo veo tan preocupante, estoy con Alicia, es una mentira piadosa, que además alimenta su ego.

- Podéis quedaros tranquilas, todas las mujeres con las que he hablado de este tema han fingido alguna vez, y algunas más de lo que quisieran reconocer. Eso es como la masturbación.

- Uy- niega Alicia de inmediato- a mí eso me da una pereza tremenda.

- Ya, ya, seguro- sonrían Miriam y Elena.

- Que sí, de verdad. Que no te digo que en la adolescencia, que es la forma de conocerse y todo eso, pero ahora.

- Pues chica, yo en la ducha, alguna de esas veces que tengo tiempo- Miriam mira al cielo tras las gafas de Gucci de pasta roja- ese chorrito de agua caliente, es de lo más estimulante.

- Y piensas, ¿ya sabes?

- ¿En otros? Bueno, eso no sabría decirte, no sé si pienso o siento- está un poco desconcertada, no le gusta reconocer que se masturba muy a menudo y que cuando lo hace rara vez piense en su pareja. A Aldo, por ejemplo, se lo ha devorado ya una docena de veces. Aunque conociendo que es homosexual, no sabe si volverán a ser tan interesantes los juegos hedonistas con el preparador argentino.

- El otro día leí- ahora es Elena quien habla- que la gran mayoría de las mujeres había fantaseado alguna vez en su vida con dos cosas que no reconocería fácilmente: un trío y hacerlo con otra mujer.

- A mí lo del trío- explica Alicia- aunque me da pereza, pues como que da ese morbillo, ¿no? Pero siempre dos chicos y yo, y si pueden ser como Aldo, pues mejor, pero heteros, que no se me pongan a darse besitos y yo esté ahí de carabina.

- Pues yo sí- Miriam se decide. No se va a sincerar al completo, no son ellas las personas indicadas para ello, pero tampoco va a negar lo evidente- yo he fantaseado alguna vez con estar con una mujer, lo que tiene que ser estar en una cama con alguien que te conoce como tú

misma, que sabe dónde, cómo y cuando tiene que ir...

- Visto así- parece dudar Elena- la verdad es que siempre he pensado que el cuerpo de la mujer es más hermoso que el del hombre. Supongo que si se diera el momento adecuado, y con la persona adecuada, podría ocurrir.- Miriam mastica las ganas de soltarlo, de contar que ella ha estado en varias ocasiones con una mujer, una de ellas incluso con su marido delante, en una de las noches más arrolladoramente sexuales de sus vidas. Pero no se atreve. No al menos tan pronto, no con tan pocos gintonics preparando a la audiencia.

- Anda que si supieran esos- apostilla Alicia- que estamos hablando de acostarnos con mujeres, salen los tres en pelotas y nos violan aquí mismo, o peor aun, nos obligan a montárnoslo entre nosotras. Que hay cosas que no entiendo yo de los tíos- ahora está sentada- no entiendo cómo pueden ponerse tan cachondos con algunas cosas, entre ellas lo de dos mujeres dándose el lote. Lo de los orgasmos en la cara...que bueno, chica, que ocurre, y eso, pues vale, pues no pasa nada, que no vamos a ser aquí más papistas que el Papa, pero que vayan buscando en internet, o que te quieran grabar- Miriam no puede evitar recordar la noche en la que Lalo la grabó teniendo sexo oral para luego ser ella la receptora mientras admiraba en la televisión su propio trabajo y siente entre las piernas una calor nostálgico que la invita a sonreír.-No termino de entenderlo- finaliza.

- Pues es un poco educacional- explica Elena, que no sabe si terminará o no reconociéndolo, al menos de forma evidente, pero con Casti, hasta que naciera el pequeño, habían hecho ese tipo de juegos, más por el placer de ver su placer que otra cosa, y eso es lo que le gustaría aclarar a sus amigas, echando un capote a los hombres- lo han visto en el porno. Que el porno, de eso sí que he leído bastante, se ha instalado en su universo colectivo de forma casi inconsciente. Tía, es como un desperdicio, eso de sentir un orgasmo dentro de tu cuerpo, o en un preservativo, eso ya debe ser un sacrilegio. Es como llegar a la cima para ellos. Y algo hay, tened en cuenta que en una relación normalmente eso ocurre cuando nosotras ya hemos llegado...bueno, o hemos dicho que hemos llegado- las tres sonríen ante lo evidente- y es como un premio.

- Si es que son como niños- interviene Alicia.

- ¿Cómo?- apostilla Miriam- son niños, sin el cómo. Estoy contigo, Elena, hay como un componente de sumisión ¿no?, de entrega por nuestra parte, venga, soy tu princesa, lléname, o algo así.

- Pues a mí en la cara me da repelús- explica Alicia- en el resto del cuerpo, pues bueno, pero es que ahí, no sé, colgando, es que alguna vez

lo he visto y me da un asco tremendo.

- Ya Ali- intenta mediar Miriam- no es lo mismo verlo que ocurra, y claro, no ocurre mientras estás viendo la tele, toma, cariño, pon la cara, anda...- otra vez el estilo Lalo en Miriam hace reír a sus amigas- estás ahí, en plena faena, excitada, y no parece tan mala idea. A lo mejor si te lo propone antes, pues dices que no. Pero lo del porno es una pasada, tenéis razón. He visto las páginas que mira Lalo, que se cree que no me entero y no le va el porno profesional, le gusta ver a parejas normales, hay ahí un punto de morbo que entiendo, que lo veo natural ¿no os parece? A todos nos gusta mirar- ahora la conversación está en el punto que quería.

- Sí, claro, todos somos morbosos- afirma Elena- no sólo en el sexo, si pasa con un accidente, que genera atasco en el carril contrario porque la gente quiere ver que ha pasado. Me acuerdo que cuando vivía en casa de mis padres vi a una pareja hacer el amor en un banco. Debía tener yo catorce o quince años, y fui incapaz de apartarme de la ventana, oculta tras la cortina...- lo que Elena no ve oportuno explicar es que, en realidad, terminaron los tres a la vez.

- Sí- interviene ahora Alicia- esto nos pasa a todos. Internet debe ser como una ventana ¿no? Pero temática y salvaje. A Luis no le va demasiado. A mí verlo sola, pues nunca se me ha ocurrido, pero si hubiera un porno elegante, no sé, hecho por mujeres, pues a lo mejor, en pareja. Porque te puede excitar- se anima ahora a sincerarse- ¿sabéis una escena que a mí siempre me ha parecido una pasada? En la película *El nombre de la rosa*, con Christian Slater de monje joven, me parece de lo más erótica. Pero eso no creo que esté en megacorridas y esas cosas que buscan ellos. Bueno, y ellas, que no lo haremos nosotras, pero tengo compañeras de trabajo que son usuarias del porno.

- A mí me gustó mucho la escena- sonrío pícara Elena- de *El cartero llama dos veces*, la de la mesa, ya sabéis.

- Pues a mí- ahora Miriam da un pequeño saltito sobre la hamaca, como si estuviera sinceramente emocionado- me puso a cien *Jamón, Jamón, ay, madre*, ese Bardem jovencito, cuando pasaba de la política.

- Lo de la política- asevera Alicia- es lo de menos, ese tío está como eso, como un jamón, se afilie con quien se afilie.

- ¿Qué haríais si una noche, por esas cosas de la vida, tenéis a Bardem llamando a la puerta?- pregunta Miriam, con sincera curiosidad. Hay un breve silencio y después Alicia contesta sin dudar.

- Pues que echaría mucho de menos a Luis, la verdad- y las tres ríen la

ocurrencia con ganas.

- Hombre- interviene Elena- yo no sé si dejaría a Casti, pero sería bastante difícil resistirse a la tentación.

- Ellos no lo harían- parece que Alicia quisiera convencerla de la conveniencia de esa fantasiosa infidelidad- ¿crees que si una noche Casti se cruza con Penélope andaría con tantos miramientos? Pues no te lo contaría y punto.-Lo ha dicho muy seria, incluso enfadada y justo al terminar la frase ha sentido un incómodo vacío en el estómago, tan profundo que ha temido terminar vomitando. Se incorpora, respira y bebe un largo trago del gintonic que tenía olvidado. La cabeza le da vueltas, está mareada y se recuesta de nuevo y cierra los ojos. Escucha como un rumor la conversación de sus amigas, mientras a la cabeza retornan los turbadores recuerdos que llevan horas asaltándola sospechosamente.

Después de un largo silencio en el que cada una se deja llevar por este extraño sopor veraniego, Miriam prosigue el juego de las preguntas de corte erótico.

- Chicas ¿cuál ha sido vuestro polvo más loco? Y si no ha sido con vuestro marido, no hace falta que digáis con quien, sino el qué y el cómo ¿vale?- De nuevo un silencio en el que las tres reflexionan. A Elena le gustaría contar alguno de los que ha tenido con Casti, no le parece el momento de abrir las puertas a viejos recuerdos. Además, no ha tenido un encuentro sexual brutal que haya quedado marcado en su memoria. Alicia lo tiene claro, dolorosamente claro, pero se ve incapaz tan siquiera de confesar el cómo. Quizá si obviara el cuándo, resultaría más interesante.

- Pues tía, yo, lo tengo claro- Alicia carraspea, no quiere contarle, algo en su interior le dice que no es buena idea, pero una fuerza poderosa recrimina a ese algo su cobardía y empieza a hablar sin saber muy bien lo que va a contar. Las palabras se arremolinan en su boca esperando ansiosas su turno, como si llevaran años esperando este momento- fue hace muchos años, ni recuerdo cuando, era casi una niña, no os voy a decir que fue la primera vez, pero casi. En los probadores del *Zara*. Un encuentro de esos de aquí te pilla aquí te mato que me dejó sin respiración.

- Hala, qué pasada- hay sana envidia en la respuesta de Elena- como de película ¿un desconocido?- La pregunta ya incomoda, ahora la parte de Alicia que había estado incordiando durante el acceso de sinceridad, parece recular y decir, hala, ahí os quedáis, apañaros como podáis.

- Bueno, no, era un conocido, nos habíamos encontrado en la tienda, y como dicen en las películas, una cosa llevó a la otra, me acompañó al probador, dejé que entrara conmigo y que ya ni recuerdo lo que me iba a comprar, que lo dejamos ahí, tirado. Ah, y olvidé las braguitas, con las

prisas, no me di cuenta hasta que llegué a casa...

- ¡Qué pasada, tía!- Miriam tiene ganas de aplaudir. La historia la ha excitado sobremanera. Inconsciente ha apretado los muslos para favorecer la acumulación de sangre y multiplicar su excitación. Está tan borracha que le resulta complicado controlarse y no terminar, allí mismo, con la mano entre las piernas. Quisiera que Alicia o Elena siguieran contando, que no acabe aquí.

- Pues yo una vez- empieza tímida Elena- fue en una discoteca. Éramos muy jóvenes, no sé, ¿quince años? No había hecho el amor todavía, la verdad. Era una fiesta a la que fui con una amiga del barrio, que estaba en primero de no sé qué, no me acuerdo que estudiaba. Me llevó ella en su coche. Me fumé el primer porro de mi vida. Iba como flotando, la verdad, recuerdo que la sensación era alucinante. Nunca había consumido hasta entonces, siempre fui muy tardía en estas cosas. No me preguntéis como pasó pero terminé en un reservado con dos hermanos. Es todo confuso- aclara ante la mirada atónita que adivina tras las gafas de sus amigas- nada serio...bueno, salvo que te besan y te toquitan dos tipos a la vez. No recuerdo que yo tocara nada, me dejé hacer. No hubo ni orgasmos ni esas cosas, además terminé más mareada y los dejé allí a los dos, plantados. Pero la verdad es que me sigue pareciendo una pasada que me atreviera a aquello y con quince años.

- Joder, y tanto- certifica Miriam. Ahora Alicia y Elena la miran a ella. Es su turno. Miriam tendría muchas cosas que contar. El encuentro con la doctora del hospital, las visitas a los locales de intercambio de parejas con Lalo, la cita en casa con la desconocida...pero no se atreve. No al menos del todo. Cuando comprende que no puede, aunque sólo sea por solidaridad conversadora, dejar la cosa ahí, se lanza a contar una historia.- Necesito que me juréis que esto no va a salir de aquí- Alicia y Elena se incorporan, entienden que se trata de una confesión a lo grande y que Miriam necesita de esa cercanía. Ambas tienen el corazón acelerado, excitadas ante lo que les pueda contar su amiga.- Fue en una fiesta del hospital. Estábamos celebrando que nos habían dado un premio por una cirugía facial que había hecho el doctor a una mujer a la que habían destrozado la cara con ácido. Bueno, que teníamos mucho que celebrar. Estaba el equipo del doctor, ya sabéis, su hijo, que está todo el día detrás de mí, que ya no sé cómo quitármelo de encima- miente, porque está encantada con la tensión sexual generada y que ella mantiene latente con una profesionalidad asombrosa, bordeando siempre la confusa barrera de la infidelidad, ya que ambos están emparejados, él incluso con dos hijos.- Pero estaba una doctora que no llevaba mucho tiempo. Una tía impresionante, alta, guapa, de curvas naturales muy generosas, siempre impecablemente vestida, que la tía no sé a qué hora se levantará, que es imposible pillarla en un renuncio. Estábamos bebiendo vino del caro, que mi jefe cuando se pone no se anda con chiquitas. En su despacho. Él se quedó dormido, su hijo acabó con alguna enfermera en los vestuarios,

seguro, porque desapareció del mapa y eso no ocurre con facilidad, no da puntada sin hilo el hijo de puta. El caso es que nos quedamos las dos. Había química, tía, no sé qué decir. Estábamos sentadas, muy juntas, nos rozábamos y yo...pues que estaba muy borracha. Me dijo que si alguna vez había besado a una mujer, y yo, pues que no, claro. Me cogió la cara con las dos manos...joder, me pongo hasta nerviosa...

- Tía, sigue, ¿qué pasó?- Elena no lo reconocería jamás pero está tremendamente excitada, envidiosa quizá, sin ser consciente de ello. No por ahora.

- Pues que me dio un beso. Fue profundo, tía, no sé explicar, porque lo lógico es que yo hubiera dicho, eh, que no, que yo soy hetero...que no soy lesbi...pero no pude. Su boca era como dulce, profunda, no tenía ganas de que acabara el beso. No me acarició, ni yo sé si hice algo con las manos, no recuerdo donde las tenía...el beso fue largo, muy largo, maravillosamente largo.

- La leche, que tía- hay sincera admiración en Alicia, que necesita saber cómo terminó la historia- ¿y qué?¿ahí acabó la cosa?

- Sí, claro- miente- yo, pues que al final me puse nerviosa, y le dije eso, que no era lesbiana, que lo sentía, solté algún formulismo del tipo eres muy guapa, no es por ti, es por mí y esas cosas y me fui del despacho.

Pero miente. No terminó así su primera experiencia lésbica. La doctora, mucho más ducha en esto del cuerpo a cuerpo entre mujeres, la llevó de la mano a un pequeño almacén, donde la besó por todo el cuerpo y la hizo llegar a uno de los orgasmos más salvajes de su vida. Generosa, no espero de Miriam una respuesta similar, para ella era bastante la captura de la princesa hetero. A la mañana siguiente, con la resaca más desconcertante de su vida, Miriam acudió al trabajo sin tener la más remota idea de cómo iba a lidiar con un encuentro lésbico con una compañera de trabajo. Pero la doctora estuvo muy profesional, comedida y franca. La invitó por teléfono a un café y le dijo que no tenía que preocuparse. Que ella era bisexual, y que simplemente se había sentido enormemente excitada con la cercanía, que las cosas habían ocurrido, pero que no debía Miriam preocuparse, que un encuentro de ese tipo no significaba nada más que era mujer viva y muy atractiva, que ahí terminaba la cosa, debían ser maduras y buenas compañeras de trabajo. Un abrazo certificó la conveniencia del acuerdo. Pero para Miriam hubo un antes y un después de aquella fiesta.

Mientras Miriam daba algunas pinceladas de lo que fue su estreno lésbico, Elena no ha podido evitar fantasear con ello, con sentir sus labios, su cuerpo generoso junto al suyo. Han sido unos segundos breves, pero

desconcertantes.

Las tres se han sincerado. Cada una a su modo. Sin decirlo todo, pero sin callarse nada. Porque las tres han hablado de los sentimientos, la excitación, la turbación, el deseo contenido. Los detalles que dan a la historia la veracidad del realismo son secundarios. Mientras la tarde se suaviza y el sol invita a un baño, las tres amigas se quedan un largo tiempo en silencio. Hasta que entra en escena Lalo, que desde la casa sale corriendo y envuelto en un grito cavernícola, se lanza en una sonora bomba sobre la piscina. Solo cuando sale, unos segundos después, las tres amigas se dan cuenta, al ver el bañador a modo de gorro improvisado, que está desnudo. Bromean y lo vitorean hasta que sale, así, como la naturaleza lo trajo al mundo, además con una ligera erección. Entonces solo Miriam prosigue con los vítores. Las dos amigas apartan la mirada. No por falta de ganas de ver el cuerpo fibroso y bien dotado de Lalo contonearse, sino porque detrás están Luis y Casti, que sin hacer nada, coartan su natural morbo. Lalo y Miriam se funden en un divertido abrazo. Elena, coqueta, se pone de pie. Antes de zambullirse en un baño que la ayudará a alejar esta sensación de atontamiento que el alcohol, el sol y la conversación han logrado, deja sobre el culo de Lalo una oportuna toalla. Unos segundos después los seis están dentro de la piscina. Lalo sólo recuperará su bañador unas horas después, cuando haga las maletas camino de Madrid.

CAPÍTULO DOS: La noche.

LA DUCHA:

Después de la comida, copiosa, las copas, los porros, el largo y divertido baño bajo el sol de media tarde, Lalo, master de la reunión, les explicó que tenían un rato de relax para descansar, una siesta y lo que surja, fueron sus palabras exactas. La noche prometía, sentenció mientras abrazaba a Miriam y la llevaba camino de la habitación. Bajo la toalla, nada se interponía a una incipiente erección que fue más que evidente para todos.

Casti y Elena también llegaron abrazados a la habitación. La sensación de ir flotando se les antojaba maravillosa. Era un entumecimiento generalizado de todas las terminaciones nerviosas que invitaba a tumbarse en la cama y dejarse llevar. Y así lo han hecho. Elena se ha quedado desnuda. Tenía el bikini mojado, pero no ha encontrado fuerzas para ponerse algo más que la sábana, tímidamente, sobre las piernas. Ahora Casti, que no puede dormir, mucho más sereno, la observa. La luz entra tamizada por la persiana, a medio bajar, y juguetea con las curvas de su mujer, profundamente dormida. Observa los pechos, ligeramente inclinados por la postura, la cintura, el principio del bello escondido entre las piernas semicruzadas, el muslo como dulce chocolate pese a su piel poco aficionada a tostarse bajo el sol. Es hermosa, piensa. Después se va

al baño. Tiene resaca. Ahora pesan más los litros de alcohol y las caladas que las ganas de seguir de fiesta. Siente una poderosa pereza. No deben ser ni las ocho de la noche. Se ha levantado porque temía que si se quedaba dormido ni un ejército de sirenas iba a ser capaz de arrancarlo de los brazos de Morfeo. Por eso y porque en el duermevela ha tenido descorazonadores pensamientos que han turbado su paz y no lo han dejado dormir. Se mira en el espejo. Tiene 35 años. Los estragos de la edad empiezan a hacer mella en ciertas partes del cuerpo, donde las abdominales, cada día menos evidentes, tienen que luchar con capas de grasa no invitadas a la fiesta. Años atrás esa grasa era fácilmente expulsable. Ahora no le basta con el ejercicio en el Parque. Debería hacer algo más, se dice cogiendo un lateral de carne a la altura de los riñones. Y no es justo. Si lo viera ahora mismo su amigo Luis le daría una colleja o le retiraría la palabra durante meses. Por eso esta autocrítica sólo la hace en la intimidad. Se acaricia la barba. Cuanto más larga más rojiza. El pelo, ligeramente aplastado por el cloro. Y las ojeras, que tienen nombre de niño de dos años. Se lava la cara y se vuelve a mirar. Necesito una ducha, se dice, abriendo la mampara. Deja caer el agua, caliente, muy caliente. Y se mete debajo del chorro, dejando que golpee contra su nunca. Ese masaje aparta poco a poco la sensación de ponzoña ética. Cuando abre los ojos descubre una incipiente erección. Entonces ordena sus pensamientos. Coge su pene con la mano, resignado a terminar lo que la cabeza ha empezado. Y recuerda. Son recuerdos acelerados, como la mano, que sube y baja la piel con velocidad creciente. Ropa arrancada a mordiscos, empujones con la pelvis, todavía con los calzoncillos puestos, como si no hubiera un mañana. Cogerla de las muñecas. Elevarlas al cielo y morder su cuello. Bajar al pecho, lanzar mordiscos a los pezones. Bajar más, mucho más. Apartar las braguitas para dar un par de lengüetazos. Y volver por el mismo camino. Y ella que se arrodilla, baja los calzoncillos con violencia y se mete su pene en la boca. Unos segundos, porque no hay tiempo para prólogos. Después buscar un preservativo con incomodidad en los pantalones tirados en el suelo, con miedo a que se perdiera la magia. Penetrarla. Quedarse un segundo así, dentro, apretando con fuerza y después volver a los empujones. Violentos. Y gemir, sin importar la música discotequera, la gente que ingenua se mira al espejo en otros probadores. Y sentir el orgasmo de ella, en su oreja, brutal y contenido. Y después, centrarse en el suyo...

Antes de que su mano termine el trabajo que en la cabeza está a un par de movimientos nostálgicos de llegar a su fin, siente una presencia a su espalda. Es Elena, que desnuda entra con él en la ducha.

- Llevo un rato observándote- le dice mientras lo abraza por detrás- ¿en qué pensabas?- Por suerte, suspira Casti dándose la vuelta y besando a su mujer, no ha preguntado en quien. No le cuesta, pese a todo, mentir.

- En tu culo, pensaba en tu culo.

- Ah, ¿en esto?- y le lleva ambas manos a sus nalgas. La carne es firme, dulcemente firme, y Casti la aprieta con cierta violencia.- ¿Quieres acabar eso que has empezado en él?- pregunta- aunque se me ocurre algo mejor...- se arrodilla y se mete el pene erecto de su marido en la boca. El agua va cayendo sobre ambos. Casti gime como un animal herido. Está ligeramente desconcertado, trata de apartar los pensamientos anteriores y concentrarse en el cuerpo de su mujer, la hembra que ahora mismo practica sexo oral con él en las duchas de una casa de la sierra abulense. Una mujer que sabe lo que hace, que lo conoce y que va a llevarlo a un orgasmo en breves instantes. Se miran a los ojos. Me voy a correr, casi susurra entre dientes, y trata, tímidamente, de invitar a su mujer a apartarse. Pero Elena tiene otros planes, se siente poderosa, dueña de la situación, orgullosa, por qué no, de llevar a su marido a un orgasmo tan rápido y delicioso. Su ego de mujer deseada la permite saltarse barreras que en otros casos requerirían de cierta predisposición. Y ¿por qué no decirlo? Está excitada y se lo pide el cuerpo. Prosigue el movimiento, es profundo, dejando que el pene de Casti invada al completo su boca. Lo mira a los ojos. Sabe que mientras se miran el orgasmo estará solo en ciernes. Cuando Casti eleva la mirada al cielo del baño y siente la presión de sus manos en la nuca, comprende que ha llegado el momento. Deja buena parte del pene fuera. Abraza con sus labios la parte final y juega con su lengua, dentro de la boca, mientras siente las descargas, que violentas, la llenan de un líquido caliente y reconocible. Mientras prosigue el movimiento, sin que haya premeditación alguna, como parte del guion, se traga el semen. No es consciente de ello. Tampoco cuando se incorpora para abrazarse con Casti, pero es la primera vez que culmina el sexo oral de este modo.

- ¿Me dejas?, quiero lavarme el pelo, se me pone hosco con el cloro y el sol.- Casti todavía no ha recuperado el aliento. Ordena las ideas. No los recuerdos, que se han diluido con las dentelladas del orgasmo, sino lo que acaba de ocurrir, el orgasmo dentro de la boca de su mujer. Recuerda la conversación con sus amigos, hace apenas un par de horas. Quizá, si le preguntaran ahora, tendría algo más que contar. Así es la vida, se dice, mientras ayuda a su mujer con el peno, así de maravillosamente sorprendente.

Cuando Elena ha terminado sale y se queda Casti sólo en la ducha. También se lava el pelo. Se mira al espejo, después de limpiarlo de vaho. Pareciera, incluso, que buena parte de las ojeras se hubieran ido con la felación. Se pone una toalla a la cintura y sale. Elena sigue desnuda. En la cama. Con las piernas abiertas, acariciándose.

- Es mi turno, solete- le dice entre gemidos- ven, por favor...

ALICIA:

Está sentada en la taza del váter. Envuelta en el albornoz blanco. Pese al calor, le resulta agradable sentirse arropada. Se escucha la ducha en la habitación contigua, que si no recuerda mal es la de Casti y Elena. Casti. Que desconcertante está siendo todo. No se lo esperaba. Han pasado muchos años y todo ocurrió cuando Luis y ella todavía no habían hecho el amor, punto de inflexión que se inventó para marcar el inicio de su vida en pareja. La raya que ha trazado en su memoria para determinar el antes y el después. Una raya oportunista con la que ha buscado, de forma maniquea e inconsciente, dejar al otro lado del territorio del después el encuentro en los probadores. Casti, de hecho, acababa de conocer a Elena y ésta no formaba parte del grupo todavía. Era una mañana de primavera, de esas en las que el sol va anunciando a trazos luminosos la cercanía del verano. La ciudad, después de un invierno que había sido especialmente gris y lluvioso, parecía hervir en una felicidad ruidosa llena de luz. Las calles estaban atestadas de gente, pese a ser laborable. Personas con ganas de abrazar el buen tiempo. Camisetas sin mangas, pantalones cortos, prendas premonitorias del comienzo estival. Terminados los exámenes en el master de dirección financiera que cursaba en el E.S.I.C, había decidido celebrarlo dedicándose una mañana tópicamente femenina: manicura, masaje, compra de ropa y peluquería. Muy relajada, con las manos impecables, deambulaba por la zona comercial del centro de la ciudad sin prisas. Estaba en el *Zara*, tratando de encontrar una minifalda a la moda que había visto a una de las dependientas, cuando unas enormes manos de hombre la taparon los ojos. La pregunta de rigor ¿quién soy? Pero fue incapaz, descolocada, de lanzar siquiera una hipótesis. Cuando se descubrió el misterio se sintió extrañamente feliz. Le gustaba la idea de haberse encontrado con él, con Casti, el amigo guapo de su medio novio. Por aquel entonces no llevaba barba, sí el pelo algo más largo y lucía unos brazos poderosos que generaban una envidia tremenda a las quinceañeras, que la miraban como diciendo, tía, que suerte tienes. Vamos a tomarnos unas cañas. No le dio tiempo a explicarle que ella, en realidad, lo que quería era comprar ropa. Una hora después reían en una cafetería frente a la tienda, tras un par de litros de cerveza. Tenía la impresión de que Casti estaba coqueteando con ella. Lanzaba mensajes no verbales claros, miradas, caricias furtivas y casuales, y otros verbales mucho menos delicados. Si no fuera porque el tonto de Luis está enamorado de ti...Ella, en circunstancias normales, hubiera reflexionado sobre la confesión indirecta. Luis y ella no eran todavía de manera formal pareja, así que, que un amigo le hablara de sus sentimientos debería haberla invitado a pensar en ello. Pero no podía, sólo podía centrarse en controlar sus impulsos de comprobar si la musculatura de los brazos era real o sólo fruto de una anhelante imaginación. Pero bueno, niña, dijo entonces Casti, apurando la enésima caña, ¿tú no tenías que comprarte ropa? Vamos, te acompaño, que soy buenísimo asesorando a mujeres. Y

así, entre risas, tomados del brazo, cruzaron la calle y volvieron al *Zara*.

Mientras recuerda el encuentro casual, ha estado tocándose los pies, maquinalmente, adquiriendo una curiosa postura estilo indio. El albornoz deja libre sus piernas, y su sexo. Se mira, con recelo, esperando encontrar un cuerpo poco apetecible. Pero no le disgusta lo que ve. Ya sabe que no es el cuerpo que Casti devoró en los probadores del *Zara*, pero sigue siendo una mujer atractiva. Así se siente mientras comienza a acariciarse. Se mezclan en su mente recuerdos confusos, Casti apartando las braguitas con los dientes, con otros mucho más recientes, unas horas atrás, explicando a sus amigas que a ella eso de masturbarse no le gustaba demasiado. Dos dedos dentro de su cuerpo, que entran y que salen, desmontan su mentira. Aprieta las piernas. Y los dientes. Vuelve a pensar en Casti. Pero esta vez se deja llevar al completo. En su cabeza no hay rencores, ni parejas a las que rendir cuentas, ni hijos esperando en casa de los abuelos, no ahora, mientras se masturba en el baño. Se imagina su cuerpo, besado, mordido y acariciado por Casti y cree que el orgasmo puede ser inminente. Entonces se escucha un ruido fuerte, como si alguien se hubiera tropezado con una mesa y cayera una lámpara. ¡Mierda!, escucha al otro lado de la puerta. No hay duda, Luis se ha despertado.

- ¿Ali? ¿estás en el baño?

- Si, espera...

- No, mierda, necesito que salgas.- Se adecenta un poco, tratando de superar la turbación que le genera sentir enfado con Luis, por haberse despertado justo en el momento en el que, al menos por una vez, su cabeza la iba a permitir hacer el amor de nuevo con Casti. Luis entra a trompicones, se arrodilla frente a la taza y comienza a vomitar. Ella no siente ninguna afinidad, no al menos en este instante, por ese hombre de pelo largo y perilla a lo Mosquetero que vomita su borrachera. Pasito a pasito, dejándolo sólo, se va acercando a la cama y se sienta. Desde ahí observa a su marido, entre arcadas, y se considera una mujer desgraciada. No es justo, lo sabe, pero en este preciso instante cree que en un momento concreto de su vida, no sabría decir cual, dio un traspié que la hizo cambiar el rumbo y equivocar su destino. Se pone de pie, desconcertada, esperando encontrar en la verticalidad una vuelta a los sentimientos viejos, a la serenidad que siente en ellos, a la calma que encuentra en un día a día pronosticado y que se cumple. Camina a pasitos cortos por la habitación y se acerca a la ventana. Corre ligeramente la pesada cortina y fija su mirada en la piscina. Allí están Lalo y Miriam, intuye que desnudos al ver dos toallas en el bordillo. Miriam nada y Lalo está sentado, de espaldas a ella, en la escalinata, medio cuerpo cubierto por el agua. Quizá otro día, tal vez en otra vida, Alicia hubiera respetado la intimidad de la pareja, que no saben que ella observa al otro lado de la ventana. Pero no hoy. No en esta casa donde todo parece ocurrir a otro

ritmo, con otras normas, a otro nivel. Luis le dice desde el baño que va a darse una ducha. Ella contesta algo en modo monosílabo que no logra recordar y se concentra en la pareja. Miriam ha dejado de nadar. Ahora se besan. Con pasión. Lalo la toma por la cintura, la sienta a horcajadas sobre él y comienzan a moverse. Miriam hunde el cuello en el de Lalo. Alicia siente la excitación invadir su cuerpo. Un deseo ancestral e incontrolable de acariciarse. Su mano se desliza, como con timidez, por el cuello, bordea el pecho, rozado dolorosamente el pezón, que responde enhiesto a la caricia, y baja por la tripa. Luis grita algo sobre lo buena que está el agua de la ducha. Pero ya no va a tener respuesta. Alicia se siente observada y observadora. Se cree protegida por la espesa cortina, mientras hunde su mano entre las piernas y comienza a bascular la pelvis, pero al tiempo siente como que Miriam, que ha alzado la visa, la mira directamente a ella. Intuye que es imposible, pero aun así no se siente incómoda, todo lo contrario, la excitación se dispara por creerse una cazadora cazada. El orgasmo, contenido en gemidos silenciosos, la obliga a agarrarse al quicio de la ventana, porque durante los espasmos las rodillas flojean. Trata de recuperar la respiración y serenarse. Todo ocurre de una forma extraña en esta casa, piensa, sin poder aun recuperar el aliento.

LA MANDRÁGORA:

Los dos se han pasado con la marihuana y con el alcohol. Ni tan siquiera el refrescante baño ha logrado que recobraran el ánimo. Lalo no ha articulado palabra antes de dejarse caer sobre la cama y comenzar a roncar. Miriam ha tenido fuerzas para, por lo menos, intentar limpiarse los dientes. Con poca fortuna, todo sea dicho. Y también se ha quedado dormida. De eso hace dos horas. La tarde va a agonizar en breve, invita a pensar la poca luz que entra por las cortinas y la persiana. Llevan algunos minutos despiertos, tumbados bocarriba, desnudos y cogidos de la mano. En silencio. Funcionan con servicios mínimos neuronales y la velocidad verbal está de huelga absoluta.

- ¿Por qué no me contaste antes lo de Casti y Alicia?- las palabras salen despacio, un torrente sonoro y suave.

- ¿Antes de qué? Te lo he contado antes de venir.

- Bueno, Lalo, no me toques las narices, ¿Cuánto tiempo llevamos juntos?

- Joder, lo que me faltaba, ahora dime que te gusta el fútbol y el porno y te meto mano para saber si tienes pene, que se supone que los hombres somos los malos recordando fechas ¿voy a ser el único que tiene la suerte de ser más memoriado que su chica?

- Deja los monólogos para los bares, anda, sabes a qué me refiero.
- Pues no muy bien, pero vamos, hace once años de nuestro primer polvo.
- Si lo hicimos el día que nos conocimos.- Miriam siente una punzada de nostalgia recordando aquella noche. Un local en el centro, al que acudió con un par de amigas de la facultad. Un tipo gracioso, algo mayor que ellas, guapetón, delgaducho y con cara de crápula, haciéndolas reír en el escenario. A la mañana siguiente el mensaje de una de las compañeras: ¿al final te tiraste al monologista, hija de puta suertuda?
- Ya- sonrío Lalo en la semioscuridad- quienes lean mi biografía cuando sea un mago famoso no tienen por qué saber que follamos desde el primer día.
- De todos modos, podrías haberlo dicho de otro modo, no sé, que nos acostamos.- finge una ofensa que no le sale.
- Ya, pero es que no nos acostamos, ¿ya no te acuerdas? Fue en el coche...
- Joder, que delicado eres- en realidad está encantada- Y en todos estos años, ¿nunca se te ha ocurrido contarme que tu mejor amigo se tiró a la novia de tu otro mejor amigo?
- No eran novios por entonces. Además, parece mentira, conoces de sobra la fidelidad que nos tenemos en estos temas los hombres. Si se entrara que te lo he contado, me corta las pelotas.
- Yo no voy a decir nada- trata de aclarar posibles dudas Miriam.
- Ya, pero eso no lo sabe. Además, importa poco, porque el hecho es que ya no es un secreto entre ella, él y yo. De hecho lo mismo hay por ahí alguna tía que lo sepa, alguna de las amigas de Alicia.
- ¿Qué te contó Casti?
- Bueno, pues no demasiado.- En silencio recuerda como ocurrió todo. Había pasado tiempo del encuentro. Fue una larga noche de cervezas y porros. Luis y Alicia ya se habían ido. Además, confirmando que eran novios. Cuando Casti se quedó a solas con Lalo era cuestión de un par de tragos que terminara cantando. Lalo le preguntó qué le parecía que Luis tuviera pareja, y él le contestó, ni corto ni perezoso, que se la había tirado. Lalo pensó que era cosa de las drogas, pero cuando Casti le fue dando detalles, de cómo la había seguido desde la calle hasta el Zara y de lo salvaje que fue el encuentro en los probadores, temió lo peor: que fuera cierto. Entonces Casti se metió la mano en el bolsillo y sacó un

tanga de color negro. Miró a los ojos a Lalo y dijo lacónico: es de ella. Lalo no pudo parar de reír durante largo rato. Le parecía increíble que hubieran pasado la noche de juerga con Luis y Alicia con esa bomba de tela en forma de tirachinas. Casti paría sinceramente abatido. Y Lalo pensó que lo que había era remordimientos, naturales, por haber engañado a uno de sus mejores amigos. Hoy ya no tiene tan clara esa certeza, ni el origen real de ese brillo oscuro en la mirada mientras confesaba lo ocurrido.

Pero ahora, piensa Lalo, no es el momento de darle detalles a Miriam. Una cosa es confesar el secreto y otra traicionar por completo a su amigo. Le confesó lo que sabía cómo parte del argumentario general. Lalo estaba explicando que entre Casti y Alicia había una química sexual especial que se hacía evidente en cada encuentro. Pero Miriam seguía en sus trece, y decía que Casti parecía muy enamorado de Elena y que nunca había notado nada. Así que, sin valorar en exceso el paso que daba, le explicó lo que conocía sobre Casti y Alicia, dejando al aire un secreto que ya no lo era tanto. A Miriam entonces le ocurrió lo que pasa cuando miras uno de esos cuadros ocultos en 3D, no ves nada, no ves nada, y de golpe, pum, todo adquiere sentido. Empezó a atar cabos aquí y allí, sonrisas, caricia, camaradería, complicidad, y tuvo que aceptar que su pareja estaba en lo cierto: entre Casti y Alicia todavía había algo.

Miriam suelta la mano de Lalo para mirar la hora, es tarde. Cuando vuelve a tumbarse ya no busca la mano de Lalo, sino otro apéndice más apetecible.

- Esa no es mi mano, cariño- protesta divertido Lalo, mientras su pene responde de forma inmediata con una celebrada erección.

- ¿Te apetece otro baño?- pregunta Miriam, que necesita quitarse este atontamiento de algún modo efectivo.

- ¿Desnudos?- pregunta Lalo como un niño ilusionado con un plan festivo.

- Vale, desnudos.

Se ponen en pie. Se besan. Con cierta pasión. Dejan que sus cuerpos certifiquen el deseo, confirmando que habrá algo más que un baño. Se cubren con la toalla, Lalo con muy poco rigor, dejando que su culo quede al aire a los cuatro pasos. Miriam se zambulle de inmediato. Lalo se queda en la escalinata de entrada. Mientras Miriam da las brazadas, con la absurda intención de hacerse unos largos, se da cuenta de que su cuerpo y su mente están en actividades diferentes. Vuelve y se abraza a Lalo. El deseo ya es incontrolable. Se sienta sobre él y entra en su cuerpo con una pasmosa facilidad. Deja unos segundos que el pene de Lalo se acople, deliciosa sensación de sentirse invadida y comienza a moverse. Primero suave, después intensa, hasta que el ritmo es salvaje, creando marea de olas de deseo en la piscina. Se abraza a Lalo con fuerza. Y mira por la

ventana. Y allí está Alicia, creyéndose no ser vista.

- Nos está mirando Alicia- indica entre gemidos contenidos. Lalo no responde de inmediato. Deja pasar unos segundos en los que disfruta plenamente de todo.

- ¿Te importa?- Miriam sonríe por dentro, y tal vez por fuera.

- No, al contrario, me gusta, quiero que nos mire.

- Es alucinante, cariño, creo que lo voy a sentir ahora mismo.

- Espérame un segundo, vida, solo un segundo...

Los dos se entregan a un intenso, arrebatador y conjunto orgasmo que los deja exhaustos durante largos minutos. Después, desnudos, sin prestar atención a las toallas, que se quedan en el borde de la piscina, serenos y felices, vuelven a la habitación. Está a punto de oscurecer. Justo cuando van a cruzar la puerta de entrada, a Miriam la asalta una repentina duda.

-Lalo, ¿estás seguro de lo de la mandrágora?¿no nos estaremos pasando?

- Que no, mujer, tranquila, si es lo más natural del mundo, más que la marihuana. Además- la toma por la cintura- dos gotitas te puse en tu vaso esta tarde- mira intencionado y pícaro a la piscina- ¿cómo te han sentado?- Ella también mira a la piscina, recuerda su estado de excitación y no puede más que asentir en silencio, compartiendo con Lalo la picardía en la sonrisa.

CAPÍTULO TRES: El juego de Lalo.

A LA MESA:

Cuando los comensales han entrado en el gran salón, puntuales a la hora convenida, no han podido disimular su asombro. Mi madre, ha dicho Luis, recuperado ya de la vomitona y con una hambre voraz, pero si esto parece una boda. Antes de entrar todos se han fijado, cada uno en su momento y en silencio, en que tres de las habitaciones de la casa, justo las que no están ocupadas por ellos, tienen una numeración del uno al tres, con números hechos en cartón rojo pegados en la puerta. Luego, en el salón, se han topado con la gran mesa en el centro del inmenso salón, con una elegancia inusual atendiendo a la autoría, con un succulento y variado menú. Ninguno ha sido capaz de atar ingredientes, de saber leer entre líneas y descubrir el doble sentido de cada plato. Nada más sentarse Lalo ha repartido un gran vaso de zumo de granada con licor. Y aunque ellos lo desconocen, no hay casualidad, ya que la granada tiene un alto contenido en antioxidantes, lo que impide a los radicales libres interrumpir la función circulatoria, vital, sangre que circule a borbotones, para una

buena erección. Además venía aderezado con con unas gotas de mandrágora. Una treintena de ostras esperaban en un plato enorme, un auténtico dispensario de zinc y ácido aspártico, mágicos en la liberación de hormonas sexuales. En otro plato alargado había una ensalada de pepino. Trozos enormes con hojas de menta y yogurt. El aroma del pepino impregnaba la sala como ninguno de los otros alimentos, uno olor que invitaba, además, a la intimidad. En otro plato había dispuesto un solomillo de ternera blanca relleno de foie y sobre todo de trufa, verdadero cañón de alfa-androstetenol, sustancia que imita a la perfección el olor de las feromonas, auténticas metralletas de la atracción física. Y no podía faltar en este intencionado menú la gamba, servida en un cóctel con nata, salsa rosa y aguacate. La gamba contiene altas cantidades de calcio y de magnesio, vitales en la contracción muscular, además de contener importantes dosis de fenilalanina, un aminoácido que ayuda a regular el estado de ánimo y disparar el apetito sexual. Además, la nata contiene una buena dosis de arginina, que es una sustancia que se encuentra en elevadas dosis en el esperma. En otro plato encontraron una generosa ensalada de tomate, la conocida como fruta del amor, por su elevado contenido en betacaroteno, que el cuerpo humano transforma en vitamina A, que es indispensable para la generación de testosterona.

Todo este menú, aderezado con altas dosis de buen vino blanco muy frío para facilitar su ingesta en cantidades considerables, ha sido diseñado durante semanas por Lalo, que antes de este fin de semana entendía por preparar una buena cena buscar en internet el mejor restaurante de la zona. Ha consultado manuales, viejos libros de cocina, brujería y la red en busca de los alimentos más afrodisiacos. El resto, que ha ido devorando entre risas los platos preparados, desconoce todo este argumentario a favor de la excitación y el deseo. Hay risas, y sobre todo una maravillosa sensación de camaradería y felicidad. Ganas de abrazarse. Se han besado y tocado a niveles mucho más elevados de lo normal. Y los juegos cargados de doble sentido están llamando a las puertas con celeridad. Lalo es un maestro de ceremonias espectacular, y tiene calculada la estrategia al milímetro, el menú no ha sido más que un detalle de tantos enfocado al mismo destino: lograr despertar entre los amigos el deseo por el roce, acompañado de esa plenitud de sentirse grande y deseado. Disparar la autoestima física y anímica, para generar el campo de cultivo necesario para que su plan tome forma y, sobre todo, en el momento oportuno, todos digan: sí.

Ahora, prácticamente con los platos terminados, camino de la cuarta botella de *Circe Verdejo* y del tercer porro de marihuana, el ambiente es distendido. Las bromas se suceden. Cada uno a su modo ha ido llegando a una euforia similar, en la que todos sienten una profunda camaradería y donde los problemas de siempre, la hipoteca, el insolente e insoportable director general, los clientes malintencionados, los alumnos desconsiderados o las malditas teclas de una aplicación que se resiste, han sido enterrados entre toneladas de risas. Las mujeres han venido

especialmente apetecibles, en las más que intencionadas palabras de Lalo cuando han bajado a la cena. Miriam ha olvidado el sujetador y sus pechos tensionan la tela de su camiseta de tirantes. Un escote pronunciado y voluntariamente generoso en el que Luis y Casti no han podido evitar lanzarse en varias ocasiones. Lleva, además, unos ajustados pantalones de color blanco que no solo contonean las curvas de su culo, sino que resaltan el tostado de unas largas piernas en las que Aldo lleva semanas trabajando. Alicia también ha optado por ropa que deje ver la piel. Un top sin mangas y unos diminutos vaqueros que, según ha certificado Luis con un cariñoso cachete frente al espejo, la hacen el mejor culo del mundo. Mirándose al espejo se ha sentido guapa y eso se ha notado en la seguridad con la que ha afrontado el resto de la noche. Y Elena, la tercera dama de la mesa, se ha decidido por un vestido diminuto de color negro y tirantes que destaca la silueta de una mujer que a los 38 años se encuentra al borde de una dulce y sensual madurez. Las tres llevan el pelo recogido de algún modo y el maquillaje, no demasiado agresivo, no hace sino destacar las líneas de belleza que ya marca su propio rostro. Están muy hermosas, y tanto Casti, como Lalo o Luis lo han repetido en varias ocasiones durante la cena. Ellos, en cambio, no han cuidado tanto su aspecto y Luis ha bajado con una camiseta sin estampado alguno, negra, después de la reiterada insistencia de su mujer. Casti ha elegido, sin saber por qué, la camiseta más ajustada que ha encontrado en su maleta. Sentía un inconsciente deseo de lucir musculatura. Lalo, imitando a su mujer, ha elegido una camiseta de tirantes y unos pantalones de pintor blancos. Ahora están sentados, saboreando las copas que ha preparado Lalo, más solícito que nunca. Tres gintonics para las féminas, como es acostumbrado, y tres whiskys para ellos, también atendiendo a la costumbre.

Es el momento de Lalo. La mesa despejada, un nuevo porro de marihuana circulando de labio en labio, los hielos en los cubatas. Un breve silencio invita al monologista a dejarse llevar. No había preparado nada en concreto, confía, sin más, en su ingenio y a los gags de la recámara.

- No sé si os pasa- un principio de lo más profesional, que no hace sino invitar a sus amigos a mantenerse en silencio.- Pero cuando tienes pareja, que te dices, pues que ya voy a tener sexo todos los días. Por lo menos cuando quieras. Pero es una puta mentira, lo de relación estable es porque sabes que no vas a follar- mira a Miriam, que frunce el ceño en un guiño cómico, apretando los labios en tono enfadado- antes no sabías con quien ibas a follar, y en pareja ya sabes con quien no vas a follar. Porque anda que no es difícil que ocurra: ella tiene que tener ganas- mueve un vaso vacío y lo pone frente a él- tú tienes que tener ganas- busca otro vaso y lo pone al lado del anterior- como tienes ganas ella tiene que saber que tienes ganas- un tercer vaso entra en juego- y tú necesitas saber si ella también tiene ganas y las sigue teniendo después de saber que tú las tienes- Cuatro vasos en fila han acompañado el comienzo del monólogo.- Y puede que la culpa sea nuestra, chicos- dedica una mirada directa a sus

dos amigos, primero a Luis y después a Casti- cuando tu chica te diga, levantándose del sofá, que se va a la cama y que no tardes, no tardes ni un puto segundo ¿sabes lo que significa eso? Pues significa me estoy acostando sin bragas. Ahora, si te dice, me voy a dormir no hagas ruido cuando llegues, ya puedes tirar de internet, que esa noche no toca. Y eso de que hay palabras que tienen doble sentido, es una verdad como un templo. La siesta. Cuando una mujer dice ¿nos echamos la siesta? Lo que te está diciendo en realidad es que sí está, vamos, que toca, que te des vidilla que hay tema. Y la ropa a la hora de acostarse también hay que revisarla. Si se mete en la cama con calcetines y ese pijama de felpa que tu llamas el quita pasiones, pues ya sabes, un hale manita, hale manita.- el monólogo se va trufando de las risas y los vítores del resto.- Y mira que es complicado, que parecemos putos móviles, tú le mandas un mensaje y ella no está operativa, ella te manda uno y tu andas sin cobertura. Pero chicos, si un día viene y te dice, esto ¿qué le pasa a Ronaldo?- gesticula exageradamente con las manos- Pues le sigue importando lo mismo el fútbol que ayer, una mierda, lo que quiere es que le metas el pin para ver si le arreglas lo de la cobertura. Algunos mensajes incluso son de efecto retardado. Esa fiesta a la que acudís juntos, ella se pone ese vestido que a ti tanto te ídem, y te dice ¿me subes la cremallera? Ni te preguntes por qué justo ese día no puede hacerlo sola, como casi siempre, disfruta de lo que de verdad significa la frase: lo que quiero es que me la bajes cuando volvamos. ¿Y el momento de la cama? que complicado, porque si dices ¿follamos? Pues que te dice que has roto la magia, que poco tierno eres, que no sois actores de una película porno. Así que todo es como en segunda línea, y a las doce de la noche, princesas, es muy complicado andar con sutilezas. Así que, ¿verdad? Pasa lo de siempre, que os acostáis con un, buenas noches, buenas noches y te quedas con la bandera a media asta, y no sabes cómo romper ese bloqueo de las relaciones bilaterales. Y te acercas como una orugilla, te acoplas detrás, mueves la cadera, arrimas cebolleta, acaricias por aquí, acaricias por allá y ella te dice, ay cariño, que bien esto de dormirse abrazaditos y se pone a roncar. En fin, que duro es esto de ser hombre y necesitaros tanto...leñe.

Ahora se suceden las respuestas, las interpretaciones y las pequeñas disputas subidas de tono. Son ellas quienes más activas se encuentran, disparada la camaradería femenina, desmotan los tópicos, porque las mujeres también quieren sexo, más a menudo de lo que parece, solo es necesario encontrar el momento de estimular que se desencadene la tormenta. Que ellas, explica Miriam, no son de camino recto, sino de curvas, que ya lo dicta la fisionomía.

- Yo no entiendo- explica Lalo- el excesivo pudor que tenéis las mujeres. No en concreto, sino en general. Hace unos años vimos a una vieja amiga en una playa nudista y cuando se acercó a saludarnos se tapó con la toalla. Y Miriam hizo lo mismo. Yo no hice nada, si estábamos en pelotas,

estábamos en pelotas...

- Ya, coño- interviene Luis- imagina que yo me encuentro con una alumna en una situación así.

- Más quisieras cariño- bromea Alicia- eso te encantaría, porque tías, hay algunas alumnas que tienen unos tipazos de la leche.

- Ya serán madres- espeta Elena con sincero rencor de género.

- ¿Tan malo es eso de desnudarse?- insiste Lalo- eso de estar desnudo, pues debería ser lo más natural.

- Pues a mí me gusta que la desnudez signifique algo.- Elena da un largo trago y sigue hablando- porque desnudarse debería ser una invitación ¿no? A mí me gusta ver un cuerpo desnudo cuando me gusta y cuando quiero que me guste.

- Bueno, vosotras parece como que no queréis admitir que os gusta nuestro cuerpo- ahora es Casti quien interviene.

- No, si claro que nos gusta...- Alicia se queda en silencio. Al empezar a hablar ha cruzado la mirada con Casti y ambos la han bajado de inmediato, sintiendo un vacío enorme bajo los pies. Ambos han recordado el pequeño encuentro en la concina, un par de horas antes. Acababan de bajar y ayudaban a Lalo y Miriam como los últimos retoques de la cena. Alicia cortaba unos trocitos de queso cuando Casti se ha puesto detrás de ella para alcanzar unas copas. Al hacerlo ha rozado con su cuerpo el de Alicia, que se ha estremecido al comprobar quien invadía su intimidad por detrás. Perdona. No, tranquilo, ¿quieres que me aparte? Y no, no quería que se apartara, quería que siguiera allí, y que se desnudara, e hicieran el amor salvajemente sobre la encimera de la cocina. Y ella hubiera dado media vida porque el mundo pudiera detenerse en ese instante, o mejor, volver una decena de años atrás a un probador mítico del *Zara*. Después, durante la cena, cada uno a su modo, refugiándose en el alcohol, en sus parejas, en Miriam o Lalo, en el devenir curioso de la noche, ha tratado de superar la turbación que les ha producido ese instante de intimidad involuntaria.

Luis aparece se siente pletórico. El alcohol, las drogas, las ostras y las caricias que ha recibido de una especialmente cariñosa Miriam, han hecho que su ego ascienda a las nubes, millones de metros por encima de la norma habitual. Por eso no se corta en expresarse en los términos que le pide el alma.

- A mí me gusta un montón vuestro cuerpo. Y no digo el de la mujer, digo el vuestro, me parecéis tres pivones de la leche que no entiendo muy bien que hacen con tipos como nosotros.- El plural esconde, en realidad, el

distanciamiento que ha sentido con Alicia estas últimas horas. La ha visto tan hermosa y radiante, que no termina de entender que sigan juntos. Las tres agradecen la galantería del filósofo con aplausos. Miriam se acerca, levantándose desde su mesa para darle un beso. Pero no es un beso cualquiera, es un "pico" celebrado con vítores por el resto, incluso con Alicia, que ve la turbación de su marido de lo más divertida. Y ella no sabe que esa turbación no tiene su origen en lo que todos han visto, sino en lo que él ha creído sentir. Y cree sentirlo porque le resultaría demasiado desconcertante que hubiera podido ocurrir, prefiere pensar que esa lengua tratando de abrirse paso en su boca no ha sido más que fruto de su mente calenturienta, disparada por el alcohol y el interminable escote de Miriam. Y Miriam no ha terminado ahí su generosidad, el reparto de ósculos ha seguido con Alicia.

- Bueno- ha dicho Miriam después de tratar de invadir con su lengua la boca de Luis- no voy a dejarte a ti con las ganas- Se ha acercado a Alicia, que la ha recibido poniéndose de pie con un abrazo. Entre ellas el beso ha sido más generoso, porque Alicia, sin premeditación, entre otras cosas porque era impensable que ocurriera, ha abierto la boca ante la insistencia de Miriam y las dos se han fundido en un largo beso. Alicia no quería darlo por terminado, no quería ser ella quien reculara ante la mujer que acaba de besar a su marido. Y Miriam estaba disfrutando como nunca de sentirse la reina de la fiesta. Casti, Luis y el mismísimo Lalo, bastante tenían con disimular su erección. Elena estaba completamente desconcertada. No por lo que estaba ocurriendo, más que probable tal y como llevaba Miriam el fin de semana y como se estaba desarrollando éste en general, sino por celos. Sentía celos de que Alicia fuera quien hubiera recibido ese primer beso. Desde que contara su beso con la doctora, Elena no ha podido quitarse la idea de besarla, en realidad, de besar a una mujer. Por eso cuando Miriam ha dicho que sería una despropósito dejar a Elena sin el beso, ella se ha levantado como un resorte para tomarla por el cuello y besarle con una efusión que ha dejado sin habla a todos. Casti ha abierto los ojos como platos, henchido de excitación, viendo a su mujer besando a Miriam. Elena se ha dejado llevar de forma completa, entregada al deleite de besar a una mujer por primer vez en su vida. Ha sentido en sus propios pechos la turgencia perfecta de las de Miriam, que sean o no naturales, generan un gustoso roce. Por ella hubiera alargado el beso, de forma eterna. Pero Miriam no tiene la más mínima intención de detenerse en ella.

- En fin, sigamos.- dice, mirando a los ojos a Elena, que ha terminado en un largo suspiro, y sentada sumida en una repentina vergüenza, como si al retornar a la silla hubiera sido consciente por primera vez de lo que acababa de ocurrir. Miriam se acerca entonces a su pareja y se lanza a un beso apasionado, que incluye movimientos pélvicos. Lalo aprieta con fuerza las manos sobre los glúteos e incluso, terminado el beso, saca uno de los pezones por encima de la tela para darle un mordisco que saca un grito de placer a Miriam. Después se acerca a Casti. Él sabía que le

tocaba, era de esperar. Y en lugar de buscar aprobación con la mirada en su esposa, sin darse cuenta es como si le hubiera solicitado aprobación a Alicia. Así el beso lo pilla un poco desconcertado, porque Miriam se ha lanzado hacia él al más puro estilo Dirty Dancing, poniéndose sobre él a horcajadas. El beso es quizá el más breve, pero por la parafernalia, el más celebrado. Elena no ha sido apenas consciente del suceso, desconcertada aun por la voluptuosidad de Miriam y su beso.

- Bueno, yo también quiero mi ronda- aprovecha Lalo. Al primero que besa es a Casti, entre risas. Después Luis, que se pone de pie para recibir su beso. Lo mismo hace Elena, dejándose llevar por la inercia del juego. Y Alicia, que saborea el beso con sincera pasión, sin tener que fingir. Ha sido un juego improvisado que ha estimulado a todos sobremanera. Lalo lo sabe y quiere aprovechar la inercia.

- Bueno- dice con sonrisa pícaro- ¿Quiénes faltan por besarse?- se produce un curioso y divertido cruce de miradas, sí, a ti si, no, tu no, la verdad.- Empecemos con Casti- argumenta mal intencionado. Miriam casi se atraganta con la copa.- Veamos, Miriam y yo salvados, te queda tu mujer, que no cuenta y Alicia, venga, Casti...- hay un momento de tensión profunda entre ambos. Luis apura su copa, no deja de mirar a Elena, soñando con que el juego siga. Alicia quisiera que la tierra se la tragara...pero que detrás viniera Casti. Es tal la tensión entre ellos que el beso es infantil y tímido, nada que ver con el jolgorio de los ósculos precedentes. Lalo ha echado mano al bolsillo para buscar su móvil, quería immortalizar el momento, pero ha caído en su propia norma, pues ha obligado a todos a dejarlos en la entrada de la casa. Nadie más, pese a todo, ha sido consciente del momento tan extraño que la no menos extraña pareja ha pasado para besarse. Ahora Elena reclama su dosis.

- Oye, esto no es justo, yo también quiero beso de Casti- y toma por el brazo a su marido, lo atrae hacia ella y lo besa con deseo ostentoso, moviendo la cabeza, como marcando territorio: aviso a navegantes, el cachí al que le muerdo el labio es de mi entera posesión.

- Eso es un beso, aprended, chicos, aprended- no por casualidad ha fijado Lalo la mirada en Alicia.- Bueno, Casti, entonces solo quedamos Luis y yo- Casti recibe el beso de Lalo casi sin ser consciente, y Luis se pone en pie para no ser menos.- Veamos,- prosigue Lalo, al que ya le cuesta hacer el recuento- me falta Alicia, que ya ha besado a Miriam, a Casti y a mí. Oye, te queda tu chico- espera en silencio a que Luis se acerque. El beso no tiene, ni mucho menos, la pasión con la que Casti y Elena han mostrado ser pareja, pero tampoco la tensión entre ella y Casti. Ha sido un beso rutinario. Uno más. Después no espera indicaciones del maestro de ceremonias. Se acerca a Elena y la besa con ternura. Dos, tres, y hasta cuatro besos. Sin lengua, pero tampoco con timidez. Directos y hasta sinceros. Después una sonrisa de ambas. Elena está profundamente desconcertada. Estos besos y el que ha recibido de Miriam pueden haber

sido los momentos más eróticos en meses. Es como si no se reconociera a sí misma en sus sensaciones. Todos se han quedado como descolocados, ya no saben qué hacer con las manos, si colocarse al lado de su pareja o no, si sentarse o seguir en pie, como todos han terminado tras el juego de los besos.

Es el momento para lanzar el primer órdago. Además arriesgado, mucho más que el envite final, porque en este no cuenta con la aprobación previa de Miriam. Pero quiere ver como participa ella del juego desde el desconocimiento, tal y como lo están haciendo el resto. Que pierda el privilegio de la trampa.

- ¿Sabéis lo que me dijo el otro día Miriam?- ya están, las cartas sobre la mesa- que reconocería mi polla entre mil.

Miriam ha repartido en una sonora fuente lo que le quedaba del gintonic. Se han escuchado un par de halas y gritos festivos y ahora la discusión se centra en si sería o no sería posible. Alicia dice que todas son iguales, y Luis se ofende en silencio, porque lo que le gustaría decir es que ella no conoce en realidad la polla de su marido. El problema no es de mi polla, se dice apurando el cubata, sino que no te la metes en la boca aunque te maten. Casti y Elena son de la misma opinión, entre una docena tal vez, pero en el momento en que se dispare la oferta es imposible. Miriam ha mirado desafiante a Lalo, como diciéndole eres un hijo de puta, esto no me lo habías dicho, pero en su sonrisa, al tiempo que mantenía la mirada retadora, había un ¿esperas que me acojone? Pues no me conoces lo suficiente, así que se lanza al vacío, y sin paracaídas

- Pues lo sigo manteniendo, y si tenéis cojones y vuestras chicas os dejan lo comprobamos ahora mismo.- El silencio se podría cortar. Luis ahora mismo es como un niño al que le han prometido la mejor de las chucherías y espera que nada tuerza el momento sublime. Casti no sabe si quiere que la cosa siga adelante o que no lo haga, y perderse este excitante reto. Alicia va a recoger el guante, ahora mismo no siente una afinidad especial por su marido, al que no reconoce en sentidos muy amplios, y quien sabe, tal vez el juego siga y la cosa se ponga más interesante.

- Pero ¿cómo la reconocerías?¿sólo por el tacto o también olores y sabores?

- Buena pregunta- interviene Lalo- buena pregunta.- Miriam no se amilana, llegada a este punto no es mujer de dar pasos hacia atrás ni para tomar impulso.

- Pues con el tacto es difícil. Aunque entre tres creo que lo haría. Pero estoy más segura si incluye el sabor.- Y ahí están Casti y Luis, como dos adolescentes a los que les acaba de tocar en lotería la buenorra de la

discoteca. No se habían visto en una así. Miran a sus mujeres que sonrían nerviosas. Ninguna de las dos entiende lo que le pasa. Elena tiene a su marido a punto de despelotarse para que una amiga le lama el miembro en post de adivinar si es el de Lalo o no, y no se siente intimidada, más bien al contrario, la seduce la idea de ver la escena. Y Alicia, que de natural hubiera dado un portazo y ya estaría camino de Madrid, ha tamizado la ofensa de ver en la mirada de su marido el deseo por ser lamido por otra mujer, con la de ver otra vez semidesnudo a Casti, aunque sea a manos y boca de otra mujer. Así el reto, entre el entusiasmo de Lalo y Miriam, el asombro absoluto de Casti y Luis y el nulo rechazo, por no hablar de apoyo incondicional, de Alicia y Elena, está a un punto de ser aceptado. Antes de que sean conscientes de lo que está ocurriendo, Miriam está sentada en una silla en medio del salón, con los ojos vendados, y Luis, Casti y Lalo esperan con los pantalones bajados. Lalo se muerde el labio. Y mira a Alicia y Elena, que se han sentado enfrente para ver todo en primera fila. Casti lleva las manos a la espalda, sin saber si sentirse orgulloso u ofendido por la casi inmediata erección. Luis, en cambio, se siente en franca desventaja, su pene no ha decidido todavía apuntarse a la fiesta y con la mano trata de recuperar el terreno perdido. Elena se pone en pie, es necesaria una segunda mano que maneje el juego. Podría limitarse a acompañar a cada uno de los participantes, pero no puede evitar ser más solícita. Primero toma del culo a su marido, le coge el pene con la mano y lo dirige a la boca de Miriam. Esta lo saborea con profesionalidad. Lo deja dentro de la boca. Lo toca. Le toca también los genitales. Ya sabe de sobra que no es Lalo quien está frente a ella, pero no se siente en la obligación de dejar de disfrutar. Casti no sabe dónde mirar, si fuera capaz de analizar la situación, su mujer ayudándolo a meter la polla en la boca de otra mujer, creería vivir un sueño o una incipiente pesadilla. Pero todo ocurre con una serenidad pasmosa, como si estuviera calculado.

Cuando Miriam se decide, pide al segundo participante. Elena saca de la escena a su marido con un beso para zanjar cualquier duda. Se siente dueña y señora de sus sentimientos. Es una maravillosa sensación de libertad la de despojarse de cualquier atisbo de celos. Ahora sí que es el turno de Lalo, que recibe la misma caricia en el culo de Elena para colocarlo frente a su mujer. Después toma su verga con la mano, comprobando que el capullo del monologista está más que bien dotado, lo que explica esa socarrona sonrisa eterna de Miriam y ella pensando que era por las tetas. La lleva a la boca y espera las evoluciones del segundo test. Miriam no necesita ni de un par de lengüetazos, el sabor es tan familiar que no tiene la menor duda. Ni tampoco demasiadas ganas por seguir con lo evidente y pide al tercer candidato. Luis no termina de decidirse. Está nervioso, pero no por la mirada y la sonrisa pícaro de su mujer, sino porque teme lo peor, o lo mejor, según se mire, y es que no resista el tiempo necesario para no hacer de la escena algo excesivamente pornográfico. Elena lo acompaña de nuevo, le toma el pene, lo acaricia un par de veces para ayudarlo a culminar la erección y Miriam se deja llevar

otra vez. Es más pequeña, pero el sabor le resulta muy agradable. Una, dos, tres veces más y un besito en la punta de despedida. Espera un instante mientras la retiran el pañuelo y hay un largo silencio. Todos esperan una respuesta, pero encuentran tres que les quitan el habla.

- La primera es de Casti, la segunda de Lalo y la tercera de Luis. – Los chicos se miran desconcertados, ¿tan evidentes somos? Y Alicia y Elena ríen con un desparpajo nervioso que convierte su risa en carcajada profunda y gutural.

Lalo los tiene a todos donde quería, incluso a su mujer, que lo ha llevado a un aparte para decirle con disimulo que era un hijo de puta y que se había librado de milagro de que le mordiera la polla delante de todos. Pero después Lalo la ha cogido de la cintura y con un largo y profundo beso la ha susurrado al oído: me encanta verte así de excitada. Es el momento, sabe que ahora toca poner toda la carne en el asador, sin medias tintas, lanzar el reto y ver qué respuesta encuentra. Tal vez si deja pasar un solo segundo todo se enfríe y encuentre una incómoda negativa. Carraspea y se decide.

- ¿Sabéis una cosa? Se me ha ocurrido un juego- todos miran, no lo pueden negar, excitados, entusiasmados con la idea de que esto de besar, tocar y ser besado y tocado por todos siga vivo. Quieren que todo siga, que esta mágica noche no termine. Se siente invencibles y deseados.

EL JUEGO DE LALO:

- Veréis- empieza explicando- se me ocurrió ayer, cuando vi la casa, que tiene seis habitaciones- miente porque el alquiler de la casa estaba condicionado a ese número, exacto, de habitaciones.- Creo que ya es hora de que hagamos una locura de verdad, de que nos regalemos una noche que no podamos olvidar jamás, que demos a nuestras vidas ese puntito de misterio necesario para romper la rutina, y que lo hagamos todos juntos y por nosotros mismos. Prometiendo que jamás saldrá nada de aquí y que no habrá malos rollos. No sé si tenéis las pelotas y los ovarios para el reto que voy a lanzaros- Se miran unos a otros como diciendo, me vais a perdonar pero no seré yo quien me apeee antes de llegar a puerto, hazlo tú si quieres. – Creo que no hay personas mejores en el mundo para hacer esto que os voy a explicar, sois gente moderna y valiente...- ahora en el resto hay más tensión que deseo de dar el paso que solicita Lalo. Miradas que se cruzan en un espeso silencio. Buscando aprobación, o soñando con rincones oscuros donde las normas se diluyan por unas horas. Confusas sensaciones y una excitación creciente que Lalo quiere multiplicar- Venga, chicos, necesito vuestro entusiasmo, vuestro deseo- pasa junto a Miriam y la acaricia desde atrás los pechos- que os dejéis llevar- hace lo mismo con Alicia, que cierra los ojos, sin más. Y otro tanto con Elena, que retiene su mano durante unos segundos para duplicar el contacto. Casti y Luis están al borde del orgasmo. Por su cabeza se

disparan posibilidades. Luis sueña con los pechos de Miriam, con el cuerpo de Elena, y en ningún momento se plantea lo que su mujer puede terminar haciendo si el juego que propone Lalo se pone en marcha. Ahora mismo es como si Alicia no existiera. En realidad no existe un Luis anterior a estos segundos, está dispuesto a lanzarse al vacío. Esa sensación de adrenalina ante lo que puede ocurrir, ante ese espacio oscuro y misterioso que pueden ser las próximas horas, es algo que hacía años que no sentía, y que lo hacen rejuvenecer y sentirse más vivo que en décadas. Casti recuerda esas páginas que alguna que otra vez ha visitado, y que jamás confesaría, con fiestas locas universitarias y mujeres entregadas al placer con un libre albedrío impensable hasta este momento, donde da la impresión de que todo es posible.

- Vamos, coño- prosigue Lalo su arenga, como el jefe de un ejército al que debe motivar para llevarlos a la gloria- si no damos este paso nos arrepentiremos toda la vida, este es el tren que esperabais. Tú, Alicia, y Miriam, y Elena, siempre habéis soñado con un encuentro salvaje con un desconocido. Este es el juego que os ofrezco, dar rienda suelta a ese sueño y que no haya un mañana que todo lo derrumbe. Venga, os necesito excitados...¿estáis conmigo?- Todos se miran. Realmente hubieran gritado sí, pero algo de pudor queda, un breve resquicio que los retiene durante unos segundos. Después es Miriam la que responde.

- Yo sí, yo quiero, estoy deseando que ocurra algo- y mira, consciente e intencionada a Elena, que sostiene la mirada y se muerde el labio de forma instintivamente.

- Y yo- espeta Luis.

- Vamos, chicos- inquiere Lalo al resto- el sexo es vida, esto es la vida, hay que romper alguna vez las ataduras, y hacerlo entre amigos, que todo quede aquí, que nuestras vidas sigan y que tengamos este recuerdo imborrable, esta forma de sentirnos vivos y deseados, para siempre. El misterio será la pimienta que dinamitará vuestra vida sexual. Os estoy dando un boleto para una sexualidad salvaje el resto de vuestra relación.

- Está bien, yo quiero, no sé lo que quiero pero quiero sacarme esto que tengo dentro del estómago- Alicia no ha mirado a su marido, que al escucharlo ha sentido una ridícula mezcla de orgullo y celos. Estos últimos se disipan cuando Lalo celebra la entrega de Alicia con un largo beso. Pero sobre todo cuando Miriam pasa a su lado cogiendo fuertemente con la mano sus genitales. Solo queda una pareja por decidirse: Elena y Casti. Que se miran, parecen pedirse permiso. Esos ojos dicen ¿quieres que nos atrevamos? Y en el silencio se construye una afirmación que se hace rotunda cuando ambos mueven la cabeza. Lalo les pide que se sienten mujeres frente a hombres. Los cuerpos demoran conscientemente los

contactos en los cruces de posiciones.

- Mirad estas mujeres- dice Lalo- son excitantes, y os necesitan, se están tocando para vosotros- en principio solo Miriam responde. Después lo hacen, entre risas nerviosas Alicia y Elena. Hay nervios, pero también una excitación sublime que mañana les resultará incomprensible y alocada, pero que ahora mismo es tan vital como el aire que respiran.- Quieren amaros- prosigue- pero no quieren hacerlo como siempre. No quieren saber quiénes sois, quieren follarse a un desconocido y volver al mundo real. Y nosotros se lo vamos a dar. Hay tres habitaciones, numeradas, y aquí hay tres tarjetas con esos mismos números. Las voy a mezclar e iréis recibiendo una cada una de vosotras. Nadie más podrá verla. Desde aquí no sabremos en qué habitación entra cada mujer. Detrás iremos nosotros. Las luces, no os molestéis en intentarlo, no funcionan. No podréis verlos. Os rogaría que no os hablarais, que todo ocurriera en silencio. Solo gemidos y placer. Lo que ocurra dependerá de cada habitación y debéis jurar por la vida de vuestros hijos que jamás saldrá de allí- no espera respuesta, porque si la hay no será distinta a esta tensa espera silenciosa- puede que en la habitación os encontréis con vuestras parejas, pero no hay problema alguno, aunque lo descubráis, no rompáis el misterio, comeros como si fuerais dos desconocidos. Después debéis salir cada uno y cada una a vuestra habitación y dejaros llevar por el sueño. Ha vuestro lado volverá a estar vuestro marido, pero no hagáis preguntas, no contestéis, el secreto debe morir cuando la habitación numerada se cierre.

Entrega una primera carta a Miriam, que la mira, sonrío, suspira y se pone en pie. Todos observan sus curvas generosas y perfectas perderse por el pasillo. Luego, tamizado por la distancia, se escucha el sonido de una puerta cerrarse. Lalo entrega a Alicia una segunda carta. Esta vez mira a su marido. Luis sonrío, siente que Alicia es feliz en este instante, como lo es él, y su cabeza narcotizada es incapaz de avanzar en otra línea de pensamiento. También en silencio, después de leer el número de la carta, Alicia se encamina hacia su habitación. Ahora es el turno de Elena, que no espera a Lalo, se pone en pie, mira a Casti, coge la carta y sale con paso decidido. Los tres suspiran. Luis hace intención de hablar, pero Lalo lo corta de inmediato.

- No, Luis, ahora no es momento de explicaciones ni de comentarios. No sería justo para ellas que nos esperan. No tengáis miedo, lo que va a ocurrir va a haceros más fuertes, os lo puedo asegurar. – Baraja ahora de nuevo otras tres tarjetas, igualmente numeradas. A Luis le entrega una con el número uno. Éste la mira y con paso tembloroso se adentra en el pasillo. Casti y Lalo esperan a que se escuche el sonido de la puerta. Después entrega otra tarjeta a Casti. Éste cuando la coge, pasa a su lado y con una sonrisa mitad cínica, mitad entregada, le espeta que es un hijo de puta. Lalo se queda solo mientras se escucha el sonido de la nueva puerta cerrándose. Tiene la tarjeta con el número tres en la mano. Lo cual

no es ninguna sorpresa para él. Apura una copa y se encamina hacia la puerta coronada con un número tres de cartón.

LA HABITACIÓN NÚMERO UNO:

Elena ha entrado en la habitación sinceramente excitada. Lalo ha sabido imbuir en todos el deseo por culminar este juego loco que ha salido de la loca y narcotizada cabecita de su amigo. Además había una música suave y intenso aroma que ella no ha logrado identificar, entre otras cosas porque el aroma del Ylang ylang no es especialmente común, una flor amarilla de aroma dulce muy similar al jazmín. Pero el silencio, la oscuridad, el tiempo que ha esperado no ha jugado a favor de esa excitación. La ha tamizado, diluido, prostituido con banalidades innecesarias. Se ha sentado en la cama, después de tropezar con ella. No sabía qué hacer con las manos. Ni con la ropa. Si debía quitársela o dejársela. Ha optado por quedarse en ropa interior. Pero se sentía ridícula, en la cama, esperando a un desconocido al que conoce para mantener una relación sexual que no estaba prevista. Es cierto que la cabeza no es capaz de hilar pensamientos de forma coherente, ni mantener un hilo conductor que la permita tomar una decisión por encima de seguir esperando. Si hubiera sido capaz de centrarse, de desnarcotizar tu intelecto, lo más probable es que hubiera salido de esta habitación corriendo, buscara la que ocupara Casti y salir de la casa a toda velocidad. Pero hay algo que anula su voluntad. Algo que hasta antes de entrar le parecía deseo, ese cosquilleo entre las piernas, esas mariposas en la tripa, esa adrenalina pidiendo a borbotones un cuerpo con el que saciar su sed. Y Miriam. Una mujer. Que aparece y desaparece de este devenir silencioso que se desencadena en su cabeza. No sabría determinar el tiempo que ha pasado cuando se escucha el pomo de la puerta, un leve chirrido que precede a unos pasos, tímidos, que se acercan. No es capaz de centrar su pensamiento, de poder hacer hipótesis, de pensar, aventurar si quiera quien ha entrado por la puerta. Los pasos se detienen. Escucha como quien ha entrado se desnuda. Y se acerca. Estira las manos, por inercia y también por evitar un encontronazo molesto. Es todo especialmente desconcertante, pero esa incertidumbre ha hecho que ciertas dudas vuelen y en su lugar ha vuelto esa tensión que es fácil interpretar como deseo. Sus manos frenan por fin un cuerpo, a la altura de la cintura. Se escucha un uy inconfundible. Es Luis. Pero Elena no dice nada. Ahora le parece interesante la idea de mantener en la ignorancia a su invitado. Ahora sí que es capaz de lanzar una estrategia, que todo pase lo más rápido posible. Y sabe de sobra como hacer que eso ocurra. Se levanta e invita a Luis con las manos a tumbarse en la cama. Él entiende con cierta dificultad la invitación y termina sobre las sábanas. Está desnudo y erecto. Ella, guiándose con el tacto, se sitúa en mitad de la cama, entre sus piernas. Él las cierra pensando que su desconocida amante quiere sentarse sobre él, pero Elena tiene otros planes. Las abre, se sienta entre ellas y busca el pene con la mano. Comienza a acariciarlo. Nota la excitación creciente de Luis, tanto en el tamaño del pene, que se ha

agrandado con las tres primeras caricias, como con los gemidos, cada vez más intensos. Luis busca con las manos la cara, el pelo, el cuerpo, algo a lo que agarrarse y confirmar que no es su imaginación quien está generándole este tremendo placer. Entonces Elena se siente poderosa, está llevando a Luis a un éxtasis supremo y eso, extrañamente, la hace sentirse muy bien. No es excitación al uso, es sensación de dominarlo todo, de ser la dueña de ese pequeño microcosmos que es ahora mismo ésta cama. Por eso se inclina y se mete el pene en la boca. El gemido de Luis es música maravillosa en los oídos de Elena, una ovación cerrada en el escenario del deseo. Sabe que la culminación llegará en breve. Ahora Luis sí que ha logrado asir a Elena por la cabeza, favoreciendo los movimientos. Pero es incapaz de centrarse, tratando de reprimir el orgasmo, en otra cosa que no sean sus propias sensaciones, y eso evita que tan siquiera se plantee descubrir quién es. Además, la idea de terminar el juego sin saberlo le resulta excitante. Elena entiende por los gesto, la potencia de los movimientos de la pelvis, que ha llegado el momento del orgasmo. Se aparta y prosigue con las caricias. Potentes. Profundas. Lentas. Aprisionando con sus dedos el miembro fuertemente. Los gemidos de Luis son cada vez más angustiosos. Quisiera retener el orgasmo, alargar este mágico momento, pero es incapaz. Unas destalladas violentas que convulsionan su cuerpo al completo, desde los dedos de los pies, que se estremecen con violencia, hasta los de las manos, que agarran con fuerza las sábanas. Elena baja un poco el ritmo, feliz, sinceramente feliz y, por qué no decirlo, con la sensación de haber hecho bien su trabajo. Y no deja de ser desconcertante. Nota entonces unas gotas de semen caer del pene a sus dedos. Lo suelta y se limpia en la piel de Luis, que sigue gimiendo como un animal herido. Se pone en pie. Al final no ha sido tan malo. Cuando comienza a caminar siente la mano de Luis que trata de retenerla por la muñeca. No le parece justo este final y quisiera agradecerla el momento con la misma moneda. Pero Elena ya ha dado por terminada la fiesta, el juego y todo lo que significaba. Se suelta con firmeza y le da a Luis un ridículamente tierno beso en la mejilla. Ahí lo deja, sudoroso, manchado por su propio semen y completamente desconcertado.

Sale de la habitación sigilosa. Va en ropa interior, con el vestido negro en una mano, pero importa poco, intuye que no va a encontrarse a nadie. Camina hacia el salón. Al pasar junto a la puerta coronada con el número dos escucha con claridad unos gemidos. No son gemidos de género, sino ritmos entrecruzados, voz de hombre y voz de mujer totalmente entregados. Le da la impresión de que incluso se escucha el golpeo rítmico de un cabecero metálico contra la pared. Se queda un instante hipnotizada por la evidencia sonora del placer. Cree ser privilegiada testigo del momento del orgasmo, cuando un grito mordido, ahogado, rompe el ritmo de gemidos. Tiene la extraña certeza de que la mujer que goza perdida casi la razón es Miriam. Y es más curioso que sienta una punzada de celos. Y no porque sospeche que dentro pudiera estar Casti. Desconcertante, tanto que es incapaz de ordenar sus sentimientos. Es

como si en su interior se hubiera desatado una batalla campal de la que todavía no hay claros vencedores ni vencidos. Llega al salón y busca el primer vaso que le sale al paso. Lo llena de hielos, después ginebra y con una tónica a medio terminar, corona un gintonic poco profesional que se bebe de un trago, con tintes amargos. Después repite la operación, ahora haciendo algunos cálculos para que el resultado no le recuerde tanto a la colonia. Encuentra en un cenicero un porro a medio terminar y un mechero. Los toma a ambos y vuelve sobre sus pasos con intención de acercarse a la piscina. Se le hace insoportable la idea de ir a la habitación y encontrarse con Casti. O peor aún, que no esté y permanezca dándole vueltas a la cabeza hasta que lo haga. La noche es clara. Y la luna brilla orgullosa y plena en medio de un cielo oscuro. Camina despacio, con paso pesado, arrastrando los pies descalzos. No sabe dónde están sus sandalias, pero le parece una pérdida irrelevante con esta sensación de desazón completa, casi indescifrable. Todo se derrumba dentro de un enorme tornado llamado resaca. Se sienta en las escalinatas, tan sólo el agua hasta los tobillos. El tacto suave y refrescante le resulta agradable, como una inyección de realidad, algo que necesita para asentarse poco a poco de vuelta. Todavía se siente excitada. El recuerdo de lo que ha ocurrido dentro de la casa, y también en la habitación, ha sido intenso, y muy real. Pero ahora predomina más la sensación de vacío. Analizando esa percepción de que falta algo, o de que sobra todo, siente una presencia acercarse. No se gira. Es una presencia femenina, intuye por la delicadeza de los pasos. En realidad no se da la vuelta porque desearía con las pocas fuerzas que todavía tiene que fuera Miriam quien, cada vez más cerca, camina hacia ella. El vacío en el estómago se transforma, por arte de magia, en una profunda y ancestral excitación que la hace estremecerse. La presencia que no tiene el valor de confirmar, se ha acercado por completo y se sienta detrás de ella. Entonces siente su género a la perfección golpear en su espalda. Dos pezones erectos como espadas clavándose. Se inclina hacia atrás, ofreciendo su cuello. Una mano acaricia sus pechos, sacándolos del sujetador, tiránica y maldita atadura en estos instantes. Y después baja con presteza y decisión a la cara interior de los muslos. Hasta adentrarse, salvando la inútil resistencia de la ropa interior y buscar la cueva profunda. Elena entonces gime, un gemido contenido, severo, de aire ardiendo que ha quemado en su viaje desde los pulmones. Siente como si el mundo se deshiciera bajo sus pies. Tiene la impresión, cuando siente el mordisco en el cuello y el jugueteo de una lengua, que como lava, calcina sus sentidos, de que va a terminar desmayándose.

LA HABITACIÓN NÚMERO TRES:

Lalo entra con una sonrisa enorme que Miriam no puede adivinar en la oscuridad. Sabe perfectamente lo que va a encontrar dentro. Ella también, cuando abría la puerta y se tumbaba desnuda, sabía que tras el breve silencio sería él quien entraría. Es lo que estaba previsto. Aunque con Lalo no es fácil saberlo, todo podía ocurrir, y más este fin de semana, esta

noche especialmente preñada de entuertos de la carne y el anhelo. Por un momento ha fantaseado con un regalo del destino y que quien entrara por esa puerta fuera otro hombre, o incluso un giro todavía más inesperado, una mujer, y ¿por qué no fantasear del todo?: Elena, cuyas curvas se han instalado con tanta fuerza en su cerebro que han logrado expulsar a aquellas otras como las de la doctora, que eran el paradigma de la sensualidad y el deseo.

Pero es Lalo quien entra. Está manifiestamente borracho, lo que rompe la poca magia que le quedaba al encuentro. Su risotada infantil y que vaya tropezando con todo lo que encuentra a su paso acaba con los restos de erotismo de la noche. Pero es su chico, y Miriam lo comprende, no es momento, además, para reproches. Ella misma está profundamente borracha. Por momentos, mientras esperaba, la habitación ha comenzado a dar vueltas con una violencia tal que la obligaba a abrir los ojos y, ridículamente, poner un pie en el suelo como si eso fuera a ejercer de freno. Extrañamente, solo pensar en Elena apaciguaba su ánimo y al insidioso helicóptero, así que ha repasado sus curvas mientras se acariciaba más bien con desgana. Ahora trata de controlar su propia risa ante el estruendo con el que su marido ha irrumpido hasta llegar a la cama. No se anda Lalo con preámbulos. Desde la conversación de la tarde ha tenido una idea prefijada que lo ha rondado una y otra vez. Y no era hacer trampas o darle un giro novedoso al plan previsto, que en circunstancias normales hubiera sido su foco de atención y de tentación. No, ha sido el culo de su chica, el sexo anal con Miriam ha sido y vuelve a serlo ahora, en la intimidad de ambos, el objetivo absoluto. Miriam lo intuye. Sabe lo que le gusta a Lalo ese juego y ella se deja llevar. No es su actividad favorita cuando de sudar entre dos se trata, pero con los condicionantes adecuados y la atención mínima a otras terminaciones nerviosas, suele culminar con un sorprendente éxito que acaba con cualquier argumentación negativa previa. Ocurría con esto como con otras muchas cosas en el tema del sexo: la primera idea siempre surgía de Lalo, ella se negaba con cierta dejadez, después, ante la insistencia innegociable de su chico, terminaba accediendo para ser ella, al acabar, quien más disfrutaba del evento. Solo una vez tuvo la iniciativa. Fue tras el encuentro turbador con la doctora. Pasó semanas que no sabía si debía o no contarle a Lalo lo que había ocurrido. Al fin y al cabo, por muy progresista y avanzado que pareciera su chico, la sombra ancestral de la duda en forma de celos hacía más que razonable la cautela. Fue una noche, solos en casa, de vuelta de una cena en un restaurante japonés por el que Lalo siente pasión. Habían bebido bastante y la intimidad del hogar invitaba a sincerarse. Tonteaban revisando en internet algunas páginas de intercambio de parejas. Lalo llevaba algún tiempo tratando de convencer a Miriam de que se acercaran, aunque sólo fuera una vez, a ver uno de esos locales. Sólo para conocer que sentían. A ella le daba una pereza enorme, pero tampoco se cerraba en banda, entre otras cosas porque la idea, más allá del miedo que le producía, le resultaba de lo más

atrayente. Así Lalo hizo la pregunta que desató el acceso de sinceridad.

- ¿Nunca has pensando montártelo con una tía?- lo dijo como el que pregunta si quieres azúcar en el café. Distráido. A Miriam no le parecía justo agrandar la mentira, así que tuvo que sobreponerse a sus temores y contar la verdad.

- Ya ha ocurrido, Lalo.

- ¿Cómo?¿y nunca me lo contaste?- Lalo suponía que el o los encuentros en cuestión habían tenido lugar antes de conocerse. Miriam estuvo cerca de fabricar una media mentira, o de ejecutar una media verdad. Contar lo ocurrido, pero como si hubiera pasado años atrás. Y si no lo hizo no fue por exceso de escrúpulos, sino por una cuestión práctica pues de siempre fue una mala mentirosa. Una coja a la que se coge rápido. No le quedaba otra opción que lanzarse.

- Hace unos meses, en el hospital...- un breve silencio que rompió el grito de Lalo.

- ¡ Hija de puta ¡- por un instante Miriam se vio a sí misma en una tormenta de celos y tal vez camino del fin de su vida en común, idiota de ella pensaba mientras miraba el gesto ojiplático de Lalo. Pero no eran celos. Más bien lo contrario- ¿Y no me lo has contado hasta ahora? Dame detalles, zorra, quien, cuando, como, hasta donde. Todo, todo, todo...que hija de puta- un sonoro beso hizo que Miriam se relajara. Al menos en parte.

- No me siento cómoda, la verdad, pasó y pasó, tampoco quisiera...

- Eh, eh, eh, soy tu chico, tienes dos opciones, o me lo cuentas y mi dices todo lo que has disfrutado o tiro por los celos...- sonaba tan absurdo que costaba tomárselo en serio. Pero nada en Lalo entraba dentro de los cánones de los esperable.

- Bueno, el día que celebrábamos lo de la operación de cara...- Lalo iba asintiendo, con sincero entusiasmo y disparada excitación, visualizando casi de antemano el cuerpo de su mujer amado por otra mujer- pues una doctora nueva, la que se fue la semana pasada...- ah, sí, parece decir el gesto de Lalo, la que estaba como un queso- pues estábamos borrachas y terminó besándome.

- ¿Y ya?¿para eso tanto revuelo?¿para un simple beso? No puede ser, no serías la Miriam que yo conozco...

- Bueno, después bajamos al almacén y la cosa se subió de tono, y ya está.- Pero Lalo no estaba por la labor. E insistía, y preguntaba, y hasta que Miriam no reconoció abiertamente que terminó sintiendo un orgasmo

en la boca de la doctora no paró de insistir e insistir.

Después de aquella confesión, el asedio sobre los locales de intercambio pasó a segundo plano. Ver a su mujer con otra se convirtió entonces en una verdadera obsesión para Lalo. Consideraba que tenía derecho, él perdonaba la infidelidad siempre y cuando participara de la inversión. Miriam no estaba por la labor, la incomodaba la sola idea de estar con otro cuerpo frente a su chico. Pero Lalo era delicado, sucinto, y lo preparó todo para que ocurriera, como casi siempre, sin que supiera nadie que detrás de lo que ocurría estaba la mano del mago y monologista. No le costó mucho descubrir dónde había ido a trabajar la doctora. Tener tiempo, labia y una cara bonita ayuda mucho. Hizo un pequeño y detectivesco trabajo y forzó un encuentro en un garito del centro de la ciudad. La doctora se fundió en un abrazo que disparó la sonrisa de Lalo cuando se encontraron, aparentemente por casualidad. Miriam estaba descolocada, de hecho la presentó por su nombre y no como la doctora tal, para evitar que Lalo, ingenua, lo descubriera. No tardó en tener que reconocer lo evidente cuando Lalo preguntó, abiertamente, de qué se conocían. Entonces echó el resto y dijo, perdón, eres la doctora que besó a mi mujer. Ninguna de las dos intuyó cual era la intención verdadera de la frase, porque podría interpretarse desde el punto de vista intimidatorio, lo cual confería una aire dramático al encuentro. Pero no. Lalo la abrazó. Sonrió y pidió otra copa. Le explicó a la doctora que Miriam era otra mujer desde entonces, que se sentía plena, que había sido un placer conocerla y lo que había ocurrido. Y después comenzó a subir de todo, cuando ya las copas habían superado la docena y las cabezas andaban como mucho menos lastre lógico. Que si dadme detalles, de si ella besa mejor que él entre las piernas, que si sería alucinante poder veros, estar ahí, participar. Miriam sería incapaz de atar todos los minutos de forma coherente, porque Lalo siempre logra que todo ocurra, y que no seas consciente de ello, salvo cuando ya ha terminado y no hay remedio. Así, unas horas después ella estaba arrodillada, devolviéndole a la doctora el favor oral, mientras su chico la penetraba por detrás. Un maravilloso e inesperado orgasmo a tres culminó la noche, ya no podría negarlo jamás, mas erótica de su vida.

Pero hoy no va a estar la doctora en esta habitación, como aquella noche. Hoy sabe lo que le toca, y se deja hacer con oficio y poco deseo. Está a años luz de lo que va a suceder. Lalo la besa con torpeza. Sabe a caramelo de menta y a bodega de barrio. La va comiendo por partes, con demasiada violencia, certifica cuando un mordisco en un pezón la obliga a dar un pequeño grito. Lalo pide perdón, pero diez centímetros más abajo se deja llevar otra vez por la pasión y vuelve a los mordiscos, demasiado cercanos a esa confusa barrera que forman el placer y el dolor. Bajando por un camino acostumbrado con la lengua, termina entre sus piernas. Ahí, por suerte, es más comedido en sus embestidas. Se preocupa por la hidratación y la lubricación para ir introduciendo uno, dos y hasta tres dedos, al tiempo que su lengua incide con cierta pericia para la tremenda

borrachera, sobre el botón de la magia, que así lo suele llamar en las largas sesiones de sexo oral. Después, como ya intuía Elena, la lengua se pasea por otras zonas no tan habituales. Y lo mismo ocurre con los dedos, convenientemente lubricados. Le gustan esos paseos de su vagina a su ano, de ésta a la otra. Incluso cuando ya son dos dedos los que la invaden, no puede evitar dejarse llevar en tímidos gemidos. Cuando Lalo considera que la invitación ha sido aceptada la da la vuelta, otra vez con cierta violencia, muy al estilo de película porno. Cuando daño ha hecho el porno a esta generación, piensa mientras espera ser penetrada. Lalo sigue borracho, así que la puntería de su pene es más bien poca. Tiene Miriam que intervenir en el proceso, tomándolo con firmeza y dirigiéndolo hacia la puerta adecuada. Además, así controlará la velocidad de las embestidas, al menos de las primeras. La erección del narcotizado Lalo no es completa, así que el acople se complica. Por fin, cuando ya está dentro, se produce un instante de calma. Miriam hunde la cabeza en la almohada, se siente desconcertantemente invadida. Superado el dolor, empiezan las terminaciones nerviosas de su trabajo a mandar información y a llevarla a una excitación creciente. Lalo se mueve. Despacio. Está borracho pero no tanto. No quiere hacerla daño. Gime con fuerza. Está muy cerca del orgasmo. Miriam entiende que por mucho que tratara de acariciarse, o de pedir a Lalo que lo haga, ella no iba a llegar al orgasmo. Son ahora un Ferrari y un Panda echando una carrera. Se olvida de su placer y se concentra en lograr el máximo en su pareja. Se mueve ella también. Gime con mucha más fuerza para estimular el ego de su amante y pon fin, las oleadas calientes que la llenan deliciosamente por dentro. Se dejan caer. Lalo no es consciente de que ha llegado solo a la meta. Se escuchan pasos fuera. Una puerta que se cierra. Y otra vez pasos en el pasillo, que se alejan, tal vez hacia la piscina. Lalo ya ronca. Ella se pone en pie, si limpia los restos de la batalla, se pone una toalla a la cintura y sale. Lo hace con cierta cautela, no quiere ser ella quien rompa las reglas del juego. Fuera, en la piscina, se adivina la silueta de una mujer acercarse hacia el bordillo y sentarse en las escaleras de la entrada a la piscina. Cuando reconoce la melena rubia de Elena sus pies cambian el rumbo, ya no buscan la habitación en la que habían dormido, la que era la suya sin misterio mediante, sino que la llevan a la misma piscina. No tiene tiempo de trazar un plan. Su corazón va a mil pulsaciones por segundo, pero sus pasos siguen siendo tenues, leves. Cuando ya está cerca, justo a su altura, sigue sin saber cómo va a afrontar este encuentro. Y se descubre a sí misma sentándose detrás, pegando mucho su cuerpo al de ella. Cuando Elena siente el contacto inclina el cuello y Miriam comienza a besarla. La siente gemir, excitada. Busca el pecho bajo el sujetador. Después aparta la tela de las braguitas para penetrarla con decisión. Con una mano entra y sale de la cueva con una maestría de años, y con dos dedos de la otra acaricia el clítoris con suma delicadeza. Antes de que ninguna de las dos sean conscientes de lo que está ocurriendo, Elena comienza a retorcerse descontrolada en un brutal orgasmo. Miriam siente como le clava las uñas en las rodillas, en espasmos incontrolados. Recuperada la calma, se da la vuelta. Ya están una frente a la otra. Se reconocen. Y se besan. Otro beso

largo que a Miriam le suena a despedida, a agradecimiento y buenas noches. Las primeras luces del alba ya comienzan a intimidar a la oscuridad de la noche. Pronto amanecerá. Pero eso no parece inquietarle a Elena. Que terminado el beso se decide a bucear en el sexo de Miriam. Quizá, piensa ella, es otra forma de despedirse y darme las gracias. Pero Elena se tumba todo lo larga que es sobre las escalinatas, el cuerpo medio sumergido en el agua, para con comodidad meter la lengua y varios dedos en el sexo de Miriam, que recibe con una sonrisa deliciosa la certeza de que ella también tendrá su premio.

Cuando ambas vuelvan, abrazadas hasta la puerta de entrada de la casa, sus parejas ya roncarán en las habitaciones oficiales. Sin preguntas. Sin malas caras, tal y como había solicitado el maestro de ceremonias. Pero con la sensación, más bien el convencimiento, de estar justo frente al descubrimiento de un mundo totalmente nuevo y luminoso.

HABITACIÓN NÚMERO DOS:

Alicia ha entrado en la habitación muy excitada. La sola idea de lo que podía ocurrir, en una probabilidad del 33%, financiera como es la ha calculado mientras buscaba la puerta, un acicate para su ánimo superior con creces a la tensión sexual vivida durante todo el fin de semana. De perdidas al río, se decía mientras se adentraba en la oscuridad del habitáculo. Ha buscado el baño de la habitación para lavarse. Primero se ha desnudado, y a tientas ha buscado después un lugar reconocible en el que dejar su ropa. Limpia y desnuda se ha tumbado en la cama. Ha palpado un cabecero metálico sobre el que se ha recostado. Estaba en tensión. Esperando. Deseando que se abriera la puerta y que el destino le confirmara que el cosquilleo en el estómago era un aleteo premonitorio. Ese momento parece que ha llegado. El inconfundible sonido del pomo y después el leve crujir de las bisagras, preceden al crepitar del suelo con cada pisada. Un quejido suave, lleno de cautela. Alicia tensiona todo su cuerpo. Su respiración es acelerada, ostentadamente acelerada, pero no puede evitarlo. La de Casti también lo es. Todavía no han tenido oportunidad de reconocerse. No saben lo que ahora mismo ocurre o está a punto de ocurrir en las otras habitaciones. Poco les importa. Y menos les importará cuando el roce de la piel de certeza a la incertidumbre. Casti se sienta en la cama, con tremenda delicadeza, como si no quisiera molestar. Todavía lleva la ropa puesta, ni se le ha ocurrido desnudarse antes de confirmar nada. Lo cual es ridículo, porque fuera quien fuera ¿qué iba a hacer? Si reconoce a su mujer sería aceptar para ambos, de forma implícita, que hubieran esperado a cualquiera ¿Y de reconocer a Elena? ¿qué hubiera hecho? ¿mentir y decir que esperaba a su mujer? Todavía se siente narcotizado y por eso es especialmente torpe buscando el contacto. Palpa la cama mientras los dos corazones se aceleran. Y ninguno se atreve a lanzar una hipótesis al aire en forma de nombre. Por fin Casti logra alcanzar la piel de una pierna, es un roce leve, que los asusta a ambos. No rompe la incertidumbre pero es agradable. Desliza

con delicadeza los dedos, elevada la muñeca, como si fuera un pincel trazando un dibujo anárquico. Alicia se retuerce de placer con el roce y se agarra con fuerza al cabecero metálico. Ya no tiene dudas de que es él. No hay nada que indique lo contrario, y tampoco que lo confirme, pero es él, se siente segura. Y entregada. Esos dedos, que como brocha ardiendo, llegan a la pelvis, descubren la carne desnuda y entonces ambos se estremecen. Casti cree reconocer las dulces curvas de Alicia. No es el cuerpo fibroso de Miriam, sino las generosas caderas de una madre que sabe cuidarse. Movido por una ancestral duda, busca un lugar común, aun con el riesgo de que en la búsqueda ponga los dedos y la cabeza en la realidad y el remordimiento haga saltar por los aires la magia del momento. Ha de arriesgarse. Su mano serpentea buscando un lunar muy concreto que su mujer tiene a la altura de la pelvis. Una leve montañita oscura que tantas noches ha repasado con los labios. Sus dedos caracolean durante unos instantes. Aquí, allí, exploradores en busca de la ausencia o de la rendición. Los mensajes que llegan al cerebro disparan el corazón, que se acelera hasta la taquicardia, como si quisiera ser él mismo, saliendo por la boca, quien confirmara la sospecha. Cuando Casti abandona las dudas se quita la camiseta y los pantalones. Desnudo lo sigue haciendo todo con suma delicadeza, la música, el aroma a jazmín, el silencio, los gemidos, todo invita a deslizarse, sin invasiones. Comprueba con los labios y con la lengua una vez más la ausencia de lunar y Alicia, que teme que Casti se lance entre sus piernas sin tiempo al preámbulo, lo arrastra hacia ella de la cabeza. En el camino el roce se multiplica, disparando descargas eléctricas que hacen estremecer casi de dolor la espalda de Alicia. Casti deja un reguero de lengua antes de tumbarse sobre ella. La evidencia del peso los estremece, el contacto, las bocas muy juntas, todavía sin tocarse, con los labios a duras penas controlados, con la lengua desbocada en la jaula de dientes, genera dos, tres, cuatro maravillosos segundos en los que sus cuerpos se han reconocido definitivamente y se han aceptado. Dentro, un oscuro oleaje condenado durante años, se desata, convertido en un maremoto de sensaciones incontrolables. Cuando Casti besa por primera vez a Alicia, ésta se siente tan al borde del orgasmo que se queda paralizada. Después vuelven los movimientos. Reconocidas las curvas, las recorre con su boca con sed de siglos. Maná anhelado e inconsciente que entra a borbotones por sus papilas. Alicia sólo se puede dejar hacer. Herida, capturada, prisionera ante la musculatura de Casti cierra los ojos y trata de mantener la consciencia. Ni tan siquiera puede acompañar con sus manos la cabeza que conquista su cuerpo. Se agarra con fuerza al metal del cabecero, que de vez en cuando choca contra la pared. El frío y duro hierro la ayuda a seguir consciente. Casti se arrodilla frente a ella. Siguen sin verse, pero se sienten. Alicia abre las piernas. Casti bucea en su sexo con delicadeza. Primero la lengua, incisiva, profunda, vanguardia de un ejército de dedos, va abriendo camino. Los labios, como una flor, responden al reto como buenos anfitriones, abriendo los rincones del alma de Alicia. Después llega el turno del clítoris, al tiempo que un dedo se instala en la cueva. Garfio ardiente que estremece las entrañas de Alicia. Cuando los soldados

certifican que el terreno es apto para la invasión, Casti se vuelve a incorporar, y todavía de rodillas, la penetra con suavidad. Pegan sus cuerpos. Alicia se agarra con más fuerza al cabecero, que comienza una letanía metálica de placer contra la pared. Así puede elevar su pelvis para facilitar las embestidas. Con la mano derecha Casti se agarra con fuerza al pecho de Alicia, como si fuera un salvavidas y él un náufrago exhausto. Con la otra mano, convenientemente hidratado el dedo pulgar, masajea suavemente el clítoris. Un roce leve, que nace arriba y muere abajo en cada embestida. Éstas son brutalmente profundas. Alicia siente un río de lava en su interior partirla por la mitad en cada empujón. Un placer cercano al dolor se instala en su espalda. Los dedos de los pies se disparan en un alocado baile festivo. Trata de no gemir, de no gritar, pero un nudo ahogado en su garganta la obliga a estremecerse. Es un orgasmo subyugante, que la retuerce y la convulsiona. Casti se detiene un instante. Quiere disfrutar del espectáculo de sensaciones que el orgasmo está transmitiendo. Después tiene intención de iniciar unos movimientos, breves intuye, para unirse a la fiesta. Alicia, cuando está cerca de recuperar su aliento, quisiera encontrar la forma más brutal de que Casti llegara al mismo éxtasis. Sabe lo que para los hombres el sexo oral, si hubiera luz, piensa, tal vez que sintiera el orgasmo sobre su cuerpo, en la cara, ese momento visual que tanto impone al género masculino. Pero sentiría pena de perder ese torrente y de separarse de él, quiere que sus cuerpos sigan en comunión el resto del baile. Así que con decisión se incorpora y tumba a Casti al otro lado de la cama. Se sienta sobre él y con la mano ayuda al pene a volver al rincón de las delicias. Después empieza a moverse, es un movimiento completo, eleva su cuerpo hasta que el miembro de Casti está casi fuera de ella y después con fuerza se deja caer hasta sentirlo otra vez invadir sus profundidades. Repite el movimiento varias veces mientras muerde el cuello de Casti. Él la coge por los pechos, con las dos manos, acompañando con su fuerza los movimientos pélvicos. En uno de esos movimientos, justo cuando el pene golpea con fuerza dentro de su cuerpo, llega el orgasmo. Acompañando los gemidos, siente en su interior la cálida descarga. Media docena de dentelladas calientes que la llenan de una maravillosa sensación de plenitud. Se demora en el contacto. No quiere que se salga. De hecho no lo hace. Se besan, todavía gimientes y sudorosos. Se abrazan. Y así, unidos, fusionados se quedan dormidos. En silencio.

La primera en despertarse es Alicia. El pene ya sin vigor fuera de su cuerpo. Busca la ropa. Ahora desconcertada. Consciente de lo ocurrido. Pero feliz, profundamente feliz. Cuando la encuentra se la pone y sale de la habitación. Fuera hay gente, en la piscina, así que, sigilosa, cruza el salón, repleto todavía de las evidencias de la fiesta, y llega hasta su habitación. Solo en el momento justo de estar frente a la puerta, recuerda que es una mujer casada, y que su marido ha estado en otra habitación con otra mujer. Quisiera sentir celos. Eso ayudaría a que todo adquiriera ciertos tintes de normalidad, y serviría para disipar los remordimientos que entiende tendrá mañana cuando se despierte. Le gustaría que Luis no

hubiera llegado, aunque eso implicara que estuviera en otro lugar, en otra cama, todavía. Abre la puerta con cautela. Si está espera que esté durmiendo. La cama está vacía, así que se desnuda, se pone una camiseta y se tumba, tapándose con la sábana. Lo ha hecho todo a oscuras, sólo con la leve luz del incipiente amanecer entrando por la ventana. Ha sentido un extraño escalofrío de felicidad al saberse sola. Tumbada, de lado, nota una ligera gota todavía caliente salir de su cuerpo. La recoge con la mano y la huele. El olor es intenso, mezcla de semen y sabia de mujer. Llevada por el deseo de cerrar un círculo asombroso, se mete los dedos húmedos en la boca y se deja llevar por el sabor entre dulzón amargo de lo que ya tiene la certeza, es un cambio de vida.

CAPÍTULO CUATRO: Domingo de resaca.

EL FUNERAL:

Los últimos soldados de la noche terminan por claudicar en el horizonte. Ejército de tinieblas diezmado y definitivamente vencido. Unas tímidas nubes, bandada de sombras blancas, parecen salir a recibir al sol. El astro, generoso, les regala los primeros destellos del día. Después, con milimétrica precisión, se va a adueñando de un cielo plenamente azul. Es el comienzo de un día más de verano.

Dentro de la casa hay cierta actividad. Alicia y Luis ya casi tienen hechas las maletas. Elena y Casti están ahora mismo metiéndolas en el coche. Lalo no termina de decidirse a abandonar la cama y Miriam lo observa todo desde el ventanal de la cocina con un desconcierto que a duras penas le roba protagonismo a una resaca que ni los dos cafés urgentes ni el ibuprofeno han sido capaces de vencer. Al incorporarse en la cama, una hora antes, ha sido consciente de la barbaridad ética de la noche anterior. Su cabeza es como los restos de una ola, espuma inconexa de pensamientos que van y vienen sin sentido o control. Lalo, Luis, Casti, Alicia...y Elena. Ahí la memoria deja una espina clavada. Ha sido la primera en comprobar el desorden. Por suerte la casa incluía servicio de limpieza final, plus pagado a gusto por Lalo. Ha tratado de no recordar. Siente crecer una especie de pánico cada vez que su cabeza parece decidirse a ordenar los pensamientos. Y se los sacude, tratando de encontrar en la banalidad una vía de escape. Después fueron llegando los otros. Casti, la maldita Elena y su melena rubia, y sus ojos brillantes, y su sonrisa a medio hacer...Y ahora Luis y Alicia, con evidentes muecas de cansancio en el rostro. Donde ayer había caricias, juegos, complicidad, camaradería, tensión sexual...ahora hay distancia, silencio, monosílabos que ganan breves batallas sonoras: pásame el azúcar. Nos tenemos que ir, he llamado a mi madre y parece que Pablo ha pasado mala noche. Sí, mala noche. Confirmaba totalmente ausente Casti. Yo también he hablado con mi suegra y parece que Carlos también andaba pachuchillo. Nos vamos a ir pronto. Y nosotros. El azar ha querido que los seis coincidieran en la mesa del desayuno, incluso con Lalo, el único que parece haber

sobrevivido a la batalla nocturna con cierta dignidad, sin heridas visibles al menos en el rostro o el ánimo. Ha bostezado varias veces, ha mirado a unos y a otros e inoportuno ha comentado que menudo funeral de desayuno. No ha generado reacción alguna. Maquinalmente los alimentos eran medianamente elaborados y degustados en busca de un objetivo final y claro: huir. Salir lo más pronto posible de una casa que ahora se antoja un castillo de naipes carcelario que fuera a desaparecer cuando el último inquilino anclara la puerta.

Luis y Alicia ni se molestan en volver a entrar. Su coche ruge varias veces y las ruedas han levantado una enorme polvareda al salir a gran velocidad. Algunas piedras han salido disparadas contra las ventanas.

- ¡ Y Fernando Alonso y su mujer abandonan boxes a gran velocidad ¡- grita Lalo mientras saborea un trozo de tostada y mira por la ventana. Pero hoy no hay público, hoy sus chistes nacen y mueren en las inmediaciones de su autor.

Casti y Elena sí que entran en la cocina a despedirse. No podemos irnos sin despedirnos, Casti, nosotros no. Abrazos tímidos. Miriam no sabe dónde poner los brazos, y después incluso el alma, cuando Elena le ha susurrado al oído que había sido maravilloso. Después se despide de Casti. O no. Poco importa. Lalo sí que los abraza a ambos con efusividad, y les desea buen viaje, y que no sea nada lo de Pablo y cuatro o cinco formulismos inútiles que han desquiciado un poco a la pareja, que no encontraba el modo de frenar el torrente verbal y poner tierra de por medio.

Entonces Lalo y Miriam se quedan solos. No se dicen nada. Se miran. Lalo trata de sonreír, pero Miriam tiene el ánimo en el asiento delantero de un coche que cruza la valla de entrada de la finca. Apura el café con decisión y se va hacia la habitación. Ellos también se marchan a Madrid. Aunque Lalo no lo sabe, y sigue comiendo su tostada como si el mundo no se hubiera desmoronado a su alrededor.

EL COCHE UNO:

Cuando Luis se despertó en la Habitación Uno ya estaba sólo. Amanecía tras las ventanas. Tenía la boca pastosa. El la silueta de sudor marcada en la sábana, desnudo en una cama que no reconocía, con restos de semen en el ombligo y en las piernas, que quiso pensar eran suyos. Durante largos minutos fue incapaz de afrontar la verticalidad. Reto inalcanzable para un estómago en ebullición. Mientras serenaba los ánimos gástricos, trataba de recordar. Pero tan sólo acudían a la llamada flashazos sin demasiado sentido. Imágenes de aquí, voces de allá, caricias y besos, sin autor ni receptor claro. Pero nada que tuviera que ver con la habitación en la que había amanecido. Intuye que una mujer debió ocuparla durante algunos minutos al menos, al mismo tiempo que él. Pero

¿quién? ¿Elena? ¿Miriam? ¿su mujer? Le resultaba irónico, que después de una vida sexual más bien rutinaria, medida por la certeza, la noche más salvaje de su vida, o eso cree, se haya disuelto en los posos de una resaca de las que hacen historia.

Al salir necesitó mirar a un lado y a otro para poder situarse, incapaz de recordar el camino andado. Todo lo que ocurriera desde que Lalo explicara el juego se había mezclado en una narcótica sala donde lo que era no lo parecía y lo que parecía era lo que no es. Un oscuro pozo de incertidumbre. Caminó despacio, sin someter a demasiados rigores a un estómago que tocaba arrebatado con rugidos cavernarios. Llegó a su habitación, y entonces fue consciente por primera vez de que no había valorado si Alicia estaría o no dormida. Eso le obligó a reflexionar que también su mujer había tenido su noche. O tal vez no. O tal vez la hubiera tenido y no lo recordara, como él, o al no poder recordar no supiera si ha ocurrido o no. Abrió la puerta con decisión, no era el momento para andarse con paños calientes. Y allí estaba, Alicia, tapada con la sábana. Por un momento pensó que tal vez no era ella, que tal vez el juego continuaba y él podía tener su parte activa y consciente, un encuentro que pudiera recordar. Pero cuando se tumbó a su lado comprobó, desilusionado, que era su mujer. Roncaba y se la veía feliz. Él se tumbó y esperó que el sueño lo venciera otra vez. Mientras tanto buscó en su interior el rincón en el que sentir celos, pensar en lo que hubiera podido hacer Alicia y con quien. Pero no encontró energías.

Cuando abrió los ojos el día ya castigaba las ventanas. Alicia caminaba de un lugar a otro tomando prendas y objetos para meterlos en las maletas. Se miraron. En silencio. Había poco que decirse. Nos vamos, fue la única frase que escuchó a su mujer. Y después un escueto me ducho coronado con un portazo. La imaginó enfada. Pero nada más lejos de la realidad. Ella estaba ansiosa. Necesitaba salir del entorno narcótico y surrealista de la casa, de la sierra abulense, del fin de semana loco planeado por Lalo. Así sabría si el derrumbe que siente por dentro, escenificado fielmente en la poca afinidad que había sentido por Luis, era algo definitivo o un espejismo del que podría despertar. Quiso creer que su ánimo apostaba por el borrón y cuenta nueva. Un salto al vacío, sin duda. No el borrón, que era fácil, desprenderse se Luis era algo previsible en los últimos meses, sólo ralentizado por su naturaleza reflexiva y la presencia de un pequeño de siete años que entiende el amor de sus padres como algo eterno. La cuenta nueva era la que se representaba como un guion por escribir, una página en blanco con dos actores, de los cuales solo uno, ella, y justo en esos instantes, y por primera vez, se sentía implicada con la película. Su alter ego, Casti, no se había pronunciado más allá que con la carne. Esto ya había ocurrido. Después del encuentro en los probadores, la vida volvió a ser la misma. Y no necesitaron manifestarse, expresarlo. Un par de besos en la mejilla en la siguiente fiesta, ya con Luis y Elena, un qué tal estás en el móvil y poco más. La vida continuó. Quien le dice a ella, pensaba mientras adecentaba en la medida de lo posible un

desastroso aspecto frente al espejo, que no volviera a ocurrir. Por eso su vida parecía dirimirse, mientras se preparaba para abandonar la casa, a dos velocidades. Una directa, innegociable, la que afectaba directamente a Luis. Y otra que dependía de otros factores y que requería de tiempo y de paciencia. Unos caminos confluyentes al fin y al cabo porque eran los mismo pies quienes los iban a caminar, pero independientes, estancos.

Luis en cambio lo ha vivido todo con cierta normalidad. Era la actitud de Alicia, que sigue confundiendo con el enfado o el reproche, la que lo mantiene en vilo. Esta mañana desayunaron, sin dirigirse la palabra. Ni entre ellos, ni con el resto. Ni tan siquiera Luis se interesó por si era verdad que su hijo había pasado mala noche. Intuía que la respuesta iba a disparar la sensación de haber traicionado a Alicia, así que, como en otras ocasiones, tomó una esquina, cambió de rumbo para evitar el conflicto y emulando al avestruz, puso tierra de por medio, la necesaria para esconder su cabeza. En el coche los kilómetros morían marcando entre ellos un distanciamiento brutal, cada vez más evidente.

Ahora, que la cercanía de Madrid ofrece un envite a la normalidad, de retorno, de vuelta a casa, Luis sigue convencido de que Alicia está enfada. Tal vez, piensa, ella al final no accedió, cerró la puerta de su ánimo al juego y al regresar y no verlo en la habitación, sintió el hachazo de la traición. Quisiera justificarse, pero ni tan siquiera saber de qué, porque no recuerda lo que ocurrió, y eso es todavía más desconcertante. Podría haber empezado por ahí. Durante unos kilómetros lo valoró, pero le pareció infantil, el argumento de un adolescente que frente a sus padres trata de justificar una barbaridad postetífica. Luego, durante otra tanda de carretera, y siempre en silencio, ha valorado mentir, decir que él no hizo nada, que entró en la habitación y no ocurrió nada. Pero faltaban argumentos lógicos que iban a generar preguntas ¿y con quién no hiciste nada? Tampoco servía. Preguntarle a ella directamente era retornar tarde o temprano a los dos anteriores planteamientos. Y así ha ido limando la distancia entre la casa y su hogar carabanchelero, sin saber que Alicia, a la que cree profundamente ofendida, en realidad ha estado haciendo cálculos. El punto de partida ha sido el momento en que salió de la habitación con Casti. Y ha barajado variables como mujer previsora que es, a la que no le gusta abrir la puerta a lo desconocido sin valorar los pros y los contra, lo que deja dentro y lo que puede encontrar fuera. Está atando cabos para poder soltar lastre con garantía. Se conoce, sabe que no va a ser una decisión alocada. Está tomada, sí, pero se ejecutará con la calma necesaria para que no haya heridos. O al menos si los hay, que no sean graves, y sobre todo, que no afecten a su batallón, formado por su hijo y ella misma. Y todo este sereno reflexionar, propio de una mujer que dirige una empresa de millones de euros, se rompe con el inconfundible pitido del whatsapp. Acaba con la hegemonía sonora del coche y su devenir, y los dos atienden. Alicia lo saca con mano temblorosa, nerviosa, quizá ilusionada. Es la parte financiera de su ánimo la que pone veto a estos sentimientos, que son, en realidad, el acicate de las decisiones

aceleradas. Inclina el móvil lo suficiente como para que, aunque quiera, Luis no pueda ver quien envía el mensaje. Entonces el corazón abandona a la financiera y galopa por prados verdes de ensoñación donde todo es posible. Es Casti. Un mensaje escueto: ya no puedo vivir sin esto...Suspira. Inconsciente, llevada por ese trote, ese galope del caballo que liberado de las ataduras de su dueña se adentra en un campo lleno de flores y de luz.

- ¿Quién te escribe?- No hay sincera curiosidad en la pregunta. A Luis siempre le faltó valor, le ha temblado el ánimo para enfrentarse a las cuestiones que podrían desestabilizar su día a día, así que en el hipotético caso de que hubiera alguna sospecha, la hubiera escondido en el silencio, como otras veces. Quería aprovechar el inciso sonoro para entablar una conversación que al menos hiciera más amena y natural la parte final del viaje.

- Una compañera de trabajo- miente, sorprendiéndose a sí misma de su pericia en el engaño- mañana tengo una reunión importante, tengo que ir con algunos temas preparados- Mientras mentía escribía una breve respuesta: volveremos a vernos. El guion sobre la mesa del otro actor del reparto.

- Ah- ahora Luis no sabe cómo sacar partido al impulso, que no se rompa la inercia y vuelva a conquistarlos el incómodo e inquisitorial silencio.- Esto...- carraspea varias veces. Se conocen, ambos saben que viene una pregunta incómoda- ¿no vamos a hablar de lo que ha pasado esta noche?- Ahora mismo Luis es ese avestruz que saca la cabeza y espera un golpe que acabe con su osadía. Alicia no pierde la serenidad. Y tampoco la oportunidad de dejar zanjadas algunas cuestiones.

- Puede, si tú lo ves necesario, lo hacemos. Pero ten en cuenta que tendrás que dar explicaciones de lo que hiciste y con quien, desde que entraste en la habitación hasta que llegaste a la nuestra, donde yo dormía plácidamente. Puede que eso no nos resulte agradable- No puede dejar de sorprenderse a sí misma. Esta maniquea respuesta es propia de su rol financiero y calculador, no de la Alicia que se maneja con sinceridad en las cuestiones diarias. Eso la confirma que hay una Alicia antes y otra después de la habitación número dos. Mientras que el avestruz recibe el golpe con la mayor dignidad posible. Incluso encuentra un argumento.

- Bueno- está nervioso y zarandea el coche un par de veces- los dos tendríamos que explicarnos.

- ¿De verdad quieres que lo hagamos?- Alicia conoce a Luis y sabe que no. Lo más sorprendente es que no tiene ni remordimientos ni deseo alguno de conocer lo que hizo él. Esa ignorancia hace que todo sea más fácil. Así que el verdadero interés de que aquí se acabe el asunto, mientras el coche se adentra en la M40, de que den por zanjado el fin de semana más

raro de sus vidas, es seguir viviendo en esa dichosa ignorancia. Lo último que desea es que la verdad genere celos, eso lleve a un enfrentamiento y los posibles daños colaterales se multipliquen en disputas enconadas. No, tiene las cosas muy claras. Quiere que sea un corte limpio, sin matices. Y Luis no sabe qué hacer. Porque ahora sí que se siente asaltado por las dudas, por esa seguridad de Alicia. Hiciera lo que hiciera no se siente turbada por el recuerdo. Y él, en cambio, que no recuerda lo que tiene que recordar, se siente infinitamente desconcertado. Quizá ahí resida el problema, se dice.

Ya no vuelve a hablar hasta que llegan a Casa. En ella están los padres de Luis y el pequeño Carlos, que se abraza con sincera alegría. Después la rutina y la normalidad. El baño, que Carlos cuente las aventuras del fin de semana con los abuelos, la cena, la ropa para el colegio de la mañana siguiente. Luis se deja llevar, le gusta ver a Alicia manejarse con una sonrisa en los quehaceres, aunque esquive su mirada cada vez que él busca un contacto, un golpe de afinidad. Esa normalidad, pese a la distancia evidente con su mujer, lo relaja. Todo cambia cuando, ya sentado en el sofá, fingiendo ver un especial de cine de *La 2*, Alicia asoma su semblante serio y explica que se va a dormir. Él la desea las buenas noches de forma educada y se queda sólo, en un sofá que se le antoja enorme. Y el mundo, en realidad, tal y como lo había visto hasta ahora, se desmorona a sus pies cuando se escucha cerrarse con fuerza, con intencionada violencia, la puerta de la habitación de invitados. Pero Luis, el avestruz de nuevo, vuelve a la televisión, sin querer ver que bajo sus pies está el vacío más absoluto.

EL COCHE DOS:

Casti y Alicia salieron juntos de la habitación. Fue un acto de valentía inconsciente que suponía toda una declaración de intenciones que, por aquel momento, no quisieron mancillar con reflexión alguna. Cada uno, en su fuero interno, interpretó esa arrogancia, ese salir a la luz casi de la mano, como la primera piedra de un edificio nuevo por construir. Sin alardes, pero con aires de firmeza. Además, tampoco estaban los ánimos para cuitas más profundas. Al fin y al cabo, al desconcierto carnal, se le unía que todavía seguían sumidos en una dulce borrachera. Solo Casti se percató de que en la piscina estaba Miriam. La pose era muy sugerente, la adivinó al fondo del pasillo, tras la puerta a medio cerrar. La mirada perdida al cielo, las manos apoyadas tras la espalda, inclinada ligeramente hacia atrás. Le faltó ánimo para saber si se encontraba sola o si había alguien entre sus piernas. Un broche onírico para un fin de semana caótico donde en principio el juego empezaba y terminaba en las habitaciones. Le resultó muy extraño que esa duda fuera irrelevante. Si era Lalo, su pareja, eso indicaba que Luis era quien estaba con Elena, su mujer. Y si era Luis, dejaba a Lalo como amante eventual de Elena. Esa idea, curiosamente, ya no le resultó tan irrelevante, generándole un curioso

pinzamiento en el estómago.

Caminaron por el pasillo, cada uno hacia su habitación. En el instante en que los caminos divergían, se hizo el silencio espeso. Ese momento selló la sensación de que algo había pasado. Ambos se miraron. Sin valor de volver a besarse o abrazarse, cogidos de la mano, sin querer humillar al silencio con palabras huecas y oportunistas, demorando, eso sí, el instante de separar los dedos. Entonces sonrieron con timidez. Una sonrisa franca y larga. Después cada uno entró en su habitación.

Casti no tardó en dormirse. Sumido en un vaivén de sentimientos, que desde un tímido remordimiento viajaba a una certeza absoluta de haberse enamorado por segunda vez en su vida, o tal vez por primera y haber estado engañado todos estos años. Lloró de pena, imaginando lo que vendría después. Pensar que el mundo de Pablo, su hijo, podía desmoronarse desde ese instante, lo sumía en una profunda desazón azuzada por los restos de alcohol y marihuana. Pero no se sentía culpable. Al fin y al cabo Elena también había entrado en una habitación y llegaría a la cama con el lastre de una historia que contar. Hizo dos hipótesis, sin incluir ya la desconcertante figura de Miriam en la piscina, y la peor era imaginar que hubiera terminado en brazos de Lalo. Otra vez ese vacío en el estómago. Absurdo, caprichoso. Sentía por él, en ese instante, un incomprensible desprecio. En cambio imaginar que había estado con el bueno de Luis, pues era distinto, tal vez lo veía entonces como una labor social con un amigo necesitado de dosis extras de pasión. Una especie de *quid pro quo*. Porque la pasión que de Elena contaba Luis, nada tenía que ver con los gemidos que Casti había gozado apenas una hora atrás. Digamos que ser él la posible espoleta del fin de su mundo lo ayudaba a ser generoso en ese sentido, al menos en el de la hipótesis. En alguno de esos pensamientos lo venció el sueño. Se despertó primero y vio a Elena dormida. Estaba desnuda, sin taparse con la sábana. Respiraba inquieta, como mecida en un sueño intenso. No se atrevió a despertarla, incapaz de saber cuáles podrían ser sus primeras palabras.

El agua fría de la ducha desanimó a la incipiente resaca. Su cuerpo siempre fue muy ducho en eliminar toxinas. Una ducha y una café bastaban la gran mayoría de las veces. Pero el desconcierto, el no saber dónde estaba situado, cuál iba a ser su siguiente paso, eso era irremediable. Contra esa desazón no conocía remedios, no tenía herramientas en su historial a las que recurrir. Era un nuevo peligro al que enfrentarse. Como en el día anterior Elena irrumpió en mitad de la ducha. La escuchó sentarse en la taza y preguntar ¿eres tú, Casti? A él le dio por reír, por un momento le pareció ridículo que pudiera ser otro. Así que aprovechó el desengrasante de la risa para poner tierra de por medio al desconcierto.

- No, soy Lalo- trató de imitar, con muy poca fortuna, la voz de su amigo. Entonces los dos rieron con ciertas ganas. A ambos esa forma de empezar

el día les ayudó a mecerse en una normalidad necesaria. Ya vendría la tormenta, pero afrontar el desayuno y la nada fácil despedida, ese momento de ponerse cara a cara todos, los unos frente a los otros, parecía un reto supremo que iba a requerir de grandes dosis de sangre fría para no terminar en las páginas de sucesos.

Y Elena, por supuesto, también tenía una tremenda desazón. Se dirimía una tragedia en el teatro de su ánimo de colosales proporciones. Ella imaginaba que en la cabeza de todos se estaba produciendo en ese mismo instante el doloroso parto de la realidad. El momento de ordenarlo todo para saber lo que había ocurrido y, sobre todo en su caso, qué iba a significar. Curiosamente el breve y hasta divertido encuentro con Luis pasaba a un segundo plano. Irrelevante. Una nota discordante que no alteraba el sentido del conjunto. Además, le producía incluso cierta sorna estar convencida de que él no tenía ni la más remota idea de con quien había estado. Solo los pechos, tan diferentes entre unas y otras y, sobre todo, tan analizados por sus parejas hasta la paranoia gracias a las turgencias comparativas de Miriam, hubieran sido un elemento indudable. Y no recuerda que Luis pudiera alcanzarlos en momento alguno. Le parecía irónicamente divertido ese punto de cómico desconcierto que debía tener el pobre de Luis. En cambio, para ella, el punto a analizar, el que quizá diera al traste con un futuro que parecía escrito, era el instante sublime de fundirse en el cuerpo de Miriam ¿Cómo era posible que ella, que se había considerado hetero hasta la médula, que compartía con las compañeras de la gestoría fotos de tipos musculados ligeros de ropa, hubiera perdido el sentido, literalmente, buceando entre las piernas de una mujer? No podía ser casualidad. Además, pensar en ella, en Miriam, una persona a la que hasta entonces sentía demasiado distante, un trozo de carne atada a la frivolidad, producía en su estómago millones de diminutos estallidos que solo recordaba haber sentido una vez. Doce años atrás, sentada en el metro. Frente a ella había un joven apuesto, leyendo una revista deportiva. De escalada ha archivado la memoria. Se miraron un par de veces y surgió una curiosa química que cada uno escondió en su lectura como pudo. Ella venía de la gestoría, no llevaba demasiado tiempo y aprovechaba el trayecto para adelantar trabajo. Él de una academia donde se preparaba unas oposiciones. Entonces llegó una embarazada. El joven de mirada esquiva la cedió el sitio y se puso de pie frente a ella, intencionadamente cercano. Esa sombra, esa presencia evidente en el traqueteo, la hacía volver una y otra vez sobre la misma línea sin ser capaz de concentrarse. La mujer sentada a su lado se levantó en la nueva parada. Ambos se miraron, sonrieron, y él se sentó. El roce de sus cuerpos, pese a la ropa, fue intenso. Ninguno de los dos pudo entonces concentrarse en la lectura. Se acercaba otra parada. En ese momento el joven se decidió.

- Perdona- dijo con voz tímida, pese a que tratara de impostarla con poca fortuna- ¿no tendrás un bolígrafo?- Elena rebuscó en el bolso, en silencio, eso sí, coronando la entrega con una amplia sonrisa. No sabía, realmente,

que decir. Él entonces tomó su brazo, apartó con suavidad la tela de la camisa y escribió un número de teléfono. El convoy ya se había detenido.

- Me gustaría volver a verte- Esas fueron sus últimas palabras antes de salir. Después el tren se puso en marcha y Elena lo vio allí, posado como un soldado despidiéndose y sintió esas mismas cosquillas que esta mañana surgían en su tripa cuando recordaba el encuentro con Miriam en la piscina. Cierta tiempo después se decidió a llamarlo y supo que su nombre era Ramón, Ramón Castillejo, pero que todo el mundo lo llamaba Casti. Y que quería ser bombero.

La risa, con Casti en la ducha sirvió como regulador. Una válvula que iba a permitir controlar la evidente presión. Ella también se metió en la ducha, pero ni el cuerpo de Casti ni el suyo estaban para forzar encuentros de los que, sin duda, surgirían respuestas. Porque cuando le dio el casto beso de la rutina, Elena sintió una punzada cruel de celos. Ella, que esa misma noche había provocado un orgasmo a un hombre y otro a una mujer, y que había derramado su placer sobre los dedos de otra mujer ¿inquieta por saber con quién había pasado su marido la noche? Pero así era, así son de incongruentes los celos, pensaba mientras se lavaba el pelo. Pero no dijo nada, quería sobre todo salir. Por eso llamó a casa y transformó de forma inmediata una leve tos de Pablo en un problema de salud que los obligaría a salir cuanto antes.

Prepararon las maletas con cierta naturalidad. Ambos tenían por dentro una batalla sin precedentes, pero la armadura de lo cotidiano se interponía y eran capaces, con una profesionalidad digna de elogio, mecerse en la más serena de las normalidades. Después llegó el momento de encontrarse con el resto. Un instante especialmente delicado que ellos sobrellevaron con cierta dignidad. Incluso desayunaron y pese a que Elena contó a todos que el pequeño estaba malo, fueron Luis y Alicia los primeros en abandonar la casa. Después se despidieron de Miriam y de Lalo. El beso, el abrazo, con Miriam fue angustioso. Hubiera querido demorarlo, decir algo, que la permitiera sentir que la magia que había surgido era algo más que drogas y un dejarse llevar. Miriam tampoco fue capaz de decir nada, más allá de forzar, en el segundo beso formal, que sus labios se acercaran en exceso a los de Elena.

Después montaron en el coche y fueron hablando de cuestiones irrelevantes hasta que Casti, que prefirió no conducir, sacó el móvil porque había recibido un mensaje. Era un compañero de trabajo solicitándole un cambio de turno. Elena no dijo nada, aunque la curiosidad ardía en su estómago por saber quién se lo había mandado. Solo cuando él accionó las teclas para responder, tuvo la valentía de preguntar.

- ¿A quién escribes ahora?- preguntó fingiendo estar muy atenta a la

carretera.

- A Sebas, me ha pedido un cambio de turno, le voy a decir que sí, él siempre me lo dice- Era una medio verdad o una medio mentira, todo según se mire. Porque es verdad que quien escribió en un primer momento era su compañero, de no ser así no se hubiera atrevido a sacar el móvil. Pero con él fuera, la tentación fue irrefrenable y a quien escribía, en realidad, con dedos temblorosos, era a Elena. La duda se ha instalado entre ellos por primera vez desde que amaneciera por encima de su ejercicio de rutina. Al fin y al cabo, lo que ha ocurrido es imposible de digerirlo ni con la estudiada ignorancia con la que uno y otra esconden la evidencia. Así son los celos, la duda, se sobreponen a la propia culpa o al propio desconcierto. Elena tiene claro que, en un momento u otro hay que afrontar la situación, tomar el toro por los cuernos. Por qué no ahora, piensa.

- ¿Crees que deberíamos hablar de esto?- la pregunta esconde el propio miedo a responderla. Pero ella se siente con fuerzas, si Casti se decide a romper la norma de silencio, también se sincerará. Sabe que eso relajaría la desazón que oprime su estómago.

- ¿De qué?- responde Casti rozando el ridículo dramático. Solo busca ganar tiempo, y trazar las líneas maestras de las diversas variables.

- Venga, Casti, de lo que ha pasado. De lo que hemos hecho, de lo que ha ocurrido este fin de semana...¿crees que deberíamos hablar de ello?

- Bueno, fueron las reglas- Elena no sabe que la resulta más ridículo, si la cara de niño que no ha roto un plato o las dichas reglas.

- Las reglas. Mira, y hasta si eso te parece razonable, pues Lalo ya no está aquí- Ahora mismo Lalo, para Elena, no es ni tan siquiera el desconsiderado amigo que ha diseñado un juego absurdo que puede acabar con la normalidad en la vida de sus amigos, sino la pareja de Miriam. El recuerdo de su turgencia hace que permanezca unos segundos en silencio.- Podemos seguir sus putas reglas si quieres- Elena no suele utilizar palabrotas, lo que hace ver a Casti que el enfado está creciendo, ha de encontrar una estrategia para eludir la verdad sin que resulte muy evidente. Aunque, ahora que lo piensa, saber con quién ha pasado la noche, se presenta ahora como una sorprendente necesidad.

- Si te digo la verdad, Elena, pensar en que esta noche has estado, en la cama, follando- él también trata de ser intencionadamente directo, quiere que a Elena la asalten las dudas- con un amigo mío no me resulta muy agradable, no te voy a engañar. Pero yo también he estado en una habitación- quizá no esté argumentando con la inteligencia que esperaba cuando ha dado comienzo a su discurso- los dos hemos estado- trata de

reconducir.

- ¿Quieres saber con quién he estado?- Ahora Elena se siente ofendida. No tiene muy claro tampoco por qué, pero la seguridad de Casti, que parece hablar de esto como quien habla de hacer una tortilla de patatas, le resulta totalmente lesiva- ¿Eh? ¿quieres saber con quién he estado? Pues mira, si así te quedas más tranquilo. Pero vamos, esta noche no he follado con nadie, la polla de ningún amigo tuyo ha estado dentro de mi coño.- No se siente cómoda en la mentira. Nunca lo ha hecho. Y menos con Casti. Sería la última persona a la que quisiera mentir. Porque se quieren. La noche pasada juega en contra, eso lo sabe y por eso se ha sentido en la obligación de coronar la frase con ese "coño". De no ser así, estaría mintiendo. Es un juego de espejos para poder seguir sintiéndose ella misma. Casti no puede decir lo mismo. Él sí que ha estado dentro de una mujer. Y tanto. No puede quitarse ese recuerdo, esa evidencia, sobrevuela cada pensamiento como un perno, golpeando insistente.

- Eso es mentira...- no sabe muy bien a que se refiere. Pero la frase le ha resultado oportuna para tomar oxígeno.

- ¿Mentira? ¿mentira? Yo no miento...- Sabe que tarde o temprano lo hará. O tal vez no. Pero de momento se siente firme.

- Ya ¿me quieres decir que te metiste en la habitación para nada? ¿por qué no lo dijiste antes? ¿eh? pillaste la carta como ellas, entraste ¿no podías haber dicho que no? Entonces era el momento, no ahora.

- Yo también estaba borracha ¿lo recuerdas? Además, tú parecías encantado, tú querías entrar ¿o no?- A Casti le gusta el argumento, poner la pelota en el tejado del otro y lo imita sin ningún pudor.

- No, es al contrario, parece que estabas más borracha, tú eras la que tenías muchas ganas. Estabais las tres como locas con la idea de Lalo i Si os comisteis los morros i

- Echa el freno, amigo, echa el freno- ahora eleva el dedo índice señalándolo con tono intimidatorio- recuerda que le metiste la polla en la boca a Miriam con el juegucito ese, eh, ¿esa parte se te ha olvidado? ¿Me vas a decir que eso es menos importante que comerle los morros a Luis?- No sabe por qué Luis y no Lalo. Quizá por seguir con la medio verdad.

- Ya pero eso...bueno- Casti ha perdido totalmente la firmeza, porque el argumento esgrimido por su mujer es irrefutable, un callejón sin salida. No se le ocurre otra cosa- Lo siento, cariño...- Elena no sabe que es más irritante, si el tono de niño herido, si ese forzado cariño o sentir ahora mismo pena por él.- Pero es que en el momento- prosigue Casti- parecía que no te importaba, que bueno, estábamos allí, todos borrachos...joder...Tal vez tengas razón...- Casti está dispuesto a entregar

las naves, no sabe todavía en qué sentido.

- Ah, ¿ahora no quieres hablar? ¿por qué? ¿tienes miedo de lo que tienes que confesar?

- Oye, que has sido tú la que ha dicho que si íbamos a hablar.

- Claro, pero era al contrario, te preguntaba si íbamos a llegar a Madrid sin tan siquiera hablar un poco sobre lo que ha ocurrido.

- Bueno, pues ya está, coño, se dice y punto- sabe que le falta valor para dar el primer paso, pero si ha de hacerlo, no le quedará más remedio. Podría contar tamizado el encuentro. O tratar de mentir. No del quién, sino del cómo. Tal vez inventar una historia en la que se reconocieron y decidieron no hacer nada. Demasiado racional para como estaban las cabezas, lo sabe. Pero cuando hay quien quiere escuchar una mentira piadosa, hay verdades menos complicadas de ocultar. Lo que tiene claro es que él no dará el primer paso. Elena, entre tanto, también valora que su verdad no es demasiado interesante. Ni la de Luis, que podría esconder sin dar demasiados detalles, ni la de Miriam. Las curvas de la chica de Lalo son rincones a los que no piensa invitar a Casti. No tan pronto. Primero tiene que montar el puzle que es su vida, después de que saltara por los aires a lengüetazos.

- No, tranquilo, si no quieres no hablamos.- es ella, en realidad la que no quiere hablar, pero no soporta, al tiempo, la idea de que sea él quien tampoco quiera. Ella se conoce y sabe lo que significa su silencio. El de Casti es ofensivo, dolorosos, incisivo, traicionero. Casti tiene miedo.

- Bueno, si tú quieres, si crees que va a servir de algo lo contamos.

- ¿Servir? Servir hubiera servido que no entraras en la habitación que te había tocado.

- Tú también...-recuerda que ella ya ha confesado no haber tenido sexo, o eso al menos es lo que él ha interpretado de sus palabras, dentro de la habitación, así que ahí juega con desventaja.

- Yo no he follado, Casti. Yo no me he follado a un amigo tuyo- Ha mordido cada palabra con fuerza, para que no fuera necesario acabar la frase con un como tú. Casti suspira. Ese suspiro es un sí, yo me he follado a una amiga tuya. Una aceptación silenciosa. Una bandera blanca.

- Lo sabía- mastica Elena- lo sabía. Eres un hijo de puta ¿a quién te has follado? No, no me lo digas, no quiero saber nada.- En realidad ya lo sabe. Su mente calculadora ha trabajado a gran velocidad. Inviabile que fuera Miriam. Por muy borrachas que hubieran estado, por muy desatadas que el deseo las hubiera tenido, si cualquiera de ellas hubiera tenido sexo,

justo antes de encontrarse en la piscina, con la pareja contraria, hubiera resultado moralmente imposible entregarse a los rigores de la carne. Hubieran dudado. Así que tiene la certeza de que ha sido Alicia con quien Casti tuvo la noche de sexo. No tiene dudas, ni de que haya ocurrido ni de que fuera con ella. Ahora no puede evitar asumir el rol de víctima y dejarse llevar.- No quiero hablar más, no quiero saber más, me haces daño...

- Pero cariño...- Casti la coge de la mano. Elena no rechaza el contacto. La mano sobre el cambio de marchas, la de Casti sobre ella. Es agradable esa cercanía.- era un juego, no significa nada.

- No, mierda, no digas eso, no digas que significa o no, porque sabes entonces que significa, tú no debías saber con quién estabas.

- ¿Y tú?¿lo sabes?- Casti se tiene que defender.

- Yo sí, hijo de puta, yo sí. Pero ya te he dicho que no follamos, esa es la diferencia.- Es tarde para mentir, Casti sabe que si argumenta ahora que él tampoco no va a resultar creíble.

- Yo no lo recuerdo...-agacha la cabeza y hunde la mirada entre sus piernas, como si en ellas pudiera encontrar fuerzas para construir una mentira.

- ¿Qué no recuerdas qué?¿Con quién estuviste follando? No me toques las narices, Ramón, no me toques las narices.- Hace siglos que no utilizaba su nombre de pila. Le ha salido sin pensar, como una marca de distanciamiento. Efectiva, a juzgar el desconcierto de Casti, que la mira sin terminar de entender lo que ocurre, y sobre todo, cómo narices han llegado hasta aquí, cuando hace cuarenta y ocho horas la vida era estable, sencilla y previsible y no este huracán encapsulado en un Chevrolet Captiva.

- Pues es que no sé que otra cosa decirte...

- No digas nada, prefiero que no digas nada, nada de lo que me digas va a arreglar lo que ahora siento, siento un dolor profundo, es, es algo...mierda, es que no sé que hacer para poder respirar, me ahogo- Casti no puede evitar llorar, trata de esconderlo y la barbilla le parpadea con insistencia- no sé si podré volver a mirarte a la cara.

El coche avanza, cada vez a más velocidad. Elena conduce con agresividad, como una autómatas. Deja atrás la salida correcta y avanza como si fueran a casa.

- Oye ¿qué hacemos con Pablo?

- ¿Con Pablo? ¿cómo eres tan hijo de puta? ¿ya das todo por perdido, cabrón de mierda?

- Es que te has pasado la salida de casa de...

- ¿La salida? Mierda- serpentea entre los coches, con pericia y violencia. El nombre de su hijo ha sido el detonante del maremoto definitivo, de una explosión nuclear sin precedentes, que tiene visos de dejar irreconocibles sus conciencias.

EL COCHE TRES:

Cuando Lalo se despertó, había en la cama una invitada con la que no contaba: una tremenda resaca que lo golpeaba en las sienas. Un zumbido tamborilero que zarandeaba su cabeza como un compresor insensible. Además, unas incipientes y agoreras náuseas le obligaron a incorporarse antes de lo que predecía su ánimo. Por la casa se escuchaban ruidos, por lo que intuía que en las otras dos habitaciones ya se había producido ese doloroso retorno a la realidad después de la noche más loca de sus vidas. Miriam dormía plácidamente. Lalo la imaginó ahí, dormida y feliz, desde que terminaran su encuentro sexual de la noche. Desconocía que al borde del amanecer ella lo dejó durante algo más de una hora, borracho, dormido, y solo.

Ya rendido a la verticalidad forzosa buscó en el agua un sistema de retorno al mundo de los vivos. Fue una ducha larga de agua caliente, que culminó con un rápido proceso de masturbación. Algo mecánico, ni necesario ni prescindible, más bien predecible. Se dejó llevar recordando algunas escenas del evento nocturno, los besos, las caricias furtivas, y sobre todo por la excitación de estar condicionándolo todo. En esos empujones solitarios y oníricos se permitió romper las reglas del juego que él mismo había creado y entró en otras habitaciones, donde encontró entregadas y anhelantes a Alicia y Elena. Paradojas del destino, el orgasmo sobrevino cuando las imaginó a ambas entregadas a una danza lésbica. Cuando salió del agua Miriam se miraba al espejo. Se besaron en silencio. Lalo le dio un sonoro azote en el culo y la puso contra el lavabo. Ambos se miraron y sonrieron. Cada uno tenía razones distintas para hacerlo. Algunas más desconcertantes que otras. Miriam se sentía extrañamente plena, ilusionada como un niño la mañana de Reyes. Lalo, como siempre, excitado con la idea de haber sido el germen de algo grande, que recordarían de por vida. El egocentrismo del maestro de ceremonias hecho rutina. Después se prepararon para salir con cierta normalidad, hablando de esto, de aquello, sin reparar demasiado en lo ocurrido durante la noche. Lalo, en el fondo, poco tenía que esconder, salvo algunos mágicos detalles de la organización de las habitaciones, todo había tenido lugar a la luz del resto. Eran ellos, ingenuos creyéndose

sometidos al azar, los que debían bucear en el desconcierto. Miriam, en cambio, quería darle tiempo al tiempo, algo que estaba ocurriendo en el resto de la casa, donde la vida se iba deshaciendo de la normalidad, del camino esperado, en extraños vericuetos todavía por florecer.

En el desayuno solo Lalo fue fiel a sí mismo. Los coches rugieron pronto de retorno al refugio, sin tener el convencimiento, ninguno de los cuatro, de que al llegar al destino un vendaval no se lo hubiera cargado todo. Lalo en cambio untaba las tostadas como si nada de lo ocurrido pudiera ser digno de acabar con sus rutinas. Al fin y al cabo él llevaba semanas urdiendo el juego, valorando las posibles respuestas, y el resultado final no se alejaba en demasía de lo fantaseado, así por su lado llovía sobre mojado. Miriam vivió con excitación el momento de fundir su cuerpo en un abrazo con el de Elena. Un abrazo de apariencia inocente cargado de un submundo de caricias furtivas recordadas e imaginadas. Unos labios con demasiada carencia. Después todo le pareció superfluo, molesto, terrenal, irritante. De golpe dejó de sentir la mínima afinidad que todavía la unía a Lalo. Era como un extraño, un niño grande que acaba de ganar la partida de un juego cruel que solo él había disfrutado. Marionetas transitorias que debían ahora adaptarse a la nueva realidad.

Pese a todo no quiso precipitarse. Trató de fingir normalidad y que al menos una noche más ejerciera de bálsamo. Tal vez ese calor que amordazaba su entrepierna al pensar en ella, fuera sólo una fascinación transitoria, una dulce resaca más.

Y así han ido acercándose a Madrid. Algo después que sus amigos, que ahora se deben estar lamiendo las heridas en sus hogares. Miriam ha fingido dormir durante largo rato, sin poder sacar un solo instante de su cabeza los momentos de la piscina. La invasión de luces premonitorias de la incipiente ciudad, hace imposible el disimulo. Lalo está contento.

- Ha sido alucinante ¿verdad?- es una pregunta retórica que no busca más que la afinidad en una respuesta esperable, innegociable.

- ¿La fiesta o tu juegucito?- Miriam no está por la labor de dorarle la píldora.

- Joder, tía, que siesa eres. A mí me parece que ha salido todo de puta madre, como lo habíamos planeado, esa era la idea ¿no?- Lalo se acaba de sentir extrañamente inquieto en la autoría solitaria del juego, por razones que todavía permanecen ahí, latentes, pero que son reflejo del natural miedo a perder lo que uno tiene. Sea lo que fuere.

- De eso nada, el puto juego de los cojones ha sido cosa tuya.- En el fondo Miriam no culpa al juego, que ha sido revelador, como abrir una ventana en una casa vieja y que el aire limpio lo empape todo. Para ella el aire han sido unos labios y unas curvas de mujer. Pero esta actitud

triunfalista de Lalo ha terminado por sacarla de sus casillas. No es consciente, pero siente la necesidad de meter el dedo en la herida y hacerla sangrar. No es de recibo que el culpable de todo, el germen, salga indemne de la batalla.

- Joder, es alucinante, le pongo un poco de chicha a la vida y encima te enfadas conmigo. Pues cuando te lo comenté no te parecía tan mala idea. A lo mejor lo que te apetecía era que no hubiera hecho trampas, que mis deditos de mago juguetero se hubieran estado quietos y te hubiera tocado otra habitación...pero cari, si a ti te toca otra, yo tampoco hubiera estado detrás de ti bombeando.

- No eres más bruto porque no te entrenas.

- Bueno, mujer, no te pongas así, era una forma de hablar, divertida, solo eso, perdona.- Ahora pone cara de niño que no ha roto un plato. Pose que le ha funcionado no pocas veces con ella y otras mujeres. Pero hoy Miriam no caerá en la trampa, aunque lanza una sonrisa estratégica para ganar tiempo.

- Creo que nos hemos pasado- ahora la primera persona del plural serena los nervios incipientes de Lalo.

- En realidad no hemos hecho nada. Bueno, hemos propiciado, hemos puesto los elementos para que las cosas pudieran ocurrir, pero de ellos ha dependido que haya ocurrido o no. Además ¿crees que de verdad ha ocurrido algo? Tal vez en ninguna de las habitación ha habido sexo ¿Tú te imaginas a Elena follando sobre Luis?

- Joder, no seas gilipollas- la idea de Elena teniendo sexo y no con ella, ha sido ridículamente dolorosa.

- En cambio Casti y Alicia, yo creo que ellos no han podido contenerse ¿Has visto las miradas esta mañana? Alicia y Luis se han ido poco menos que sin despedirse. Y Casti y Elena casi que también. Nena, a lo mejor no ocurre nada, la vida es tan tediosa, es un rodillo tan cabrón que seguro que todo sigue igual. A lo mejor hasta se esfuerzan por olvidarlo, o por fingir que no ha ocurrido lo que haya ocurrido, nunca se sabe.

- Eres un capullo manipulador.

- No, vida, de eso nada. Ellos no han hecho nada que no hayan querido hacer. Si yo pongo drogas sobre la mesa la culpa no es mía si hay sobredosis, sino de quien no sabe decir que no. La vida está llena de tentación, de momentos en los que hay que saber negarse. Yo lo único que he hecho es condicionar un poquito y condensarlo todo en dos habitaciones. Nada más. Podrían haber dicho que no, dentro y fuera de la habitación, haberme dicho que no al juego y listo, nada de esto hubiera

ocurrido. Echarme la culpa a mí es cómodo. Espero que no se te ocurra contarles nada, porque sería bastante rastrero.

- Tranquilo, tu culo está a salvo...pero no es por falta de ganas.

- Joder, chica, no creo que sea para tanto. Sexo entre adultos ¿dónde está el delito?

- No maduras, Lalo, no maduras. A ti lo de Google te vino de perlas, no trabajando vas a ser un niño toda la puta vida.

- Oye, oye, ¿y esa hostilidad repentina? Que estábamos los dos en el mismo barco hace 24 horas, justo más o menos por aquí –señala un punto indefinido de la carretera- en ese kilómetro te reías bastante con la idea del juego.

- Y de tus trampas.

- De mi condicionamiento soterrado, yo no lo llamaría trampas.

- Ellos no sabían que nosotros estábamos fuera del juego. De ese modo no había juego, el resultado era seguro, de haberlo sabido ninguno hubiera aceptado. Eres un manipulador...- al decirlo ha apretado los dientes. Ha sido un gesto inconsciente, que ha pasado desapercibido en su emisora pero no así en el receptor. Lalo se queda en silencio. Es la primera vez en horas se siente desconcertado. Como si algo no encajara, en mitad de una caminata aparece una molesta piedra en el zapato. Y eso desencadena una catarata de incertidumbre. La impermeabilidad se ha roto, esa misma china que ha aparecido en el zapato ha volado a miles de kilómetros por hora y está a punto de estamparse contra el cristal que pensaba lo protegía.

El zigzaguo por las callejuelas del barrio se le hace eterno. Y el desconcierto se multiplica. Porque Miriam ha dejado de apretar los dientes. Ahora parece feliz, extrañamente feliz para Lalo, que no entiende nada. Ella, en cambio, ha liberado peso, ha soltado lastre. Más que el fin de semana, más que el deseo contenido y el desencadenado en la piscina, ha sido el viaje de vuelta el que ha supuesto una catarsis. Tiene claro que hay una persona antes y otras después de haberse montado en el coche de retorno a casa. Y Lalo no puede comprender nada, porque nada sabe, y así ha de ser, como símbolo de lo que quedará atrás cuando mañana despunte el día.

CAPÍTULO FINAL.

EL MONÓLOGO DE LALO:

Dicen que el aleteo de una mariposa a este lado del mundo puede alterar el devenir previsto al otro lado. Yo no sé en qué lado del mundo estaba. Lo que tengo claro es que en mi caso no se trató de una mariposa. Un coleóptero alado, con sus colores, su en apariencia anárquico vuelo, preñado de simbolismo y poesía, desentona con el aire tristón y barriobajero de mi historia. En nuestro caso, porque no estoy solo en este barco, deberíamos de hablar más bien de un moscardón. Y un moscardón cabrón, de esos culeros que la vaca aparta una y otra vez con el rabo y no hay forma de que desista en su insistencia por posarse en las nalgas. Pues mi moscardón, al lado de este cansino, un alma de la caridad. Diría que era un tipo normal, para seguir con mi historia, pero es que lo sigo siendo. Casado, con hijo, amigo de sus amigos y profesor de filosofía. Esto último sé que no añade enjundia al relato, es un peaje vital que he de pagar, más bien lo que hace es dotar a la historia de cierto carácter arqueológico, porque encontrarse por ahí con un profesor de filosofía en activo debe de ser tan probable como toparse en un parque de ciudad con un hortelano trabajando su huerta. Somos una especie en extinción, pero por el contrario a casos como el del Lince, nadie va a luchar por salvarnos. El caso es que dejando a un lado mi profesión, mi vida era más bien normal. Estable. Tenía mis ratos para leer, para escribir, para jugar con mi hijo, para disfrutar del fútbol pasivo con los amigos. En fin, lo normal ¿no? Pues un día, o dos, o una semana, a lo sumo, te levantas y que ya no está. Sí, tu vida. Tu puta vida ha desaparecido. Birlibirloque ha venido y se la ha zampado el muy hijo de su madre. Cornudo y apaleado. Lo de punto com ha venido un poquito más tarde. Imaginad ese niña que le dice a la madre que tiene que ir de la bandera en la fiesta del cole, que se lo ha dicho la profesora. Esa madre que se trabaja la rojigualda en forma de vestido para luego verla en el Belén, dando la nota patriótica. Pues así me sentí yo el primer día que entré en la puerta de mi casa. Y me ha costado llamar casa a la lata de sardinas donde dejo mis huesos cuando ya no sé que más hacer en la calle. Porque no hay nada más triste que el piso recién estrenado de un divorciado forzoso. No hay detalles que den sensación de vida. Todo es frío, como la sala de espera de un tanatorio. Y así veo mi habitación, por la que dudo vuelva a pasar una mujer en años, como el rincón del velatorio. Llamadme exagerado, si queréis, pero si hay algo por lo que me mantengo en pie es porque el rencor compensa al desconcierto. No entender lo que ha pasado hace que no pongas la chincheta roja sobre el culpable, que no puedas descargar tu ira hipotética o real sobre una persona, y así se diluyen tus ganas de acabar con el género humano ¿por quién empiezas? Y culpar podría culpar a unos cuantos, por omisión, por acción o por hijos de puta, sin más, porque que un amigo pase a ser un hijo de punta de no es una cosa tan difícil. Basta con que se folle a tu mujer y se lleve a tu hijo. Y todo sin un grito, sin una mísera discusión que diera un poco de hablar a los vecinos. Nada, somos muy civilizados, oye, que al final es verdad que me follé a tu mejor amigo, que estoy enamorado de él y que nos vamos...ah, con el pequeño. Bueno, pues nada ¿qué hacemos con la casa? Ya encontré un comprador, el abogado te dará los detalles. No te lo tomes como algo personal. No, la

verdad es que no, hija de la gran puta, no me lo tomo como algo personal...por no salir en busca de una escopeta.

Y aquí estoy. Estamos. De terapia. Me lo dijo un amigo, éste que no se ha follado a mi mujer, al menos que yo sepa, o a mi ex, que la muy cabrona me exige rigor lingüístico a estas alturas. Que escribiera sobre ello, que me cagara en su puta madre sobre los píxeles de un blog. Que no llena tanto pero aleja al animal que llevamos dentro y que me ronda con una insistencia que ni la mosca culera, oiga. Es el primer día. Y respiro mejor. Tengo incluso la impresión de que hoy voy a cerrar los ojos y voy a dormir, que no me voy a imaginar en una mil posturas posibles, muchas de esas que ves en internet y que nunca te atreves a pedirle a tu esposa. Pues esas son las primeras que me vienen a la mente cuando el cabrón de Morfeo siente que rozo y la sábana y pone los pies en polvorosa.

Hagamos un trato, lector. Tú y yo, aquí y ahora. Si esta noche duermo bien, escribiré mañana, abriendo una rutina. Si tú estás al otro lado, quien sabe, quizá la terapia surja.

Este fue el primer artículo que publicó Luis en su blog cornudoyapaleado.com. Se lo dijo un compañero del instituto. Él había superado el divorcio escribiendo una rencorosa novela que después quemó en una especie de catarsis purificadora. Evidentemente Luis no tenía intención de quemar su ordenador, pero tampoco de convertir el blog incipiente en su actividad predilecta. Primero un día a la semana, luego cada dos o tres, hasta ahora, que es una obligación diaria. Al principio narraba su desdicha, ahora ha diversificado su repertorio. Pero siempre hay un poso de rencor. El blog, sin intención previa, se ha convertido en una especie de foro de padres divorciados, un lugar en el que poder descargar sin la presión de los formulismos sociales. Las visitas crecen y crecen, y eso ha hecho que Luis haya encontrado una alternativa a la tristeza. No compensa las tardes solitarias, las noches oscuras y frías de una cama demasiado grande. Ni hace llevaderas las charlas con un hijo casi adolescente que no entiende, como él, lo que ha pasado y con el que habla cada noche por teléfono. Ni tampoco hace comprensibles los fines de semanas alternos en los que no sabe qué hacer con él porque lo abrumba el sentimiento de culpa y teme a un tiempo perder lo poco que comparten en reprimendas y ser tan permisivo por pena que se convierta en otro niño caprichoso hijo de divorciados. El blog no cura todo eso, pero lo hace medianamente razonable, logrando una serenidad de crucero compatible con la propia vida.

Sabe perfectamente cómo ha llegado hasta aquí. El google maps le dio varias opciones, eligió la más directa, tres kilómetros andando por las callejuelas del viejo Carabanchel. Esa parte la tiene clara, apenas hace media docena de cervezas de ello. Lalo lleva un rato en el escenario, haciendo reír al respetable con su sarta de chistes y chascarrillos sexistas.

Sólo él, su amigo de toda la vida, quizá el único que le queda, sabe que esa mueca ácida no es una pose, sino un gesto inapelable que se ha instalado, como en él, desde hace poco más de medio año. Un rictus inamovible. Luis sabe cómo ha llegado a este local clásico del humor, pero no sabría escribir en dos líneas como su vida ha llegado a donde está ahora. Su casa, que no es su casa, según el google maps está a tres mil metros del escenario, pero su casa, que ya no es su casa, está un par de kilómetros más allá. Esa casa habitada ahora por unos desconocidos que legítimamente pueden usurparla y llamarla con todas las de la ley su casa. Solo en el corazón de Luis esa posesión sigue siendo suya. Nunca dejará de serlo, lo cual es enfermizo, y lo sabe, pero, como el rictus amargo y desdichado, es una tatuaje moral con el que va a tener que convivir de por vida. Al volver del fin de semana odioso e hijo de puta que acabó con su felicidad, las cosas ocurrieron a una velocidad constante. Tampoco hubo sobresaltos, ni gritos, ni malas caras. Jamás ha sido de las personas que gustan del conflicto, de la batalla dialéctica enconada. Le ha gustado discutir, confrontar ideas, pero cuando las cuestiones y los gritos salen de las entrañas, siempre se ha sentido incómodo. Ese silencio se lo ha reprochado Ali, su ex mujer, de forma constante. Pensar en Ali como ex mujer le genera un vacío en el estómago cercano a la náusea. Un vértigo cruel que en lugar de dar con sus huesos en el suelo lo traslada a la habitación de la casona abulense. Una habitación en la que ya no puede evitar ver fornicar a Casti, el que era uno de sus mejores amigos, con su mujer, su ex mujer, y otra vez el vértigo. Se tortura imaginándolos en todas las posturas, practicando sexo anal, corriéndose en la cara o las tetas de una entregada Alicia. Esas cosas que jamás se atrevió a proponerle y que intuye ahora son práctica habitual de la nueva pareja. Y lo peor de todo es que en más de una ocasión disfrutó sexualmente de la tortura, y del rencor pasa a la erección, a una erección rencorosa y a un orgasmo que lo deja con un ridículo sentimiento de culpa. Se imagina allí, dentro de la habitación, a su lado, mientras follan, mientras Alicia suspira y gime descontrolada, porque en sus ensoñaciones tortuosas la imagina más entregada que nunca, escandalosa como una actriz porno. Gritando, pidiéndolo todo, accediendo a los más insospechados juegos. Así alimenta su odio, su rencor, no es solo lo perdido de rutina, o su hijo, sino el tiempo perdido juntos en la cama, donde la rutina se había instalado entre ellos sin que ninguno de los dos hubiera sido consciente. Comparar su vida sexual pasada con la que imagina hay entre ellos ahora ayuda a alimentar un odio que es como la droga para el yonki, condena y salvación a un tiempo. Condena futura y salvación efímera. Le gustaría hacer borrón y cuenta nueva. Incendiar el pasado, rescatar a su hijo Carlos de las llamas y empezar de nuevo. Pero no encuentra las herramientas, ni las fuerzas, lo que le hace dudar en realidad de que el problema no sea que no encuentra los motivos. Una ridícula esperanza de poder recuperarla escondida en algún rincón que ejerce de lastre inapelable. Pero Alicia ha rehecho su vida con irónica firmeza. Lo ha hecho sin sentirse culpable, porque en realidad culpa a Luis de la rutina, el verdadero cáncer de su vida en pareja. Luis, claro, encuentra otros culpables con brazos y

piernas, pero una vez más el miedo a la disputa le ha hecho imposible ponerlos sobre la mesa las raras veces que tuvo oportunidad. Cobarde, como siempre. Esos silencios, que nacían en el miedo del profesor de filosofía a discutir con ella, en realidad eran el primer paso hacia la rutina. Una vida sin aristas que se hizo anodina. Casti, el hombre que la llevó en un probador a un cielo al que hasta la habitación abulense no había vuelto, la hace sentirse especial, querida, deseada, sobre todo deseada, como jamás antes en su vida. Y el sexo ha pasado a ser un motor indispensable. Con Casti todos los días terminan en un orgasmo. Y sabe, o aceptaría si lo hablara con alguien de forma abierta y sincera, que puede ser una pasión pasajera, pero no puede negar lo evidente, entre sus cuerpos saltan chispas, los roces no son casuales, y cuando lo son es porque terminan siendo el preludio de roces más violentos y voluntarios. Hablan de sexo, hay mensajes previos que preparan los encuentros. Ella pide caricias aquí, mordiscos allá. Un día Casti le propuso tener sexo anal. Esa misma pregunta, impensable con Luis, surgió de forma natural y era oportuna. Ahora no hay límites al deseo, y nada es inadecuado, todo es legítimo, porque el deseo incontrolado dinamita cualquier barrera, cualquier formulismo. Así Alicia ha probado todo aquello en unos atrás ni tan siquiera se había planteado. Y todo ha sido natural, y placentero, y ningún juego ha muerto en el intento, nada ha quedado en una anécdota, sino que ha pasado a formar parte de la vida en común, confirmando algo que leyó alguna vez y es que el límite del deseo no está en los cuerpos sino en las cabezas. Y abrazada a Casti la suya carece de límites. Así que Luis, sin saberlo, acierta en sus ensoñaciones. Alicia lo tuvo claro a las pocas semanas de empezar su vida en común a setenta kilómetros de Madrid. Un fin de semana que Carlos estaba con su padre. Era el cumpleaños de Casti y ella pensó, nada más levantarse, que los treinta y cinco años bien merecían un buen homenaje. No hubo una premeditación excesiva, cuando despuntaba el día y se despertaron se abrazaron al son de un divertido cumpleaños feliz. Entonces ella se levantó y se desnudó frente a él. Lo hizo con movimientos obscenos, contoneándose, gustándose. Lo desnudó a él también con mucha parsimonia, mucho teatro y mucha entrega. La erección, arrogante y suntuosa, culminó la idea que rondaba su cabeza. Se arrodilló entre sus piernas. Y lo miró a los ojos. Este es mi regalo de cumpleaños, le dijo justo antes de metérsela en la boca con tremenda suavidad, dejando que el calor la invadiera. Sintió ese rayo ardiente descolgarse por su garganta y llegar entre sus piernas, donde su sexo se abrió como una flor. No tenía prisa, ninguna, y los gemidos desesperados de Casti no hacía sino llamarla a la calma. Disfrutaba tanto con el placer de ser la portadora de ese poder de transmisión de sensaciones, y a la postre de suma felicidad, que no quería que terminara, tal vez jamás. Mientras el pene entraba y salía de su boca, sin necesidad de las manos, con éstas acariciaba los genitales. De vez en cuando bajaba con los labios a regalarles algunos mordiscos, estirando de la piel con la intensidad justa para que Casti gimiera un poquito más, como un animal herido. Y aunque hubiera querido que la eternidad se hubiera instalado entre esa polla y su boca, Casti ya no resistía más. La

cogió de la cabeza, henchido de gemidos y placer, anunciando el orgasmo. Ella lo miró, en silencio, sonrió y siguió con el juego. Casti entendió perfectamente y se dejó llevar. Cuando el orgasmo era más que incipiente se la sacó de la boca y le dijo quiero que me mires, quiero que veas como tu orgasmo me llena la cara de placer, y como voy a correrme contigo con tu calor, sin que tan siquiera tengas que tocarme con las manos, solo con tu polla. Sacó la lengua todo lo que pudo, extendida como una manta sobre la que la parte superior del pene de Casti se deslizaba cerca de la desesperación. Con la mano ayudaba a los movimientos e inconscientemente juntó sus piernas, llamada por un ancestral deseo. Movía su sexo sin mover el resto de su cuerpo. El orgasmo llegó y fue explosivo, en verdad la inundó de placer, las mejillas, la lengua, las manos. En la última dentellada Casti pudo por fin abrir los ojos y verla ahí, entregada, con un placer absoluto y fue, quizá, el momento más subyugante de su vida. La imagen más erótica que jamás hubiera imaginado. Y la promesa del regalo se cumplió. Con la evidencia del orgasmo en su rostro siguió apretando sus piernas, muy fuerte. Mientras tanto, con el pene todavía en la mano, jugueteaba con él en su cara, deslizándolo contra los restos de semen. Casti no entendía nada hasta que la vio cerrar los ojos, apretar la polla muy fuerte contra su mejilla y lanzar un par de gemidos contenidos pero brutales. En ese preciso instante, Alicia fue consciente de que hasta entonces había vivido una sexualidad de segunda división. Aquel orgasmo era como un trofeo, toda una Champions entre sus piernas, y en sus manos, sus labios, su mejilla. Por eso Alicia no negaría jamás que el sexo ha sido el detonante. Superados los treinta y cinco la madurez serena de su cuerpo merecía una segunda oportunidad. No tiene tiempo, ni los motivos, para preguntarse si hay amor, un amor al uso cantado con acento de futuro, porque el deseo es un torbellino incontrolable, novedoso, fresco y suficiente. Eso ha hecho mucho más fácil todo lo demás, porque por muchos orgasmos que la empujaran a decidirse, dar portazo a su vida y sobre todo cambiar el día a día de su hijo, no era una decisión fácil. Irse medianamente lejos de Madrid, a Toledo, formaba parte del distanciamiento que le sugería la cordura. Empezar de nuevo en la capital era demasiado arriesgado e incluso cruel para Luis. Casti no tuvo problemas para lograr plaza en el cuerpo de bomberos manchego y ella, que negoció una salida con su empresa, montó una pequeña asesoría que en menos de un año ha duplicado ingresos. Carlos, con 8 años, no ha tenido demasiados problemas para encajar en su nuevo colegio. Curiosamente una niña, de pelo rubio y rizado, pasó a ser, muy al estilo Forrest Gump su primer muy mejor amigo en el nuevo colegio. Ahora son uña y carne hasta niveles que resultan sospechosos a cualquier edad entre hombre y mujer. Y todo esto ha ocurrido con la serenidad de las cosas meditadas. Luis quiere verlo todo como fruto de un capricho, pero para Alicia Casti es una parte más del cambio, como lo es su nuevo proyecto laboral, el nuevo colegio de su hijo o la nueva casa a las afueras de Toledo. A la semana de volver de la casa rural y las misteriosas habitaciones, decidieron quedar en una cafetería del centro. Los whatsapp se quedaban cortos y necesitaban, cara

a cara, ponerle nombre a lo que les ocurría. Ese distanciamiento insalvable con sus parejas y esas ganas de volver a verse. Ella llegó primero, y cuando lo vio entrar ambos se armaron de una timidez adolescente. No supieron como saludarse, sin con dos besos, uno, un abrazo o un desesperado orgasmo sobre la mesa baja de la cafetería. Se preguntaron por los niños, pero Pablo y Carlos eran una excusa. No había una intención clara, ni un objetivo, ni debían cerrar el encuentro sellando un pacto o marcando un hasta aquí hemos llegado prudente o cobarde, según el prisma desde el que se analizara. Tanto fue así que del ¿te apetece un café o una cerveza? al ¿por qué no buscamos un hotel por aquí cerca? No hubo más que media docena de frases intrascendentes. Ya en la cama, después de un apasionado encuentro en el que los cuerpos cercioraron a golpe de gemido que se necesitaban más de lo que se atrevían a pensar hasta ese instante, sí que fueron capaces de poner sobre las sábanas del hostel las cuestiones que surgían. Decidieron no tomar ningún atajo, hacerlo todo con calma, con serenidad, sobre todo por los niños, que eran la parte más débil de la encrucijada hacia la que se encaminaban. Peor el verano iba a terminar y septiembre se presentaba como una fecha propicia para tomar decisiones, una estación especial para dar giros a las vidas, como si después del estío el vértigo hacia lo desconocido no fuera tan acuciante. Eso precipitó las cosas. Casti no tuvo demasiados problemas con su vida. Su matrimonio estaba totalmente roto. Desde la vuelta de la casa rural apenas si Elena y él se habían dirigido la palabra. Elena estaba también sumergida en una catarsis vital mucho más salvaje que su futuro ex marido, desconcertada con su propia sexualidad como no lo había estado jamás. Pablo, con dos años, era un daño colateral demasiado inconsciente como para suponer un freno. Por eso, cuando ambos pusieron sobre la mesa la necesidad de separarse, no hubo malas caras. Casti no entendía la calma de Elena, esperaba cierta reticencia, quizá celos, solicitud de explicaciones, al fin y al cabo todo había ocurrido delante de ella, y Alicia no dejaba de ser una amiga común. Guardó, eso sí, el secreto de su primer encuentro, le pareció que daba a su historia un tinte de traición excesivo. La serenidad que mostró Elena era tan sospechosa que entendió inmediatamente que había también una tercera persona detrás. Tardó mucho más, el tiempo que la propia Elena consideró necesario, para descubrir que aunque sus impresiones eran acertadas, no podían ser más erróneas.

Elena y Miriam vivieron juntas su renacer como mujeres. El encuentro en la piscina marcó un antes y un después imposible de olvidar. El rencor que se instaló en el alma de Miriam con Lalo escondía, en el fondo, un profundo deseo de aceptarse en su nueva sexualidad. Pero no era fácil. Ni el encuentro con la doctora en el hospital, ni el posterior y más forzado por Lalo, generaron tantas dudas en ella. Pensaba que eran, sin más parte de su sexualidad abierta, de sus ganas de conocer y sentir cosas nuevas. Lo que no podía imaginar era que encontraría entre las piernas de una mujer algo mucho más difícil de digerir: el amor. No pudo dejar de pensar en Elena, se convirtió en una maldita obsesión. Guardó hasta muy

avanzado su proceso de auto-aceptación el secreto al resto del mundo, incluyendo a Lalo, que no entendía en absoluto el definitivo distanciamiento de su pareja, excesivo para nacer por el reproche de lo que había ocurrido. Pero el ombliguismo de Lalo siempre le ha impedido entender las razones profundas de las personas de su entorno. Hasta este proceso de desmembramiento que han sido sus vidas en los últimos meses, cruces incomprensibles de caminos otrora rectos, siempre tuvo la suerte de lado.

Y si Casti y Alicia han centrado su nueva vida en el desbordante deseo de abrazarse y sentirse, en el sexo y la fusión de sus almas a través de los cuerpos, Elena y Miriam se convirtieron en algo así como una pareja de adolescentes. Han tenido cenas románticas, han compartido caricias y besos tiernos en salas de cine, paseos por las callejuelas de Madrid, e incluso un inesperado interés por el mundo homosexual. Tardaron semanas en volverse a entregar a los rigores de la carne, y cuando lo hicieron, un fin de semana que se dieron como lógico punto de partida en una pequeña habitación de hotel en un pueblo de la sierra, fue para certificar que se querían con la misma fuerza que se deseaban. Aquella noche el primer orgasmo fue prolongado. Elena estaba entre las piernas de Miriam, lamiendo su sexo con la sed de quien no ha bebido en siglos, cuando le dijo que no, que así no quería sentir el primer orgasmo, quería que fuera algo especial y único entre ellas. Por eso la incorporó, la besó y sintió un profundo placer de apreciar en sus labios el sabor de su propio sexo. Acercaron sus cuerpos, y se acoplaron con naturalidad, con la sapiencia nacida del deseo, de la ancestral necesidad pieles que desean. Los sexos recibieron el encuentro con un profundo calor, entrelazando los labios en una danza suave, al ritmo marcado por las caderas. Ellas se miraban a los ojos, encontrando un espejo de placer en el que sentirse reflejadas, multiplicando las sensaciones, un bucle de pasión infinito. No había ninguna prisa. Ese primer orgasmo de la nueva vida debía ser una brutal catarsis, un gritarle al cielo de la habitación su nueva sexualidad. Se esperaban, se empujaban, se apremiaban. La violencia crecía y con una mimesis asombrosa, decrecía en busca de una meseta redentora y algo de tiempo. Gemidos entrecruzados pidiendo clemencia o pidiendo más con la misma decisión imperturbable. Con cada golpe que buscaba enraizar el contacto, el roce, el mundo parecía desaparecer un poquito más, secundario actor en una drama sensitivo sin precedentes. Miriam buscaba los labios de Elena, como si necesitara de ellos para mantenerse asida a la realidad, a la vida, al drama salvaje que se celebraba en el interior de su cuerpo y de su alma, los albores de un orgasmo que se anunciaba con gemidos agónicos. Mordiendo el labio inferior, agarrada a ella como un pez que ha caído en la trampa, los gemidos se hicieron delirantes, guturales, nacidos de las profundidades de sus cuerpos, de lugares donde dormitaba un animal salvaje. No hicieron falta palabras, la coordinada brutalidad de las embestidas era suficiente preludeo. Sus sexos explotaron entre los gritos. Manantial ardiendo que se derramó por los muslos, la cintura y que dibujó un anárquico mapa oscuro del placer en

las sábanas. Tardaron minutos, sino horas, en recuperarse. El tiempo había perdido su capacidad de determinar del devenir de las cosas. Por unos momentos ellas fueron dueñas de su destino hasta niveles que rondaban la emoción. Miriam lloraba. Y no era de pena, era un desbordante amor que no encontraba otro rincón por el que salir. El corazón encogido y una fuerza ancestral que la obligaba a morir abrazada a Elena. Se quería. Y no hicieron falta palabras. A la mañana siguiente fueron conscientes de que la piscina no había sido un tropiezo, una anécdota, sino los títulos de crédito de su futura película.

Así, cuando Casti, con voz temblorosa, trató de explicarle, sin demasiada suerte a Elena que había una tercera persona, ella tenía poco por lo que luchar. Ni fuerzas, ni ganas, ni motivos, ni esperanzas. Se limitó a escuchar, a decir que ya lo sabía y que había que pensar la mejor forma de hacer las cosas. Casti iba parapetado con todo tipo de excusas, de explicaciones, tratando de guardar bajo mil llaves el primer encuentro en los probadores, que sin ser técnicamente una infidelidad, pues sus relaciones eran apenas incipientes entonces, sí que era detalle que daba al encuentro de la habitación tintes de traición. Pero no hizo falta ocultarlo demasiado. Elena estaba henchida de futuro, de ganas de salir a la luz, de volver a empezar. Casti no lograba entender esa serenidad, ese buen hacer, esa sonrisa pícara. Y no lo ha terminado de entender hasta hace bien poco. Él había asumido el rol de agresor, y todo su argumentario iba enfocado a defender lo inevitable, el peso del amor, la involuntariedad que es el torbellino de sentimientos. La falta de hostilidad por parte de su mujer lo descolocó al completo. Un descarte absoluto y un reparto nuevo de naipes que lo situó en medio de un lugar desconocido. No supo como encauzar la conversación porque no sabía realmente donde estaba ni hacia donde tenía previsto ir. Fue entonces Elena quien puso las cosas claras, aceptando que ella se quedaría con la casa, con el pequeño, que acordarían un pago de manutención para el pequeño y ya verían como gestionar lo que todavía quedaba como hipoteca. Palabras pesadas, densas que no lograban hacer mella en Casti, que lo único que veía era a una mujer a la que esperaba presa de los celos o de la desesperación o de las dos cosas a un tiempo, al saberse abandonada. Elena disfrutó de esa victoria y guardó para un momento más propicio la carta de Miriam. Un par de semanas después la ex pareja de Lalo ya vivía con ella.

Lalo, al igual que Casti, lo vio todo desde el más profundo de los desconciertos. Que su chica, a la que creía querer, a su modo, como siempre, y sobre todo, a la que imaginaba enamorada hasta el tuétano de él, el gran Lalo, el mosquetero de la flor en el culo lo abandonara era un requiebro del destino más que inesperado, incomprensible. Que esa misma princesa a la que suponía bebiendo sus vientos, le explicara que se iba de casa, que lo dejaba, tirado, como un perro, era una ofensa absurda. Que haría las maletas y que no volvería a la casa. Que las cosas que no pudiera llevarse en un mismo viaje ya vendría a por ellas cuando no estuviera. Que en un mes le dejaría la llave en el buzón y que no

volvería a pisar la casa que había sido suya durante algunos años. A Lalo no le quedó otro remedio que pensar que se trataba de una broma, porque aceptarlo era poner los clavos y el martillo para enterrar su propia dignidad. Mientras fue superando los pocos rescoldos de orgullo que le quedaban y pasaba como una veleta emocional del pues vete a la mierda al ¿cómo me puedes hacer esto? en un mísero suspiro, fue asumiendo que lo que ocurría era real. No una performance de un grupo amateur de teatro. Miriam metía sus cosas en grandes maletas para emprender rumbo a su nueva vida. No quiso dar explicaciones, porque como quiso hacerle ver, no se trata de saber dónde viviría sino que la razón por la que ya no podía hacerlo con él es porque no sentía más que pena y rencor. Lalo se enfadó, rogó, lloró, preguntó, insultó, y en ninguna de las estrategias encontraba mejores resultados que en la anterior, porque Miriam iba culminando el proceso, cerrando las maletas y después la puerta, con un sonoro portazo que retumbó como el zumbido de una bomba. Y dentro quedó Lalo, que miraba a un lado, a otro, veía la casa, que se le hacía a un tiempo diminuto mortuario y gigantesca tumba, y era incapaz de saber que caprichos del destino lo habían llevado a ese punto de su vida. Se sintió ahogado. La llamó una docena de veces, convencido de que había una marcha, de que no es que no hubiera un camino de retorno, sino que él no lo había encontrado. Pero Miriam no contestó y a la décima llamada apagó el teléfono. Después llamó a Casti, con el que llevaba sin hablar desde el fin de semana abulense, y al que por alguna razón imaginaba enfadado. Pero tampoco contestó. Y después a Luis, que estaba tan borracho que solo pudo entender, entre balbuceos y sollozos que Alicia se iba a ir a Toledo. Lo cual le resultaba intrascendente, qué podía importarle en ese momento a él el turismo que pudiera hacer la mujer de su amigo. Se sentó entonces en el sofá de la casa y asumió que lo habían abandonado. No era el primero, ni tampoco el último. Hubiera sido un buen momento para asumir su parte de culpa y ser consciente que desde que pusiera en marcha y sobre todo ejecutara el plan para someter a la tensión de la tentación de la carne a Casti y Alicia, todo había cambiado, en meses, en apenas semanas. Pero Lalo nunca fue un hombre de asumir la culpa, él siempre argumentaba que las cosas ocurrían básicamente por la voluntariedad de quien participara en ellas, que los actores secundarios, o como dicen en campos legales, los inductores no pueden ser nunca los verdaderos culpables. Si un hombre convence a otro para matar a un tercero, pensaba Lalo, sólo quien apretaba el gatillo era verdadero responsable del asesinato. Y así él había dado las condiciones para forzar un encuentro aparentemente casual, fortuito, que tuviera las dosis de fortuna necesaria para que los protagonistas vieran en ello un paso al frente del destino, pero no había puesto el cuerpo de Casti sobre Alicia. Trató de ordenar las ideas. A él lo acaba de abandonar su chica. Casti y Alicia llevaban semanas sin dar señales de vida. Las dos o tres veces que ha hablado con Luis le ha dado la impresión de que estaba enconado y borracho a partes iguales. Estaba claro que lo suyo, su abandono, parecía parte de un proceso un poco más grande, que las piezas se movían en el tablero. Así que supuso que Casti y Alicia habían tomado algún tipo de

iniciativa, que eso hacía que Luis estuviera sumido en una especie de depresión ética. Pero ¿y Miriam? ¿y Elena? Ni corto ni perezoso decidió llamar a casa de Casti y Elena. No a los móviles, como era lo acostumbrado, al tan arcaico teléfono fijo. Tuvo que buscar en internet para encontrar con la dirección el número, porque no lo tenía apuntado en ningún lugar. Sonó varias veces, tantas que pensó saltaría el contestador. Entonces sonó una voz como acelerada, tal vez porque venía corriendo a responder a un teléfono al que ya uno no acostumbra a contestar. Pero el corazón le dio un vuelco cuando escuchó la voz. Era la misma que dos horas antes acababa de dejarlo tirado en la vida. No tenía sentido, tal vez estaba allí porque no tenía otro lugar donde estar. Ella también se dio cuenta de quién era y entonces colgó. Y allí volvió a dejarlo. Lo intentó durante más de media hora. Una y otra vez, hasta que el teléfono empezó a comunicar de forma continuada. Llamó a Casti, que seguía sin responder, quería saber qué coño hacía su chica, o su ex chica, en su casa, y por qué no querían contestar. Quería saber lo que pasaba, pero nadie quería contárselo. A él, que solía estar siempre del lado de los que manejaban los hilos, le resultaba extremadamente desconcertado de sentirse en el lado de los obtusos, de los que no saben.

Todo, visto desde fuera, resultó incomprensible. Las familias, los amigos, lo vivieron con desconcierto y tardaron semanas en atar cabos. Tal y como por fin hicieron Luis y Lalo, que conocieron la huía de Alicia y Casti y la nueva vida en común Miriam y Elena, que además de abandonar a sus parejas de siempre, tenían la rémora explicativa de su aceptada y hasta celebrada homosexualidad. Las dos nuevas parejas han empezado sus nuevas vidas en común con la ilusión de quienes dan pasos voluntarios a una nueva andadura, más feliz, más acorde con su forma de ver las cosas. Lalo y Luis han quedado como dos calcetines desparejados, perdidos en la secadora vital, sin un alma caritativa que trate de recolocarlos, emparejarlos o al menos darles una utilidad digna en su minusvalía anímica, en su soledad forzada. Lalo trata de recuperar su orgullo, y ha buscado en decenas de amantes ocasionales llenar el hueco que Miriam ha dejado en su vida. Pero ni los orgasmos más dignos del mundo, ni los encuentros más supuestamente arrebatadores, como la felación de una niña de apenas veinte años en los baños de un garito, de la que ni supo su nombre ni quiso preguntar, han podido siquiera rellenar el fondo del pozo oscuro que es la ausencia de Miriam. Jamás lo hubiera imaginado, pero su dependencia hacia ella ha visto su verdadera dimensión con la ausencia. Nunca supo que la necesitara tanto como ahora, cuando ya no la tiene. Y trata de rehacerse, de reinventarse, pero de momento no ha encontrado la manera. Luis la busca en el blog y la encuentra más, curiosamente, en una repentina afición al alcohol que le está granjeando una larga colección de resacas, una delgadez enfermiza y unas ojeras que son como estandartes de su propia tristeza. Dando tumbos llegaron a la solidaridad del abandonado. Luis no tenía demasiadas ganas de hablar con él, porque hacerlo suponía, una vez más, enfrentarse a la evidencia de su derrota. El alcohol y el blog eran, en el fondo, impulsores para alejarse de sí mismo,

de ese Luis al que empieza, tristemente, a acostumbrarse. Lalo un lastre que lo impedía, como cualquier imagen o recuerdo. Pero el mensaje de Lalo hoy era bastante inquietante: ven a verme al monólogo, no será el monólogo lo más interesante de la noche, te lo aseguro. No había fuerzas para preguntar, el local cerca de la que no es su casa y en la que vive sin vivir, y duermen sin dormir, unas cervezas y un viejo amigo, quizá el único que todavía le queda de la que parecía una pandilla eterna. Una pandilla asesinada por el cáncer de la traición. Lleva una docena de cervezas, y el monólogo, que le resulta de lo más familiar porque la gran mayoría de gracias ya se las ha escuchado antes, no deja de ser entretenido, y ver que Lalo sigue teniendo algo de gancho entre las mujeres le hace concebir esperanzas en el género humano, en el masculino, más concretamente, del que se siente parte y víctima.

Cuando termina el monólogo Lalo se acerca, con ese caminar que siempre tuvo, mirada distante, fingidamente distraída, sabiéndose objeto de alguna que otra pupila de deseo. Más mujeres que hombres acuden a su paso para felicitarlo por su monólogo. Después se saludan con cierta torpeza, dos besos distantes con aire de formulismo rancio, o de costumbre a la que les da pereza renunciar. Lalo pide una copa. Hay silencio, mientras el local va inundándose de la música machacona de moda. Luis no sabe qué hace en verdad ahí, hace dos o tres cervezas que ha olvidado el mensaje de su viejo amigo. Lalo da un trago largo al copa, que serena sus nervios y endulza la garganta después de una hora de plática.

- Bueno, te he pedido que vinieras y ya te dije que no era por el monólogo, que, por cierto, no sé si te ha gustado...- un silencio de un par de segundos evidencia la inutilidad de la pregunta, Luis bebe cerveza y espera- bueno, pues eso, que creo que con las cosas que han pasado, y como estamos nosotros, abandonados como dos putos perros por esas zorras a las que les hemos dado todo y mira cómo nos tienen, pues que me siento en la obligación de sinceramente contigo, creo que te lo debo...- el tono, forzado, la mano, estudiada sobre el hombre de Luis, no parece el prelude de nada bueno.

- Dispara de una puta vez.

- Verás, lo que ocurrió aquella noche...¿recuerdas?- ¿cómo olvidarla? Piensa Luis entre tragos amargos de cerveza- pues quería contarte que no todo pasó por casualidad...

Un minuto después el puño de Luis da por terminadas las explicaciones, encolerizado hasta el delirio, golpea por primera vez la mandíbula de Lalo, reventando uno de los dientes. Diez puñetazos y cuatro patadas, dos de ellas certezas, después lograron separarlos. Un coche policial los llevó primero a la comisaría y después de tomarles declaración, una ambulancia

al hospital para curarles las numerosas heridas.

Ahora están cada uno en un box de urgencias. Apenas a tres metros el uno del otro. No son conscientes de su cercanía, ni mucho menos lo son de que jamás volverán a verse.

En Madrid, el 11 de junio de 2014.